

EL
secreto
de la
vida
cristiana

Introducción a la vida cristiana más profunda
Volumen II

GENE EDWARDS

LIBROS DE GENE EDWARDS

(Pídalos en su librería favorita)

DE CONSUELO Y SANIDAD

Perfil de tres monarcas

Querida Liliana

El divino romance

Viaje hacia adentro

Cartas a un cristiano desolado

El prisionero de la tercera celda

Las Crónicas de la Puerta

El principio

La salida

El nacimiento

El triunfo

El retorno

VIDA DE IGLESIA

La vida suprema

Nuestra misión: frente a una división en la iglesia

Cómo prevenir una división en la iglesia

Revolución: Historia de la iglesia primitiva

El secreto de la vida cristiana

El diario de Silas

Cells Christian Ministry

Editorial El Faro

3027 N. Clybourn

Chicago, IL 60618

EE.UU. De América

(773) 975-8391

El secreto de la vida cristiana

¿Hemos pasado por alto
el punto principal?

Por Gene Edwards

Editorial El Faro

Chicago, Illinois

(Copyright page)

Publicado por

Editorial El Faro

Chicago, Il., EE.UU.

Derechos reservados

Primera edición en español 1999

© 1991 por Gene Edwards

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida por medios mecánicos ni electrónicos, ni con fotocopiadoras, ni grabadoras, ni de ninguna otra manera, excepto para pasajes breves como reseña, ni puede ser guardada en ningún sistema de recuperación, sin el permiso escrito del autor.

Originalmente publicado en inglés con el título:

The Secret to the Christian Life

Por The Seed Sowers

Christian Books Publishing House

Auburn, Maine

Traducido al español por: Esteban A. Marosi

Cubierta diseñada por: N. N.

(Fotografía por: N. N.)

Producto # # #

ISBN # # #

Impreso en los EE.UU. de América

Printed in the United States of America

4

Dedicatoria

El había sido misionero en Yugoslavia por muchos años, pero yo lo conocí como mi profesor de historia de la iglesia en el Seminario Bautista de Ruschlikon, Suiza, en mi primer año de seminario. El puso en mi vida el fundamento del amor por la historia de la iglesia. Su esposa fue amiga y consejera de todos nosotros, los estudiantes del seminario. Por el aliento que ella me brindó, le soy eternamente deudor. Así, pues, este libro está dedicado a dos de los queridos servidores del Señor Jesús, a dos amigos de toda la vida, el

Dr. John Allen Moore
y su esposa Pauline Moore

Reconocimientos

A Larry y Gretchen Hertzog, por dejarme usar su bella casa veraniega durante los meses de invierno, porque fue allí en la soledad de aquel encantador lugar donde este libro tuvo su comienzo.

A Joe Punzalan, quien me ha ayudado en la preparación de tantos libros por medio de sus habilidades de taquígrafo y mecanógrafo. A Denise Sirois y a Kathy Fuller, que trabajaron tan diligentemente con los borradores dos al veinte.

Desatiendo a Dios
por el sonido de una
mosca, por el traqueteo
de un coche, por el
chirriar de una puerta.

—John Donne

Prefacio del autor

En alguna parte entre los montones de papeles que hay en mi estudio, hay una lista de los libros que espero poder escribir antes de morir. La última vez que los conté, ¡había por todo treinta y cuatro en la lista! Entre los mismos cuento a cinco como los más importantes. Este libro es uno de ellos.

Estimado lector, al leer este libro esté preparado para ver cómo en el mismo se toca casi cada concepto que usted tiene con respecto a *cómo vivir la vida cristiana*. Confío en que pueda adaptarse a una perspectiva tan diferente. Que yo sepa, nunca ha habido ningún libro que haya sido escrito desde este punto de vista en particular. Es posible que usted encuentre unos párrafos en un libro o dos que se refieran a la vida cristiana desde este aspecto, pero nunca un libro entero, ni siquiera un solo capítulo.*

Una observación más. Esta es solamente la segunda vez que escribo un libro tan personal. Quiero decir, en que el pronombre 'yo' aparece con bastante frecuencia. Confío en que esto le sea de ayuda en la lectura del libro, puesto que ésta es mi intención.

Ahora, pues, que Dios bendiga su lectura, y que El use este tiempo para hacer que usted penetre más en El.

—Gene Edwards

* Si usted sabe de un libro tal publicado previamente a éste, me gustaría mucho saberlo, y lo mencionaré en futuras ediciones de este libro.

Introducción

He pasado una gran parte de mis últimos veinticinco años hablándole a cristianos que se reúnen en hogares (es decir, a personas que conocen a la 'iglesia' como una sala de estar repleta de creyentes). También he pasado una buena parte de ese tiempo dando conferencias sobre *la vida cristiana más profunda*. Como resultado de estos dos ministerios, he tenido el privilegio de conocer algunos de los cristianos más preciosos de nuestros tiempos. Por 'más preciosos' entiendo creyentes que tienen un ardiente deseo de conocer más y mejor a Jesucristo y están prontos a admitir su insuficiencia espiritual en su andar con El. Yo ministro a los que buscan el rostro del Señor, a los pobres en espíritu.

Sentados entre esos auditorios de vida cristiana más profunda se encuentran laicos, pastores, ex pastores, misioneros, evangelistas y otras clasificaciones de ministros y ex ministros, todos ellos personas que tienen hambre espiritual y que, desde luego, están bien familiarizadas con el enfoque usual de "cómo ser un buen cristiano". La mayor parte de esos cristianos le dirá: "Yo he pasado por *todo eso*." Muchos de ellos han sido o son líderes o colaboradores en distintos movimientos interdenominacionales y no denominacionales conocidos en el mundo de habla inglesa. Algunos han pertenecido a movimientos realmente maravillosos; otros, a algunos de los peores movimientos de estos últimos cien años. Toda denominación imaginable ha estado representada, así como prácticamente todo seminario conservador o fundamentalista bien conocido del país. Pero todos tienen una cosa en común. A todos ellos se les ha enseñado algún tipo de 'secreto para alcanzar la vida cristiana'. Y cualquier cosa que ese 'secreto' fuese, no estaba dando resultado en su vida. ¡Oh, sí, hay otros cristianos para quienes las fórmulas funcionan! Pero no para estos creyentes.

¿Mi punto de vista? Si la vida cristiana funciona para usted, y si el 'secreto' que se le enseñó le está dando buenos resultados, entonces no necesita este libro. Si funciona lo que se le ha dado, entonces caiga de rodillas y déle gracias a Dios. Us-ted pertenece a un vasto número de cristianos. Estése con lo que funciona para usted. Pero si ha probado todos los 'secretos' que, según muchos, conducen a la vida cristiana victoriosa y ninguno de ellos le ha funcionado, este libro pudiera señalarle el comienzo de una nueva aventura para usted.

Primera Parte

Nuestro amor para con Dios
es probado por esto:
¿lo buscamos a El,
o buscamos sus dones?

1

Las fórmulas resultan deficientes

¿Qué es lo que se le ha dicho a usted que es el secreto de la vida cristiana? Les he hecho esta pregunta a miles de cristianos en todo el mundo, así en iglesias tradicionales, en iglesias de hogares, como en conferencias: “¿Qué fue lo que se le dijo a usted que se suponía que hiciera para ser un buen cristiano? ¿Qué se le enseñó en cuanto al secreto de la vida cristiana?”

¿Reconoce usted las respuestas que recibí? Se las presenta a los nuevos cristianos como principios estándar. De hecho, constituyen los principios estándar para *todos* los cristianos. Las presento aquí, más o menos en orden descendente:

Ore y lea la Biblia
Vaya a la iglesia
Testifique
(¿Hable en lenguas?)
Diezme

¿No le suena familiar todo esto? Son los más escuchados. ¡Pero aquí van más!

Sirva al Señor
Asista a la Escuela dominical
Aprenda la verdad posicional
Aprenda a vivir la vida intercambiada
Vaya a un colegio universitario cristiano
Vaya a una escuela bíblica
Vaya al seminario

Aprenda a vivir la vida de andar por fe
Aprenda a vivir la vida de reposo en la fe

Hay unos cuantos más todavía: guerra espiritual, sumisión y autoridad, milagros, poderes, obedecer profecías, reclamar los dones, cubrirse la cabeza, vestirse en forma peculiar, reglas morales estrictas, (hasta) vegetarianismo, pasar a ser el pueblo del pacto, y el siempre tan conocido “hágase miembro de nuestro grupo porque nosotros somos *eso*”.

Si estos últimos parecen estar un poco salidos del plato, sepa usted que hay un montón de otras cosas que proliferan por allí afuera ¡completamente salidos del plato! Eche un nuevo vistazo a lo que enseñan algunos de los más respetados movimientos de la cristiandad, ¡las denominaciones! Pueden asustarlo con su ‘secreto de la vida cristiana’. Con frecuencia le dirán que usted tiene que creer en forma categórica cierta doctrina, porque esa doctrina es ‘esencial’. Otras denominaciones más le dirán que no hay más que una sola forma en que el Señor va a volver a la tierra, “y es mejor que usted lo crea, hermano”. O (podemos captar la sensación distinta y clara) pudiera ser que cuando El venga, usted sea dejado atrás, debido a que no ha creído que El vendría *de esa manera en particular* que ellos enseñan. Y así por el estilo.

Desde luego, no debo olvidar a los bautistas del sur. (Yo soy uno de ellos.) Aún puedo oír a algunos predicadores que nos ponen los pelos de punta exhortándonos, en tono amenazador, con respecto a todo tipo y clase de plagas que pueden sobrevenirnos ¡si no cambiamos de parecer!

Como quiera que sea, si alguno de estos ‘secretos’ le da buenos resultados a usted, adhiérase al mismo. *Ninguno* de ellos funciona para mí. Ni tampoco funciona para la mayoría de aquellos a quienes ministro.

He escuchado —en muchos hogares, de sobremesa, por teléfono y en conferencias— así como he leído en cartas que me llegan al por mayor, a un aparentemente incontable número de creyentes relatar cómo lo han “probado todo y *ninguna* de esas cosas funciona”. Muchos de ellos relatan su historia derramando copiosas lágrimas y hablan con el corazón quebrantado. Los cristianos de nuestros días no están equipados, ni tampoco lo han estado los de todos los tiempos en estos últimos diecisiete siglos, para contestar esta sencilla pregunta:

¿Cómo puedo conocer a Jesucristo interiormente, en forma personal, íntima, a diario?

Muchos de nosotros podríamos añadir con premura: “Y no me diga que lea la Biblia y que ore; yo leo mi Biblia más de lo que usted cree, y oro más largamente de lo que usted piensa. Yo quiero conocer a *Cristo*.”

No puedo decirle a usted exactamente cuál es el secreto de la vida cristiana, pero puedo decirle que, para muchos de nosotros,

las listas antes mencionadas no funcionan. Para nosotros, la respuesta se halla en algún otro lugar. Lo que voy a hacer en este libro será presentarle la posibilidad de una perspectiva enteramente nueva, desde la cual usted pueda ver la vida cristiana y las formas prácticas de experimentar a su Señor. Pero permítame apresurarme a decirle que ni siquiera esto es un curalotodo para muchas de sus penas y dolores de cristiano. Las penas y dolores vienen con la vida cristiana.

Permítame consignar aquí esto. Yo no creo que nada de esa lista se aproxima siquiera a la trascendental cuestión de cómo vivir la vida cristiana. *Todos* esos 'secretos' tienen una imperfección inherente.

¿La imperfección fatal? Cada particular de la mencionada lista supone que es posible vivir la vida cristiana. Pero, ¿podemos vivir la vida cristiana? La respuesta es: no, un rotundo ¡NO! Pero no desmaye. ¡Siga leyendo! Si esta simple afirmación resulta ser cierta, entonces nada... absolutamente nada... de todo lo que se nos ha enseñado en lo que respecta *al* 'secreto' ¡funcionará!

Escribo este libro no tanto para darle a usted un curalotodo, sino para alejarlo totalmente de la proposición de que usted *puede* vivir la vida cristiana, y para mostrarle una forma enteramente nueva de experimentar a su Señor. Aprenda este simple y profundo hecho: usted no puede vivir la vida cristiana. Aprenda esto, y la liberación estará cerca.

Escribo este libro para los cristianos que no pueden vivir la vida cristiana. ¡Este libro es para los fracasados! (Y eso, estimado lector, somos *todos* nosotros... ¡*incluso* algunos creyentes allá afuera que son maestros de la fanfarronada!)

En esa lista que leyó hace unos momentos, se da por sentado que usted *puede* vivir la vida cristiana. Repare también en que *usted* es el centro de cada particular enumerado en dicha lista. *Esa* es la montaña en que usted se encuentra hoy. Llámela: '*usted* es el centro'. *Usted* allá afuera viviendo la vida cristiana. Bueno, nos vamos a apartar de esa montaña. En las páginas siguientes no sólo nos apartaremos de esa montaña, sino que iremos a una montaña totalmente diferente, que tiene una posición ventajosa del todo distinta. Este es el propósito de este libro: apartar a usted de la montaña de la cual proceden todas esas listas y colocarlo en la montaña en que se supone que usted debe estar, en... una montaña donde... bueno, esperemos un poco y veamos.

Pero este libro tiene un propósito más. ¡También le revelará '*el* secreto de la vida cristiana' tal y como lo conocían y experimentaban *dos* personas muy importantes! ¡Hago esta afirmación sin reservas ni reparos!

Al apartarnos ahora de considerar el diezmar, testificar, ir a la iglesia, ser personas morales y (sí, incluso) 'orar y leer la

Biblia' como el secreto de la vida cristiana, comencemos nuestra búsqueda de algo superior, haciendo una pregunta muy sencilla.

¿Cómo vivió el *primer* Cristiano la vida cristiana? ¿Puede *El* enseñarnos algo que nosotros no sabemos? ¿Sabe *El* algo que hemos pasado por alto?

Después de ésta, debemos hacer otra pregunta igualmente importante: “¿Hemos sido sentenciados a vivir la vida cristiana de un modo *distinto* de la forma en que el mismísimo primer Cristiano vivió la vida cristiana?” Es decir, ¿tuvo el primer Cristiano una senda interior, una manera de vivir la vida cristiana que nosotros no tenemos y que *no podemos* tener? ¿Somos cristianos de segunda categoría, que tenemos que vivir la vida cristiana siguiendo un conjunto de reglas diferente del que tuvo el primer Cristiano?

¿Puede que usted no haya reconocido esto, pero esto es exactamente lo que se nos ha enseñado! Se ha connotado marca-damente que el primer Cristiano tuvo una gran ventaja sobre nosotros. *El* vivió la vida cristiana de una cierta manera, pero nosotros tenemos que vivir la vida cristiana de una manera distinta. Nuestra lista de ‘como’ y la lista de ‘cómo’ de *El* son diferentes.

¿Cómo se siente usted a este respecto? Le voy a decir cómo me siento yo. Si es realmente cierto que yo tengo que vivir la vida cristiana de una manera diferente de la forma en que el primer Cristiano la vivió, ¡me siento defraudado!

De modo que para comenzar nuestra búsqueda, veamos quién fue ese primer Cristiano. Cuando lo hallemos, le preguntaremos: “¿Viviste la vida cristiana 1) asistiendo a la iglesia, 2) orando, 3) leyendo la Biblia, 4) testificando, 5) diezmando y 6) hablando en lenguas?” Si fue así como Jesús vivió la vida cristiana, de ahí se ha de seguir que ésta es la manera en que *usted* debe vivir la vida cristiana. Pero si todo esto no fue el secreto de *su* diario andar, entonces toda esa lista de ‘cómo’ que nos enseñaron, resulta sospechosa. Dicha lista no le viene bien ni al Padre ni al Hijo, ¡ni tampoco es para usted!

Allá vamos. Espere encontrarse algunas grandes sorpresas. ¡Y espere una revolución!

2

Identificación del primer Cristiano

¿Quién fue el primer cristiano? Quienquiera que haya sido, ¿cómo vivió la vida cristiana?

Veamos. ¿Fue María Magdalena la primera cristiana? Ella fue la primera en encontrarse con el Cristo resucitado. Pero, ¿oraba ella, leía la Biblia, asistía a la iglesia, testificaba y diezimaba? Dudo que eso estuviera tan definido para ella. ¿O tal vez fue Pedro el primer cristiano? En la noche de su resurrección, el Señor Jesús vivificó el espíritu de Pedro y sopló su divina naturaleza dentro de Pedro. Pero es de esperar que Pedro no fuera el primer cristiano, porque él no sabía leer. (Allá va el estudio bíblico.) Ni María Magdalena tampoco. Las probabilidades de que ella supiera leer son muy escasas también.

Y el orar, y diezmar, y asistir a la iglesia tampoco parecen encajar con ella.

Pero tanto usted como yo sabemos bien quién fue el primer Cristiano, ¿verdad? ¿O lo sabemos de veras? La respuesta obvia es: ¡Jesucristo fue el primer Cristiano!

Bueno, digamos por el momento que esto es cierto. Si Jesucristo fue el primer Cristiano, entonces la opinión que se tiene hoy en día de cómo vivir la vida cristiana ¡va a tener que sufrir algunos serios cambios! De hecho, la forma usual de ver

‘cómo vivir la vida cristiana’ tendrá que ser completamente desmantelada. Consideremos, pues, a Jesucristo y su manera de vivir la vida cristiana.

3

¿Cómo vivió Jesucristo la vida cristiana?

Jesucristo *no* fue el primer Cristiano. Además, *ni siquiera El* pudo vivir la vida cristiana. Más aún, les aclaró muy bien a todos que *El sabía* que no podía vivir la vida cristiana. ¡Jesucristo afirmó públicamente ese hecho!

Esta puede ser una de las afirmaciones más radicales que usted haya leído jamás; pero siga leyendo, y verá que es muy cierta. Por el momento, supongamos que Jesucristo *fue* el primer Cristiano. Si *El* fue el primer Cristiano, sería muy lógico de nuestra parte preguntarle:

—Señor, ¿cómo viviste *Tú* la vida cristiana?

¿Fueron la oración y el estudio bíblico el principal sostén de su vida cristiana?

Esto sencillamente no parece tener sentido, ¿verdad que no? ¿Acaso dependía el Hijo de Dios de la oración y del estudio bíblico para lograr pasar el día? En realidad, esta idea de que el Señor *necesitara* leer a diario la Biblia a fin de lograr pasar la vida como creyente, es un insulto 1) tanto a su preexistencia en la eternidad, como 2) al hecho de que su Padre moraba en *El*.

El Señor Jesucristo no vivió la vida cristiana mediante el estudio de la Biblia. Pero la citaba, ¿no es así? ¿Y eso no significa que *El* dependía de la lectura diaria de la Biblia? ¿Y no

nos hemos insinuado con frecuencia que El dependía de la oración y del estudio bíblico?

¡Nuestro Señor no era tanto el que ‘leía’ las Escrituras, ¡sino más bien el que las *había escrito!* *El es* la Palabra vi-viente. Allí, en los días del Antiguo Testamento, *El* les habló a ciertos hombres y *ellos* registraron *sus* palabras.

Recuerde el día en que Jesucristo entró en la sinagoga de Nazaret y leyó una porción del rollo del profeta Isaías. Ese día El también inauguró su ministerio. Pero, para ser exactos, El *no citó* a Isaías; ¡citó a Isaías que lo citaba a El! ¡Cientos de años antes, El le dictó a Isaías el discurso inaugural de su ministerio terrenal! Luego, allí en Nazaret, Jesucristo no citó a Isaías; fue Isaías quien lo citó a El. Cristo, sentado en la sinagoga de Nazaret, recordaba vívidamente la hora misma en que, hacía muchísimo tiempo, le había hablado al profeta Isaías.

Nuestro Señor, el carpintero de Nazaret, recordaba plenamente *toda* su preexistencia.

¿Y qué diremos de la oración? Es verdad que el Señor se levantaba temprano en la mañana y se retiraba a un tranquilo lugar para orar. Pero no introduzcamos en la consideración de tales escenas el moderno concepto de lo que es la oración. Tengamos cuidado, o veremos a un hombre que anda por ahí por su propia cuenta todo el día, orando, leyendo la Biblia y tratando arduamente de ser un buen cristiano... un hombre que vive a tal punto por sus propios recursos, que tiene que orar sin falta cada mañana para lograr pasar el día, y esforzarse para pasar el día dependiendo de su lectura bíblica y de su oración de *esa mañana*.

Las falacias de esta escena son interminables, pero ésta es la que más sobresale: A lo largo de todo el día, el Señor Jesucristo *no* estaba solo. Nuestro Señor estaba en *constante* contacto con su Padre. Estaba en *comunión* constante con su Padre. No había en todo el día un solo segundo en que estuviera fuera de una constante y consciente comunión con su Padre. Su Padre le hablaba *constantemente*, desde adentro. Su Padre moraba en El. Más increíble aún, Jesucristo no hablaba sin estar consciente de la presencia de su Padre, y de que su Padre le hablaba dentro de El.

¡Jesucristo tenía un Señor —su Padre, que moraba en El!

No olvide nunca que nuestro Señor estaba en constante *co-munión* con su Padre.

Pero avancemos al siguiente requisito de la lista. ¿Constituía el diezmar parte alguna del ‘secreto de vivir la vida cristiana’ del Señor?

¿Diezmaba Jesucristo regularmente? No lo sabemos. Pero si lo hacía, ese acto no constituía parte alguna de su ‘secreto’ de vivir la vida cristiana.

¿Y el ir a la iglesia?

Se ha hablado mucho de cómo Jesús asistía fielmente a la sinagoga. Muchos insisten en que, en vista de que El iba a la sinagoga, luego, de alguna manera eso significa que también

nosotros debemos ir a la iglesia cada domingo a las 11:00 de la mañana. Estimado lector, ¿cómo puede la razón llegar a ser tan forzada? La *ecclesia* no es la sinagoga. Y, hablando estrictamente, *se puede* “ir a la sinagoga”, pero *no se puede* “ir a la iglesia”. Nadie jamás concibió la idea de “ir a la iglesia”, hasta después del año 323 d. de C. Durante el primer siglo de cristianismo los creyentes *eran* la *ecclesia*.

La sinagoga no prefiguró a la iglesia. Y el ‘vivir la vida cristiana’ de Jesucristo no dependía en forma alguna al acto de asistir a las reuniones de la sinagoga. ¡Dios nos libre!

Tengo una teoría. Cuando el Señor era un muchachito, la idea de ir a un edificio oscuro, caliente, sofocante, mal ventilado, maloliente, desprovisto de ventanas, para allí ver un largo, extenso y aburrido ritual, efectuado en un idioma que la mayor parte de los presentes no podía entender, resultaba más o menos tan emocionante para El, como era para nosotros el ‘ir a la iglesia’ y a la Escuela dominical cuando teníamos diez años. (¿Cuántos niños de diez años ha conocido usted jamás que estuviesen emocionados por ir a la iglesia?)

Imagínese usted a nuestro Señor a la edad de diez años, un sábado de agosto sentado en un banco de la sinagoga, columpiando los pies. Está allí sentado, luchando para no quedarse dormido, esperando durante dos horas de incomodidad. Finalmente, al terminar todo, sale jadeando y dice: “Cuando yo sea adulto, voy a iniciar la *ecclesia*; y sus reuniones van a ser como son los servicios en la sinagoga.”

A la luz de todo esto, ¿podemos decir que el secreto de la vida cristiana, según la vivió Jesucristo, sea estudiar la Biblia, orar, diezmar, ir a la iglesia, o una docena de otras cosas que nos enseñaron que debíamos hacer “para ser buenos cristianos”?

Entonces ¿cuál era el *secreto* del Señor Jesús? Todo empezó aquí: ¡Jesucristo halló que vivir la vida cristiana era tan imposible como lo encontramos usted y yo! Más aún, El no podía vivir la vida cristiana y no la vivió. *Y*, una vez más, El afirmó públicamente ese hecho.

¡Aférrese a sus tradiciones, porque hay más! Yo no puedo vivir la vida cristiana. Usted no puede vivir la vida cristiana. Jesucristo no pudo vivir la vida cristiana.

¡Ninguno de nosotros puede vivir la vida cristiana!

Pero aquí hay algo todavía más importante. *¡Jesucristo no fue el primer Cristiano!* Estamos buscando en el lugar equivocado al primer Cristiano. Alguna otra persona, aparte de Jesucristo, era el *primer* Cristiano.

Tampoco fue Jesucristo quien ‘inventó’ la vida cristiana. La vida cristiana es anterior al año 30 d. de C., o incluso al año 1 d. de C. La vida cristiana es *muy* antigua. La vida cristiana es anterior a Moisés, anterior a Abraham, hasta anterior a Noé. ¡La vida cristiana es aun anterior a Adán! Sí, ¡la vida cristiana ya existía muchísimo antes de la creación del hombre! La vida

cristiana, así como el vivir la vida cristiana, son más antiguos que el espacio y el tiempo. ¡La vida cristiana existe desde antes de la eternidad! Más increíble aún, la vida cristiana no es autóctona de este planeta. Escuche esto: La vida cristiana no es oriunda de *nuestra* especie. La vida cristiana no tuvo su origen en nuestra forma de vida. ¡Pertenece exclusivamente a otra forma de vida! ¡La vida cristiana no era, y no es, para los seres humanos de esta tierra! La vida cristiana pertenece a algún otro ámbito. Además, tan sólo esa *otra* especie puede vivir la vida cristiana.

Por último, y de la mayor importancia, ¡no se puede vivir la vida cristiana sino únicamente *en ese otro ámbito!* Repito: no se puede vivir la vida cristiana sino únicamente en el ámbito *espiritual*, en la creación espiritual, y no se la puede vivir en nuestra creación material; ¡ni tampoco puede el hombre vivir la vida cristiana! Nunca *lo material* ha vivido la vida cristiana, ni tampoco se ha vivido nunca la vida cristiana *en* el ámbito material. Ahora bien, si todas estas afirmaciones resultan ser ciertas, también se desprende que nuestra especie no puede vivir nunca la vida cristiana, y de esto se sigue que *usted* no puede vivir la vida cristiana. Y este hecho no cambiará aunque usted trate de hacer todo lo que hay en esa lista del Capítulo Uno.

(¿Es esto bastante revolucionario para usted? Si no lo es, siga leyendo.)

Tal vez nuestra mayor necesidad es descubrir que hay sólo *un* Cristiano, y que hay sólo *una* persona en toda la creación universal que *puede* vivir la vida cristiana, y que esa Persona vive la vida cristiana únicamente en el ámbito espiritual. Esa única Persona que puede vivir la vida cristiana *no* es el Señor Jesucristo. El Señor dejó bien claro que *El* no podía vivir la vida cristiana, y que había Uno, sólo Uno, que podía vivirla. Escuche las palabras de nuestro Señor y Salvador, el mismísimo Hijo de Dios:

Sin el Padre,
yo no puedo hacer *nada*.*

Si Jesucristo no pudo vivir la vida cristiana, ¿qué lo hace pensar a usted que *usted* sí puede?

Y todos aquellos que le han dicho a usted que usted puede, ¿de dónde sacaron semejante idea? ¿Acaso puede usted tener éxito donde su Señor no pudo? Estimado lector, hoy puede ser el día más importante que usted haya de vivir nunca, ¡porque hoy puede renunciar a *tratar* de vivir la vida cristiana! Y si lo hace así, vendrá a estar en buena compañía, porque tampoco ninguno del resto de nosotros puede vivir la vida cristiana. Pero hay algo que todos nosotros *podemos* hacer. Podemos todos dar testimonio de cuán colosal fracaso hemos sido al tratar de vivir la vida cristiana.

*Véase Juan 5:30; 8:28.

Ahora ¿puedo tener el privilegio de presentar a usted al primer y *único* Cristiano... la *única* Persona que puede vivir la vida cristiana? El es

¡Dios Padre!

—Padre, aquí te presento otra de estas pobres almas que se esfuerzan en tratar de vivir la vida cristiana.

Estimado lector, conozca *el* secreto de la vida cristiana, ¡a Dios Padre! Venga a conocerlo, aprenda a relacionarse con El... ¡El es la única esperanza que usted habrá de tener jamás para vivir la vida cristiana!

Y ciertamente, hagámosle ahora al Padre de nuestro Señor Jesucristo esta pregunta:

—¿Padre, cómo vives *Tú* la vida cristiana?

Y tal vez pudiéramos incluso preguntarle a nuestro Padre:

—Padre, ¿cómo vivió tu Hijo, el Señor Jesucristo... como vivió *El* la vida cristiana sobre la tierra? ¿Y cómo vivió El la vida cristiana allá en la eternidad pasada cuando moraba en ti como el Hijo eterno?

4

El único Cristiano

El *único* Cristiano.* De una cosa podemos estar seguros, de que *ese* Cristiano sabe cómo vivir la vida cristiana. ¡Y El la vive!

Si el Padre hace algo, *eso* es cristiano. Cualquier cosa que 'cristiano' es, eso es el Padre. *El* es cristiano. De igual modo, cualquier cosa que el Padre no es, *eso* no es cristiano. ¡Lo que El hace, es lo que un cristiano hace! Aquello que El es, es cristiano. Si El lo es, eso lo es. Si El no lo es, eso tampoco lo es. Su mismísimo ser es en sí mismo... cristiano. Su modo de pensar, su modo de actuar, su modo de ser, *es* cristiano. *Cristiano* es Dios el Padre, y nada más lo es. El mismo es la definición de cristiano.

¿Ve usted a ese anciano caballero allí? Sí, el distinguido caballero de cabellos blancos en aquel sillón mecedora. El que está leyendo piadosamente su Biblia. ¡Y está orando! ¡Qué apariencia tan santa tiene! En unos minutos se levantará e irá a la iglesia, y al estar allí, dará sus diezmos. ¿Es ése Dios Padre? ¿Y es el estudiar la Biblia, orar e ir a la iglesia el 'secreto de

* Sí, usted y yo somos cristianos, pero únicamente *El* puede vivir la vida cristiana.

la vida cristiana' del Padre? Bueno, en primer lugar, muy ciertamente ése no es Dios Padre. ¡Ese anciano sentado allí en aquel sillón mecedora es mi abuelo!**

¿Pero puede usted imaginarse tratar de sobreponer tal escena al Dios eterno? ¡Algunos lo hacen, según parece! ¡El Dios de la creación leyendo su Biblia, y orando, y yendo a la iglesia, para poder pasar el día siendo un buen cristiano! ¿Y por qué *no* sobreponer esa norma a Dios Padre? Después de todo, esa norma ha sido impuesta en usted.

Llevemos esto un poco más lejos. ¿Puede usted ver al Padre de las luces tener que ayunar o hablar en lenguas a fin de vivir la vida cristiana victoriosa? Trate de imaginarse esto. Pero en realidad no es posible imaginarse esto. La mente rehúsa tal idea.

Ahora volvamos este cuadro al revés. ¿Es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien impuso esta fórmula sobre *usted*? Bueno, ¿cree usted que Dios Padre impuso esa norma, ese método de lograr la victoria cristiana, *esa* fórmula para vivir la vida cristiana... sobre su propio Hijo? ¿Le dijo El a su Hijo que leyera la Biblia, que orara, que asistiera a la iglesia, que hablara en lenguas y que ayunara a fin de ser un buen cristiano? ¿Cree usted que El hizo eso?

¡Yo tampoco lo creo!

Busquemos hasta encontrar un fundamento, un principio in-mutable de la vida cristiana. Pero, ¿dónde se encuentra una constante así? Hallamos preceptos espirituales inmutables en el Dios de la eternidad pasada. Vayamos allá para comenzar la búsqueda del secreto de la vida cristiana. No es en la epístola de Judas, ni en la de Santiago, ni en el Apocalipsis, ¡sino en el mismo Dios, en la eternidad!

Hagamos exactamente eso. Trasladémonos a la eternidad pasada. Olvidémonos de las fórmulas, de los esmerados esquemas preparados por hombres que ensartan uno con otro un montón de versículos sacados de su contexto de todas partes de la Biblia y dejándoselos caer luego a usted, declaran con absoluta certeza: “¡Este es *el* camino, ahora comience a andar en él!”

Visitemos la eternidad de *antes de* la creación, Allí, en aquella eternidad, en el ámbito de lo espiritual, preguntémosle a Dios Padre:

—¿Cómo vives la vida cristiana? ¿Cuál es *tu* secreto?

Y, allí mismo, preguntémosle:

** Mi abuelo era un *cajun* (descendiente de franceses acadianos) de Luisiana, que amaba sin límites a su Señor. Asimismo era un analfabeto total. Pero eso no detenía a mi abuelo. El tomaba ceremoniosamente su Biblia y lo mantenía delante de sí y la miraba atentamente por largos períodos de tiempo. ¡El problema era que casi siempre la tenía virada al revés! Ahora bien, eso es ser *realmente analfabeto*; y, sí señor, ¡ése fue *mi* abuelo!

—¿Cómo vive tu eterno Hijo la vida cristiana, aquí en la eternidad pasada?

Antes de la encarnación, antes de la creación, osemos in-quirir del Hijo eterno:

—¿Cómo viviste la vida cristiana allá en la preeternidad... mucho, muchísimo antes de que vinieras a la tierra?

Tal vez en aquel lugar primigenio descubramos que ciertamente hemos pasado por alto el punto principal. Esté atento, con todo su corazón, porque usted está a punto de descubrir el secreto de la vida cristiana.

5

La vida cristiana en la era anterior a la eternidad

La vida cristiana, como se la experimentaba en la Deidad antes de la eternidad. Sí, aun allá, en aquel entonces, encon-tramos la vida cristiana... y era experimentada en la Deidad. ¡Al fin, aquí está el fundamento! Aquí está lo inmutable. Aquí están las constantes que nunca cambian. Podemos estar seguros de que todo lo que sucede *aquí*, prefigura la manera en que *hemos* de vivir la vida cristiana. ¿No es maravilloso?

Note usted que Dios Padre es *cristiano*; El vive la vida cristiana. El no es un ser humano; no es de nuestra especie; no es de nuestra forma de vida. Note, además, que *únicamente* una forma de vida superior a la vida humana vive la vida cristiana, y que tan sólo un espíritu (Dios *es* espíritu) vive la vida cristiana en el ámbito espiritual.

Todos estos elementos constituían los ingredientes de la vida cristiana muchísimo antes de que apareciera el hombre. ¡Todos estos elementos son inmutables! *No* era en el ámbito material donde se vivía la vida cristiana.

Volvamos ahora a nuestra pregunta: “¿Cómo *vive* Dios Padre la vida cristiana?”

La respuesta es: El no la vive. El *es* la vida cristiana. El es la vida suprema, y solamente la vida suprema puede vivir la vida cristiana. Si no poseemos la vida suprema, no podemos vivir la vida cristiana. Si tenemos la vida suprema, pero no vivimos según esa vida, no podemos vivir la vida cristiana.

Es en el ámbito espiritual donde se vive la vida cristiana. La vida cristiana pertenece al ámbito espiritual y únicamente puede ser vivida *en* el ámbito espiritual.*

¡Sólo la especie divina puede vivir la vida cristiana!

Hemos llegado finalmente a la fuente primaria, a la causa original, a la raíz principal, la cabecera. Aquí está nuestro punto de partida. Aquí emprendemos la búsqueda del secreto de la vida cristiana. Comience en cualquier otra parte y estará empezando en un lugar equivocado. ¡Y asimismo terminará en el lugar equivocado! Dios Padre es la fuente primaria, el origen, la primera causa, la cabecera de la vida cristiana. Tan solamente El puede vivir la vida cristiana. Su forma de vida, y nada más que su forma de vida, puede vivir la vida cristiana.

Veamos ahora, sobre todo lo demás, esta suprema verdad. (Yerre esto y siempre fallará al tratar de vivir la vida cristiana.)

1. Nadie ha vivido nunca la vida cristiana, excepto Dios Padre. Únicamente Dios Padre vive la vida cristiana.

2. Vivimos la vida cristiana tan sólo mediante

la vida del Padre. Vivimos la vida cristiana por su vida, la vida suprema. Solamente la vida divina puede vivir la vida cristiana.

Nunca se ha vivido la vida cristiana sino sólo por medio del Padre. Esto es, se ha vivido la vida cristiana únicamente por la vida de El, la cual mora en nosotros. Y, exactamente, ¿dónde mora la vida del Padre en nosotros? Su vida mora en nuestro espíritu. No en nuestro cuerpo *físico*, ¡sino en nuestro *espíritu* 'espiritual' propiamente dicho! *El* vive la vida cristiana en nosotros. El es espíritu, *el* Espíritu; El es cristiano, *el* Cristiano. El vive la vida cristiana desde dentro de *nuestro* espíritu. ¡Por lo mismo, o esto viene a ser una realidad práctica, diaria, verdadera en nosotros, o de hecho no llegaremos a vivir la vida cristiana!

Pruebe no más cualquier otro método. ¡Pero pruébelo de veras! ¡Luego pruébelo con *más empeño* aún! ¡Ni siquiera así *puede* usted vivir la vida cristiana!

Es necesario que hagamos una pausa aquí y consideremos este hecho. Tan sólo una revelación puede hacer que usted comprenda que

* Si le es difícil entender esta oración, espere unas páginas más.

únicamente Dios puede vivir la vida cristiana. Es necesario que haya una revelación en lo profundo de su espíritu para que usted comprenda, en forma real y verdadera, que *le* es absolutamente *imposible* vivir la vida cristiana.

Y ¿cómo puede usted recibir semejante revelación? La respuesta a esta pregunta es muy sencilla. Simplemente continúe tratando de vivir la vida cristiana. ¡De repente un día le vendrá la revelación! Siga tratando, y de seguro usted *fallará*. Estas no son palabras huecas. Esta es la pura realidad. Esta es la manera en que las cosas realmente ocurren.

Ahora llegamos al segundo fundamento inmutable, pero téngase cuidado en dejar que el *primero* de estos inmutables penetre bien hondo. De otra manera, se podría terminar comprendiendo tan sólo el segundo.

El segundo hecho inmutable acerca de la vida cristiana es que *El* debe vivir la vida cristiana *en* usted. Pero tenga cuidado con esta afirmación. Existe una larga, venerable (y muy superficial) tradición entre los cristianos, de andar por ahí livianamente, diciendo: “Debemos dejar que Cristo viva la vida cristiana a través de nosotros.” Esta es una afirmación que se dice con frecuencia, pero que es una afirmación desatinada si se la deja sola. Es una afirmación que casi siempre se hace sin ningún respaldo experiencial en absoluto.

Estoy asombrado y hasta pasmado en cuanto a cuán totalmente privada está la familia cristiana de comprender *cómo* llevar esto a la práctica. Me parece que nuestras bibliotecas deberían estar llenas de libros que dieran ayuda práctica respecto a este asunto. La literatura cristiana está *casi* desprovista de dirección práctica que se proporcione a los creyentes acerca de cómo Jesucristo vive su vida a través de nosotros. ¿Cómo es que ocurre, *prácticamente*, que Jesucristo vive su vida en nosotros? ¿Cómo es que *El* vive la vida cristiana por nosotros?

¿Es posible que la razón de que nunca se nos dice la respuesta a estas cosas, sea que nadie sabe qué decirnos? “Deje que Jesucristo viva la vida cristiana a través de usted” es un gran lema para repetirlo en un sermón o en un devocional, pero es una expresión totalmente inútil, a menos que se haya captado el sentido profundo de ese *primer* hecho: *No podemos vivir la vida cristiana*. La misma sigue siendo inútil, a no ser que alguien nos dé un asidero realmente práctico.

Está de más decir que tenemos que asirnos de esa vida superior que vive dentro de nosotros, porque es únicamente esa vida la que puede vivir la vida cristiana. Los perros no pueden vivir la vida humana, porque solamente los seres humanos pueden vivir la vida humana. Los perritos constituyen una forma de vida impropia para vivir la vida humana. Del mismo modo, los seres humanos no pueden vivir la vida cristiana, porque la vida cristiana constituye el territorio exclusivo de la forma de vida *suprema*.

¿Cuán importante es que comprendamos que *no podemos* vivir la vida cristiana? Bueno, ¿Cuán importante fue que Jesucristo comprendiera que *El* no podía vivir la vida cristiana? ¡El lo comprendió! ¡Es necesario que comprendamos esto del todo, tanto como El lo comprendió!

¿Si el Señor no pudo vivir la vida cristiana, cómo es entonces que se le acredita haber vivido la vida cristiana? La respuesta es: 1) su Padre vivía dentro de El y 2) su Padre vivía la vida cristiana en El. Esto solamente podía significar una cosa: Jesucristo se asió de esa vida superior que estaba dentro de El (en su espíritu); se asió de esa vida de su Padre de manera muy viviente. El *conocía* muy, muy bien al Señor que moraba en El.

El Padre habitó dentro de su Hijo, aquí en esta tierra, por unos treinta y tres años. El *Padre* vivió la vida cristiana *dentro* de Jesucristo. Fue la vida del Padre, y únicamente la vida del Padre, la que vivió la vida cristiana dentro del Señor. Es la vida del Padre, y únicamente la vida del Padre, la que vive siempre la vida cristiana. Es la vida del Padre, únicamente la vida del Padre, la que vivirá la vida cristiana en *usted*. Señale su rumbo en cualquier otra dirección, adopte una *fórmula* o una *lista* para ‘vivir la vida cristiana’, y estará destinado a la frustración.

Usted no puede vivir la vida cristiana. Pero, oh estimado lector, ¡ciertamente usted puede *fallar tratando de vivirla!*

Gracias a Dios por los fallos, porque son esos constantes fallos los que nos hacen venir arrastrando nuestros cuerpos ya casi exánimes hasta el Señor Jesús y decirle:

—¡Desisto, Señor! Me doy por vencido. ¡No puedo vivir la vida cristiana!

Eso marcará el momento más maravilloso de su vida cristiana, y la hora en que realmente comience para usted el vivir la vida cristiana. Será el día que usted realmente desista de seguir tratando de vivirla. Ya sea por revelación, o por experiencia empírica, ese día usted habrá descubierto que simplemente no es uno de esos que pueden vivir mediante todas esas ridículas fórmulas... y ese día usted será un candidato a que la vida del Padre comience a ser experimentada en usted.

¡Sí, es cierto que como creyente usted tiene la vida del Padre en su espíritu! Pero en ese día renunciará a seguir tratando de vivir la vida cristiana... Entonces usted le dará a El, *finalmente*, camino libre para que viva en usted eso que para *El* es tan fácil y tan sencillo y tan inherente hacer.

Ahora mismo sería un buen momento para que usted se despoje de sus esfuerzos de tratar de ser un buen cristiano. Este es un lugar perfecto para renunciar a tratar de vivir la vida cristiana. (Usted también podría hacerlo, ya que de todas maneras *va* a fallar.) Pero, si el Señor no le ha mostrado esto aún, estimado lector, continúe no más tratando de vivirla. De hecho, trate hasta con más ahínco. ¡Un día de éstos usted dará la vuelta y se unirá a la sociedad de aquellos de nosotros que hemos fallado de ser

buenos cristianos! ¿Cómo puedo estar tan seguro de que un día usted se unirá a nosotros? ¡Porque ‘fallar’ es lo único que *puede* hacer un cristiano que trata de vivir la vida cristiana!

Abrijo la esperanza de que usted acaba de quedar libre de una larga lista de todos esos ‘haga esto’ y ‘no haga eso’ (los ‘haga esto’ que usted no puede hacer, y los ‘no haga eso’ que siempre hace). Pero por qué mira usted tan escandalizado; deténgase y reflexione sobre esto. Usted nunca ha sido bueno viviendo la vida cristiana. Admítalo. Allá adentro, en lo recóndito, a usted nunca le ha gustado realmente ir a la iglesia; tener que orar, siempre le ha sido una carga; y han sido muchas las veces cuando todas las páginas de su Biblia parecían estar en blanco, sin importar dónde la abría. Y si no puede encarar estos *hechos* reales, sinceros y verídicos, usted nunca llegará al final de su lucha y al comienzo de conocer realmente al Señor... de conocer la gloria tan esplendorosa de que El viva su propia vida en usted.

“Y Cristiano se despojó de su pesada carga.”*

Nos hallamos parados ante la Deidad en la eternidad pasada. Estamos visitando una era que precedió a la creación. Es imperioso que aquí, en este lugar, hablemos ahora con el Hijo eterno.

—Señor, ¿cómo viviste, morando *en* el Padre eterno... cómo viviste la vida cristiana, en la eternidad pasada, *antes de* la creación?

Estimado lector, cualquiera que haya sido el secreto del Hijo eterno, créalo o no, ese secreto también le pertenece a usted. Su respuesta, su forma de vivir la vida cristiana, ¡hoy es para usted!

¡Descubramos ahora *su* respuesta!

* El Progreso de Peregrino

6

El segundo Cristiano

Vengamos, con temor reverente y con temblor, al mismísimo centro del ser de la Deidad. Aquí vemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo que están en una constante comunión uno con el otro. (No se moleste en tratar de encontrar ‘lenguas’, Biblia, diezmos, ayuno, un edificio de iglesia, ni oración.)

Preguntemos reverentemente al Hijo:

—¿Cómo vives Tú, aquí en la eternidad pasada... por medio de qué vives la vida cristiana?

Si usted puede ver lo que está sucediendo en la Deidad, si usted puede ver cómo se vive, se experimenta la vida cristiana allí, en *ese* lugar, entonces podrá ver cómo ha de vivir, de experimentar *usted* la vida cristiana. O esto es verdad, o existen *dos maneras* de vivir la vida cristiana: una para el Hijo de Dios y *otra* para usted y para mí.

Vea la relación que tiene el Hijo con el Padre. Al hacerlo, usted contempla el primer y más elemental principio de *cómo* usted ha de vivir la vida cristiana. Aquí está ‘su manera’ (la de El) de vivirla. El primer paso, el primer móvil, está *aquí*. ¿Y qué es lo que descubrimos?

Aquí está lo primero que descubrimos.

El Padre da su vida a su Hijo. Así es como comienza todo esto. ¡Este el primer paso en esto de vivir, de experimentar la vida cristiana!

De puro amor y gracia el Padre imparte a su Hijo la mismísima vida por medio de la cual El ‘vive la vida cristiana’. El Padre da a su Hijo su propia vida, a fin de que su Hijo también pueda vivir por medio de *esa* vida. La vida que el Padre imparte al Hijo, es la vida por la cual el Hijo vive. El Padre transmite su propia vida a su Hijo, y así, el Hijo vive por medio del Padre.

Este ha sido el origen de que alguien distinto del Padre ingénito experimentase la vida cristiana. Aquí está el Cristiano número dos, y así es como El vivía la vida cristiana.

En aquella remota eternidad, el Padre imparte al Hijo la única vida que puede vivir la vida cristiana. Ahora el Hijo vive por medio de esa vida. Así comienzan las crónicas de la vida

cristiana. Más tarde, cuando este Hijo eterno venga a la tierra como carpintero, les dirá a los hombres su secreto.

La vida que Yo vivo
la vivo por medio
de mi Padre.

Antes de proseguir, note usted una vez más que esto tiene lugar en el ámbito espiritual, y que la vida del Padre es *espíritu*. (Se podría decir que la constitución molecular de la vida de Dios es *espíritu*. Anatómicamente, Dios es espíritu, no materia.)

Ahora, ¿cuál es el *siguiente* paso que estas dos Personas experimentan juntamente, después que el Padre da su vida al Hijo? ¡Algo muy bello! Mediante su propia vida divina, el Padre se vuelve hacia su Hijo y *ama* al Hijo. El Hijo, por medio de la vida del Padre, *recibe* el amor del Padre. Hasta el *recibir* amor es por medio de la vida del Padre. Entonces el Hijo (de nuevo mediante la vida de su Padre) corresponde retornando ese amor al Padre.

El Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre.

Vida impartida; amor intercambiado. *Esa* es la vida cristiana antes de la creación. Hemos penetrado en lo profundo del más recóndito secreto de la vida cristiana: 1) impartición de vida, y 2) intercambio de amor.

¡Observe usted no más la *simplicidad* de la vida cristiana en aquel entonces!

1) El Padre *imparte* su vida a su Hijo (todo lo que el Hijo haya de hacer jamás, lo hará mediante la vida de su Padre); 2) después el Padre *ama* al Hijo; 3) entonces el Hijo, mediante la vida del Padre, *corresponde* ese amor amando al Padre. Estos son los primeros elementos de ‘vivir la vida cristiana’, como fueron primeramente conocidos y experimentados y expresados.

Así era entonces. Así es ahora. *Así habrá de ser siempre*.

Estos elementos simples son los elementos fundamentales más esenciales que existen en todo lo que está relacionado de alguna manera con el vivir la vida cristiana. ¿Para quién? ¡Para todos, incluso para *usted!*

Note usted que esto no es conocimiento intelectual. Esto no es esa cosa ‘mental’ llamada ‘verdad posicional’. ¡Esta es una experiencia directa, empírica, espiritual, práctica y *experimental!*

Ahora seguiremos adelante, pero la simplicidad sigue.

A continuación, el Padre le *habla* al Hijo. El Hijo *escucha* y, teniendo la propia vida del Padre en sí, *responde* a lo que oye del Padre que le habla.

El Padre le habla al Hijo, el Hijo escucha al Padre y responde al Padre.

Vivir. Amar. Corresponder. Hablar. Escuchar. ¡Cuán increíblemente simple es esto!

Ahora llegamos al elemento más importante de todo.

Contemplar.

La relación que hay entre el Padre y el Hijo, cualquier otra cosa que sea, está siempre centrada en *contemplar* uno al otro. El Padre se encuentra siempre delante del rostro del Hijo. El Hijo contempla siempre el rostro de su Padre. El centro de la *comunión* entre el Padre y el Hijo es *contemplar* uno al otro. Vea al Hijo que contempla al Padre, ininterrumpidamente. Vea al Padre que con-templa al Hijo.

Estimado lector, no hay para usted asunto más importante en la vida, ni lo habrá nunca, que el de *aprender* a contemplar. *Usted* contempla al Padre, y contempla al Hijo. ¿Pero es esto posible para usted? ¡Sí, lo es! Mediante la vida de El que está en usted, y practicando la contemplación *en* ese otro ámbito. ¿Qué ámbito es ese 'otro' ámbito? El ámbito del espíritu.

(No dejaremos este punto hasta que se le haya proporcionado un equipo práctico para ayudarlo a contemplar al Padre y a contemplar al Hijo. ¡Usted, en su espíritu, uniéndose a la comunión del Padre y del Hijo!)

Vivir. Amar. Hablar. Escuchar. ¡Y ahora, contemplar!

¡La simplicidad misma!

Dar y recibir vida, amar y ser amado, hablar y escuchar, y ahora, *contemplar...* son todos iniciados por el Padre. Para el Hijo de Dios, el motor de la vida cristiana es su Padre. Estas son las constantes, los inmutables de la vida cristiana.

Usted debe considerar estos elementos simples como elementos principales de su andar cristiano también.* Si el Hijo vive la vida cristiana, es sólo mediante la vida que el Padre le imparte. No existen otros medios disponibles para vivir la vida cristiana... ni para El ni para usted. Aquí está el rumbo que usted ha de tomar en su búsqueda de cómo experimentar la vida cristiana.

¡Vea usted cuán verdaderamente antiguo es el experimentar la vida cristiana! El vivir la vida cristiana concierne a otro ámbito, a otra especie, y es territorio exclusivo de la forma suprema de vida: Dios mismo. Y recuerde que *sólo* en el ámbito espiritual se vive la vida cristiana. Y también, que la vida cristiana existe desde muchísimo antes de existir la oración y el Nuevo Testamento, y ciertamente desde mucho antes de 'ir a la iglesia' los domingos, y de ayunar, diezmar... y... maravilla de maravillas... ¡aun desde antes de hablar en lenguas!

Veamos ahora un poco más de cerca esta relación que hay entre el Padre y el Hijo. Una vez más, los elementos. El Padre imparte la vida suprema. El Hijo vive por medio de esa vida. El Padre ama

*Lea *La vida suprema*, por Gene Edwards. Editorial El Faro, Chicago, Ill. Es el Volumen uno de tres libros sobre la introducción a la vida cristiana más profunda. *El secreto de la vida cristiana* es el Volumen dos de es-ta serie de tres libros.

al Hijo. El Hijo corresponde amando al Padre. El Padre habla. El Hijo responde. El Padre contempla al Hijo. El Hijo contempla siempre al Padre. ¿Ve usted un principio que obra aquí? Este principio es *intraintercambio*.

Existe un constante *intercambio* dentro de la Deidad. Hay un derramamiento de la experiencia espiritual del Padre, proveniente del Padre. El Hijo recibe esa experiencia del Padre, experimenta lo que el Padre ha experimentado, y entonces retorna esa experiencia al Padre.

La vida se derrama desde el Padre e 'irradia' al Hijo. El Hijo recibe y experimenta lo que el Padre ha irradiado al Hijo, y entonces el Hijo reirradia esa vida, de vuelta al Padre. El Padre ama al Hijo. El Hijo, *irradiado* por el amor de su Padre, experimenta ese amor y entonces reirradia ese mismo amor de vuelta al Padre. El Padre contempla al Hijo; el Hijo contempla al Padre. Esto es, la contemplación es irradiada por el Padre al Hijo. El Hijo, irradiado por el contemplar del Padre, ahora reirradia esa contemplación retornándola al Padre.

Intercambio, reintercambio. Irradiación, reirradiación. Reflexión, re-reflexión.

¿Podemos encontrar una palabra que sintetice todo esto? Sí, podemos. ¡Lo que estamos viendo aquí es la '*comuni3n* de la Deidad'! ¡El intercambio de comuni3n cristiana que tiene lugar dentro de la Deidad! Recuerde esto. *Esta* es la esencia de la experiencia de la vida cristiana.

¡Acabamos de ver la vida cristiana en su forma más pura, más antigua y más primitiva! Todo dimana de esa primera, simple, primitiva, prístina y original *comuni3n* de la Deidad. En su esencia, la vida cristiana no es más, ni menos, que esto.

El intercambio de vida divina.

La *fuerate* de ese experimentar la vida cristiana, es el constante intercambio de vida divina entre los miembros de la Deidad.

Desde luego, usted es un mortal no destinado para semejantes cosas elevadas y santas. ¡Probablemente usted no puede tener parte alguna en algo así!

¿O sí puede?

¡Sí, usted puede! Esta *es* la vida cristiana y la misma no va a cambiar. Si ese intercambio de elementos divinos era primordial para la Trinidad, si ésa era realmente la vida cristiana en su expresi3n más antigua, entonces éste es también el elemento primario de la vida cristiana de hoy, y por lo mismo, es primordial para nuestra vida como creyentes.

De esto se desprende, ¿acaso no? que éste *debe* ser el objetivo principal de toda la cristiandad. ¡Debe serlo, pero no lo es!

Estimado lector, aquí está el secreto de la vida cristiana y la experiencia práctica de esa vida cristiana, tal y como el Hijo

de Dios la practicó y experimentó en la eternidad pasada. ¡Aquí está la vida cristiana del *segundo* Cristiano!

Ahora bien, un día sucedió algo extraño. Esa antigua escena que venía ocurriendo dentro de Dios, entró en la creación material. Por primerísima vez, la vida cristiana iba a ser vivida y experimentada no sólo en Dios, no sólo en la eternidad, sino también en nuestro planeta. El 'cómo' de la vida cristiana estaba a punto de ser introducido a la tierra. Cierta día la vida cristiana vino aquí a la creación visible. ¿El sitio? Una población llamada Nazaret, en un lugar llamado Galilea.

¡El segundo Cristiano de la Deidad vino a la tierra!

¿Cambió ese simple procedimiento de 'cómo vivir la vida cristiana', una vez que esa vida vino a la tierra? ¿Quedó alterado de algún modo por ese evento radical... por esa irrupción de la vida cristiana en nuestro ámbito? Hasta entonces la vida cristiana había sido vivida únicamente en la dimensión del ámbito espiritual. ¿Altera el ámbito visible, la creación material la manera en que se vive la vida cristiana? ¿Cambiaron las reglas una vez que la vida cristiana se trasladó del cielo a la tierra? Y qué decir de esto: 'Es sólo en el ámbito espiritual donde se puede vivir la vida cristiana.' Si esto es verdad, entonces ¿cómo pudo venir la vida cristiana al ámbito material, a este planeta tan terrenal?

Veamos. Pero mientras tanto, que no se diga que usted no sabe cómo vivieron los primeros dos Cristianos la vida cristiana en la eternidad pasada.

7

¿Está alterada la vida cristiana?

¿Tuvo lugar alguna vez la escena siguiente?

—Hijo mío, hemos vivido juntos en perfecta comunión en los ámbitos de luz, aquí en la eternidad. Pero ahora Tú vas a la tierra. La tierra tiene condición de caída y sus habitantes son pecadores. La vida cristiana *sólo* puede ser vivida en el más puro ámbito espiritual, en un espíritu perfecto. Ya no podrás vivir por medio de mí en el planeta tierra. ¡Cuando pases por esa puerta a ese otro ámbito, el ámbito caído, *todo* va a cambiar! Allá abajo ya no podrás vivir en la comunión de la Deidad. No; allí tendrás que aprender otra forma de vida. Y esa otra forma no es tan elevada como la que has conocido aquí conmigo. No; la forma en que vas a vivir en la tierra se llama la forma *inferior* de vivir la vida cristiana. De ahora en adelante deberás estudiar tu Biblia cada día, orar cada día, así como testificar, ayunar, diezmar, (¿hablar en lenguas?) e ir a la iglesia. *Estos* son los medios por los cuales se ha de vivir la vida cristiana en el planeta tierra.

¿Cree usted que tuvo lugar jamás una conversación semejante? ¡Dios nos libre! Cuando el Señor Jesucristo vino a la tierra, El sí oró, sí ayunó y glorificó a su Padre (esto es, testificó), pero éstas fueron expresiones externas de un desbordamiento —un desbordamiento de una experiencia interior.* (En nuestros días la cristiandad confunde el ‘desbordamiento’ con la ‘actuación’.)

Pero la pregunta que debemos encarar ahora es: “¿Cambió Jesucristo la forma en que El vivió la vida cristiana una vez que

* ¿Hablaba El en lenguas? Yo no soy pentecostal, por lo tanto no me es dado contestar esta pregunta. Pregunte usted a un pentecostal. Si la respuesta que se le dé, no es del todo clara, permanezca abierto a *ambas* posibilidades, siendo una de ellas que el hablar en lenguas *no* constituía el secreto del Señor para vivir la vida cristiana.

llegó a la tierra?” ¿Quedó inalterada *la manera* de vivirla al pasar El del ámbito espiritual al material, o hubo un cambio radical en las reglas básicas?

Si la respuesta es: ‘sí, hubo un cambio en cómo El tenía que vivir ahora la vida cristiana’, entonces hay *dos* maneras de vivir la vida cristiana —una allá en la eternidad y otra aquí en la tierra. Pero si no hubo ningún cambio, si la manera de vivir la vida cristiana siguió siendo la misma, entonces hay millones de libros sobre este tema, y millones de sermones relacionados con este asunto, que podemos regalar a alguien que no nos gusta.

Observemos más de cerca a Jesús el Cristiano. Regresemos a sus años de juventud y veamos qué podemos aprender en cuanto a su íntima experiencia de vivir la vida cristiana, comparada con nuestra actuación externa de vivir la vida cristiana.

Al tiempo que Jesucristo crecía en Nazaret, sabemos, desde luego, que crecía físicamente. Pero, al crecer físicamente, también crecía espiritualmente. Dentro de El estaba su espíritu. Como explico en el libro compañero de éste (*La vida suprema*), su espíritu pertenecía al otro ámbito. Y tal vez más importante aún, Dios Padre, que vive en el otro ámbito, también moraba *dentro* del espíritu del Señor.

Era desde *adentro* que Jesucristo crecía en conocimiento espiritual. El Señor empezó a percibir la presencia de un Señor que moraba en El... ¡su Padre! Dios Padre residía en el espíritu de Jesús. Además, Jesús percibía también el amor de su Padre. En ocasiones, escuchaba a su Padre que le hablaba desde adentro, en su espíritu. Un día El creció ya, espiritualmente, hasta el punto en que pudo contemplar a su Padre. Y... gloria, gloria, gloria... ese día la comunión de la Deidad comenzó a tener lugar aquí en la tierra... ¡dentro del espíritu de Jesucristo!

La vida cristiana se vive tan sólo en el ámbito espiritual. Pero ese ámbito espiritual estaba dentro del *hombre* que se llamaba Jesucristo. Todas las riquezas de los lugares celestiales se encontraban *en* El. El vivía en esta tierra, pero la provisión para vivir la vida cristiana provenía de su espíritu. Y, en misterios que no nos es dado entender, aun cuando su espíritu estaba en El, estaba *también* en el otro ámbito... en el ámbito espiritual.

Hubo otro acontecimiento radical (al menos desde nuestro punto de vista) que le ocurrió a Jesús. ¡Empezó a recordar el *futuro*! Asimismo, empezó a recordar el *pasado*. No sólo los acontecimientos pasados de la tierra, como recordar aquellos encuentros con Moisés y Abraham y los profetas, sino que también empezó a recordar su pasado ¡incluso *dentro de la Deidad*! ¡Empezó a recordar la eternidad! Al hacerlo, recordó aquella larga, preciosa y eterna *comunión* que había disfrutado con el Padre antes de la creación.

Pero, ¿cómo sucedió eso? Jesucristo tenía dentro de sí, a diferencia del hombre caído, un espíritu viviente que estaba plenamente activo. Su espíritu pertenecía al otro ámbito, y en ese

espíritu suyo vivía su Padre. De hecho, su Padre era uno con su espíritu. (El Padre vivía la vida cristiana en Jesucristo, desde dentro de ese lugar que constituye la residencia del espíritu humano y que ahora era la morada del Padre.)

El Padre *es* espíritu; por lo mismo, El vive en la esfera espiritual. En este caso, la esfera espiritual en que El residía, era el espíritu de Jesús.

¿Usted cree que, allí en Nazaret, este carpintero llamado Jesús abandonó la memoria o los recursos de aquella comunión que había sido suya en la eternidad pasada? No, El no abandonó ni lo uno ni lo otro. Una vez más asió aquella experiencia que había conocido a lo largo de edades eternas. Allá en la eternidad, el Señor había adquirido un hábito, por así decir. *¡Era un hábito que había practicado durante un tiempo sumamente largo!* ¡Tan largo como la eternidad (y vaya si eso había sido largo)! ¿Y qué hábito? ¡Pues, *cómo* vivir la vida cristiana!

¿Renunció El a esa 'forma' de vivir la vida cristiana que había experimentado en su Padre? ¿Abandonó El esa 'forma' por cosas como diezmar, ayunar e ir a la sinagoga? El Señor mismo dio la respuesta a estas preguntas. Escúchelo decir cómo vivió la vida cristiana:

Yo veo siempre el rostro de mi Padre.

Oigo siempre la voz de mi Padre.

Mi Padre me ama.

Voy al Padre.

Adonde yo estoy (tiempo presente) ustedes no pueden venir.

El Hijo del hombre que está (tiempo presente) en el cielo.

Jesucristo trajo desde la eternidad la forma de vivir la vida cristiana y la plantó aquí en la tierra, inalterada. Esa 'forma' funcionó tan bien en Nazaret, dentro del espíritu de Jesús, como había funcionado en la eternidad pasada. ¡Funcionó tan bien en un taller de carpintería, como en el centro mismo de Dios!

El Padre, que vive en ámbitos eternos y que también vivió dentro del espíritu viviente del Hijo encarnado, hizo posible que la comunión de la Deidad continuara. ¡Sí, que continuara *aquí* mismo en la tierra!

Considérelo desde el punto de vista geográfico. Geográficamente, fue en la eternidad donde el Hijo de Dios vivió la vida cristiana. Geográficamente, El estaba en el Padre, en espíritu... en el ámbito espiritual. Más tarde, estando ya en la tierra, ¿dónde vivió El la vida cristiana? ¿Geográficamente, dónde? ¡Exactamente en el mismo lugar! Jesucristo tenía dentro de sí un espíritu viviente, activo; sin embargo, aun cuando su espíritu estaba en El, ese espíritu suyo también pertenecía al ámbito espiritual. El Padre moraba en Jesucristo. ¿Dónde? Geográficamente hablando, el Padre vivía dentro del espíritu del Señor Jesús. Geográficamente, Jesucristo vivía la vida cristiana desde dentro de su espíritu... por medio de la vida del Padre. Jesucristo

andaba en su espíritu, vivía en su espíritu y *tenía comunión* constante con su Padre en su espíritu, y era desde dentro de esa ubicación (geográfica), desde donde El expresaba la vida cristiana a nuestro mundo.

Geográficamente, el espíritu del Señor pertenecía y pertenece al otro ámbito. Esto era cierto antes de la creación, y también era cierto cuando El vivía en Nazaret.

La vida cristiana tiene su origen en el otro ámbito y se la vive siempre en el otro ámbito. Se podría decir que Jesucristo entraba (geográficamente) en su espíritu, y allí vivía con el Padre; y por medio de la vida del Padre vivía la vida cristiana. Su cuerpo físico y su alma humana exhibían delante del mundo la fuente y el poder de su vida divina, la cual estaba ubicada en su espíritu.

Su forma de vivir la vida cristiana era 1) ir a la vida de su Padre, ubicada en su espíritu, 2) recibir de esa vida y 3) dejar que esa vida se expresara en este ámbito, a través de su alma y su cuerpo. El motor no había cambiado. Tampoco había cambiado el *medio* de vivir la vida cristiana. El motor de la vida cristiana seguía siendo la vida del Padre... en Jesucristo. El *lugar* tampoco había cambiado. El *lugar* seguía siendo 'en el espíritu'.

Si ésa era la forma de Jesucristo de vivir la vida cristiana, entonces ¿cuál podría ser *nuestra* manera de vivirla? ¿Son los principios fundamentales los mismos, o cambiaron las reglas del juego cuando se nos pasó la vida cristiana acá abajo a nosotros? ¿Tiene usted un espíritu viviente? ¿Pertenece ese espíritu suyo al otro ámbito? ¿Reside la vida suprema en su espíritu? ¿Mora Jesucristo en su espíritu?

Veamos a continuación cómo la experiencia de Jesucristo se manifiesta aún más.

Hasta ese momento ha habido sólo tres cristianos. Uno de los tres ha salido de los ámbitos invisibles, exhibiendo para nosotros aquí en la tierra la experiencia de la vida cristiana, para que la podamos ver. La comunión de la Deidad ha entrado en una especie de 'segunda etapa'. Y nada cambió de la primera etapa a la segunda etapa, sino sólo el trasfondo.

Ahora mismo hay doce hombres allá en Galilea, quienes van a ver la vida cristiana bien de cerca. Pero esos doce hombres son hombres 'caídos'. Ciertamente no son parte de la Deidad. Ni tampoco lo serán nunca. Pero ellos sí viven con el segundo Cristiano. (Y verán cómo el primer Cristiano y el tercer Cristiano, el Espíritu Santo, obran en El.) Se podría añadir que los doce desean muy mucho llegar a ser cristianos, si eso se les permite. ¿Podrán llegar a serlo? Si la improbable respuesta a esta pregunta es 'sí', ¿habrá un cambio mayor en la vida cristiana cuando la misma alcance a esos doce hombres? ¿Cambiarán las reglas? ¿O la forma de vivirla seguirá siendo la misma?

8

El secreto fundamental de Jesucristo

Al principio los doce fueron atraídos por los milagros de Jesucristo; y sí que hubo muchos milagros. Es exactamente aquí donde muchos se *detienen*, viendo... las señales y maravillas... el poder de Dios. ¿Es aquí donde usted se halla? Poco a poco los doce quedaron más atraídos por sus enseñanzas, porque sus enseñanzas eran pasmosas. Asimismo, son muchos los que se detienen aquí, únicamente aprendiendo su doctrina. ¿Es en la doctrina y en la enseñanza donde usted se encuentra?

Estimado lector, si usted está enamorado del poder y de la enseñanza, es casi seguro que no va a conocer al Señor íntimamente, ni verá nunca claramente el propósito de El.

Pero, gradualmente, los seguidores de Jesús descubrieron el punto *principal*: quién era El... y que ¡había alguien que vivía dentro de El! Comenzaron a observar el aspecto *íntimo* de Jesús. El 'dentro'. Entonces empezaron a descubrir que *dentro* de esa persona había también una '*forma de vivir*'.

Por último, los doce hombres empezaron a darse cuenta de cuán diferente era El en realidad. El era *biológicamente* diferente. La razón de los milagros, las enseñanzas que impartía a sus seguidores, así como las respuestas que daba a sus enemigos, tenían todos una explicación biológica. La explicación de esta increíble criatura residía *dentro* de El. Empezaron a verlo en un nuevo plano... su constitución biológica. A diferencia de ellos, ¡Dios vivía dentro de El! El 'secreto' de Jesucristo residía dentro de El.

Entonces les amaneció. El poder, las enseñanzas, y todas las cosas externas quedaron amortiguadas. Los doce comenzaron a ver que *dentro* de ese Jesús ocurría algo que tenía que ver con su *Padre*. Ya hacia el final, cayeron en la cuenta de que esa Persona anónima que obraba dentro de su Señor, ¡era aquello que en realidad los había atraído todo el tiempo!

Al dirigir la atención de los doce a su Padre, Jesucristo vino a tener éxito en su llamado y en su misión: ¡glorificó a su Padre entre los hombres!

Más adelante, cuando Mateo escribió acerca del Señor con quien había vivido, anotó esas actividades internas. Marcos (y Pedro) hicieron lo mismo. Luego, años más tarde, cuando Lucas entrevistó a muchos de los que habían conocido bien a Jesús, se llegó a ver todavía más claramente enfocada la comunión íntima que Jesús había tenido con su Padre.

Pero, al parecer, a uno de sus seguidores se le había dado conocer, más que a ninguna otra persona, cómo Jesucristo vivía la vida cristiana. Ese hombre era el apóstol Juan. A este discípulo le había llamado mucho la atención esa relación que había entre el Padre y el Hijo. Esa comunión íntima que tenía lugar en el interior de Jesucristo lo había cautivado. Juan vino a comprender que Jesucristo recibía de su Padre toda su vida y su 'experiencia'. ¡Quedó tan prendado de este maravilloso hecho, que escribió un libro entero acerca del mismo!

¿Qué fue lo que Juan vio? ¿Qué fue aquello que todos ellos, los doce vieron?

El Padre mora en mí
y yo en El.

Yo percibo cosas que son de lo alto.

Yo oigo que el Padre me habla.

Conozco a los que mi Padre escogió para que crean.

He visto el otro ámbito abierto.

Mi Padre está conmigo,
Yo nunca estoy solo.

Mi Padre da constantemente
testimonio de mí.

Mi Padre me envió aquí,
desde dentro del otro ámbito.

Mi Padre está en mí y
El hace la obra.

Yo *conozco* al Padre.

Yo y el Padre uno somos.

Yo veo a Dios.

Yo vivo por el Padre.
Tengo *vida* en mí mismo
por causa de El.

Sin el Padre, nada puedo hacer.

Aquello que es del Padre
irradia desde dentro de El al Hijo
y se torna en la experiencia del Hijo,

Yo y mi Padre somos tan uno,
que cuando ustedes me ven,
¡ven a mi Padre!

Estos elementos se combinaron y vinieron a ser, para los discípulos, la atracción principal de su Señor. ¿No debe esto ser también la atracción número uno que veamos en Jesucristo? Más allá de toda escatología, doctrina, poder, evangelismo, servicio, milagros, más allá de *todo...* finalmente somos traídos *aquí...* esto es, *si* somos buscadores... si seguimos siendo pesquisadores que vamos en pos de El. (Ahora, si usted busca las cosas *externas* que El ofreció, eso es otro asunto.)

Si usted toma todo lo que Jesucristo dijo con respecto a su relación con el Padre y lo pone todo junto, empezará a ver cómo el Señor le revela la comunión constante que tiene lugar en la Deidad. Asimismo el Señor le dejará ver lo que El experimentaba a diario, *dentro* de sí mismo en forma corporal y visible, en Galilea. Fue *esto* lo que los discípulos empezaron a comprender. Se dieron cuenta de que en realidad se encontraban a diario en presencia de esa increíble comunión que tiene lugar de continuo en la Deidad. Estimado lector, únase a ellos en esta comprensión.

Jesucristo era un cristiano y había sido un cristiano que vivió la vida cristiana durante toda la eternidad pasada. *Este* Cristiano vino a nuestro ámbito. Este visitante procedente del otro ámbito era la única persona en este planeta en quien moraba el Padre, y era el único que *tenía comunión* constante con el Padre. El solo, entre todos los habitantes de este planeta, conocía la comunión de la Deidad. Era el único hombre que tenía conocimiento de ese secreto, que era la fuente misma de la vida cristiana. ¿Compartiría El ese secreto? ¿Osaría ampliar las fronteras de esa comunión? ¿Permitiría que se incluyera en esa comunión a los doce? Hasta entonces, esa comunión había sido territorio exclusivo de tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Habría de ser compartida ahora con otros esa increíble experiencia? ¿Se permitiría que hombres comunes entraran en contacto con aquello que sólo Dios había conocido? ¿Habría también una etapa *tres*?

Preguntemos a los doce.

9

Pesquisas

¿Ocurrió alguna vez la escena siguiente? (Si esta conversación no tuvo lugar, muchos *creen* que sí ocurrió.)

Poco antes de su ascensión, el Señor Jesús llama aparte a Simón Pedro para hablar con él en privado.

—Simón Pedro —le dice—, estoy a punto de regresar al otro ámbito. Ahora bien, hay algunas cosas que tenemos que aclarar antes de que yo me vaya.

—Cuando, antes de venir acá, yo moraba en mi Padre, El y yo teníamos una relación única juntos. Luego, cuando vine a la tierra, nada cambió; el Padre y yo simplemente seguimos experimentando la misma relación que habíamos tenido en la eternidad. Mi Padre continuó supliéndome toda su fuente de vida. Yo viví por su vida. Todo el tiempo que estuve en la tierra, El vivió en mí. Tuvimos comunión juntos cada día mediante su habitar en mí. Pedro, tú comprenderás que todo eso era para *mí*. Este es *mi* secreto de vivir la vida cristiana. Pero, Simón Pedro, quiero que comprendas esto con toda claridad. ¡Todo eso que era para mí, *no* es para ti! *Tú* eres un hombre *caído*, Simón Pedro, *tú* tienes que vivir la vida cristiana por medios diferentes de los que uso yo. ¿Entiendes? Nada de este vivir por medio de la vida de mi Padre. Nada de este Señor que mora en mí. Por cierto que nunca pienses, ni tan sólo por un momento, que tú vendrás a ser invitado a participar de la comunión que hay entre mi Padre y yo.

—¿El secreto de la vida cristiana para ti, Simón Pedro? Bueno, tú tienes que vivir la vida cristiana por medio de tu propio esfuerzo. En primer lugar (y sobre todas las demás cosas), tienes que vivir una buena vida, una vida piadosa y santa. Ten cuidado de cómo te conduces y cómo te vistes. Haz el bien. Sé

amable. Luego, deja de pecar. Esta es la esencia de todo lo que yo vine a realizar: hacer que la gente deje de pecar tanto. ¡De manera que deja de pecar! Cuando seas tentado, inclina tu cuello y decide no pecar. Después, tienes que orar. Orar diligente y largamente... todos los días. Hincado de rodillas, sin ningún cojín ni alfombra debajo de tus rodillas. Ora sobre un suelo bien duro; ésa es la mejor manera de orar. La vida cristiana para ti será gruñir, apretar los dientes y tener coraje. Lee tu Biblia. Pasa mucho, mucho tiempo en la Biblia, Estúdiala; estúdiala más y luego aprende de memoria los versículos.

—Oh, excúsame, Señor, tengo un problema aquí. Yo no sé leer. Y ¿qué es un versículo?

—No te preocupes por eso, Simón Pedro. Simplemente aprende a leer. Ahora bien, yo sé que menos de un uno por ciento de la gente de este planeta sabe leer; de modo que aprende tú, y luego asegúrate de que el otro noventa y nueve por ciento también aprenda a leer. Luego todos ustedes pónganse a estudiar la Biblia.

—¡Señor, estoy seguro de que voy a estar muy ocupado!

—Oh, sí; ¡y dedícate a ayunar un poco también! Y diezma, y sobre todo... ve a la iglesia.

—Oh, Señor, ¿qué es una *iglesia*?

—Si no lo sabes, Simón Pedro, averígualo... entonces inicia una, y asegúrate de que todos asistan todos los domingos a las 11 de la mañana. Y adviérteles que “no dejen de congregarse, como algunos tienen por costumbre”.

¿Fue esto lo que el Señor Jesús le dijo a Pedro? Si fue esto, entonces todos nosotros estamos embaucados con una forma distinta, de segunda clase, de vivir la vida cristiana. ¡*Cierta vida cristiana!* Es verdad que cada elemento de esa fórmula tiene su mérito, pero *esa fórmula nunca* ha contenido, ni contendrá jamás, los ingredientes fundamentales del secreto de la vida cristiana.

Por el momento, digamos que esto es realmente lo que Je-sucristo nos dejó como nuestro ‘mecanismo de supervivencia’. Gruñir, apretar los dientes y tener coraje. ¿Se da usted cuenta de lo que esto significa? ¡Significa que hay dos maneras de vivir la vida cristiana! Una forma de vivir la vida cristiana para el Señor, y otra manera de vivir la vida cristiana para nosotros. Una forma de primera clase de vivir la vida cristiana, reservada exclusivamente para la Deidad, en su territorio no compartido. Luego, una forma de segunda clase de vivir la vida cristiana para nosotros, plebeyos; una forma que requiere una enorme cantidad de esfuerzo humano y de realización *exterior*. ¡Eso es! Las cosas exteriores vienen a ser del todo importantes. La actuación es todo. ¡Agradar a Dios, o al menos tratar de agradarlo, mediante exhibiciones exteriores! Lo interior no significa mucho.

¿O es totalmente al revés? ¿Viven el Padre y el Hijo la vida cristiana de la manera que *se nos* ha enseñado que debemos vivirla? ¿Viven el Señor Jesucristo y Dios Padre la vida cristiana ayunando, estudiando la Biblia, diezmando, orando y luego

asistiendo a la iglesia todos los domingos a las 11 de la mañana? ¡Lo dudo!

¡Algo está fuera de lugar aquí, en algún lado!

El Señor Jesucristo tiene un modo de andar profundo, permanente, *interno*. ¿Y nuestro modo de andar? ¿Está resumido en este clisé de “ora y lee tu Biblia todos los días o puede que no llegues al final”? Lástima por el pobre tipo que pierde un día, ¡pero mucha más lástima por el cristiano que es analfabeto!

Escoja usted. Todos debemos escoger cuál va a ser nuestra concentración central: el Señor que mora en nosotros o una ac-tuación objetiva, externa; tener comunión con El o tratar de agradarlo siendo buenos y haciendo muchas cosas lindas. En re-alidad ¡no tenemos ninguna otra alternativa! Personalmente, yo he probado las dos maneras, y puedo decir que no hay comparación entre las dos formas. (Afortunadamente, usted puede tomar su decisión basado en una experimentación empírica también, como veremos mas adelante.) ¿Pero, cuál de las dos parece más sensata? ¿Cuál luce como si tuviese huellas digitales de Jesucristo a todo lo largo y ancho?

Sus seguidores más íntimos escogieron la forma de vivir basada en que el Señor moraba en ellos, y en la comunión con ese Señor. En realidad, para ellos no fue ninguna elección en absoluto, puesto que ellos nunca habían oído hablar siquiera de la otra forma. Esto no es nada extraño, puesto que la forma de “Ora y lee tu Biblia” como el secreto de la vida cristiana, ni siquiera había sido inventada aún.

A continuación, veamos qué sucedió como resultado de la elección que los doce hicieron.

10

La reirradiación de la vida cristiana

Todos los seguidores más íntimos del Señor Jesucristo vieron cómo El vivía mediante la vida de su Padre. Esos hombres dieron testimonio de que su Señor les había dicho que la forma en que El había vivido por medio de la vida de su Padre en la Deidad, era también la *forma* en que El vivía la vida cristiana en la tierra.

Después que Jesús murió y resucitó, el Espíritu Santo vino para morar dentro de esos hombres. Asimismo El habló dentro de esos hombres, y amó dentro de esos hombres, y les recordó las cosas que el Señor les había dicho, y les recordó *cómo* El había vivido. *¡Entonces esos hombres empezaron a vivir la vida cristiana de la misma manera que El la había vivido!* Todo aquello fue resultado de la elección que hicieron entre vivir por medio de obras externas, o mediante la comunión con el Señor que moraba en ellos. ¿Cuál será la elección de usted?

Le ruego a usted que retenga para siempre en su corazón esta increíble verdad, porque ella contiene el embrión de todo lo que necesitamos saber acerca de *cómo* hemos de vivir la vida cristiana. *Lo que el Padre era para Jesucristo, eso mismo había venido a ser Jesucristo para sus discípulos... el Señor que moraba en ellos.*

El Padre vivía en Jesucristo, siendo su Vida misma y su diario vivir. Más tarde, después de la resurrección, Jesús vino a ser la vida misma y el diario vivir de sus discípulos.

El número de participantes de esa increíble comunión creció. ¡Se le permitió a un pequeño grupo de seres humanos que entrara en ella! Esta vez el irradiar y reirradiar... reflejar y re-reflejar no ocurrían únicamente entre Jesucristo y el Padre... ¡Ahora los doce estaban recibiendo y correspondiendo!

¿Qué era lo que recibían? Pues, ¡lo mismo que retornaban! Vida divina. Amor. Escuchar. Hablar. Contemplar... el intercambio e intra-correspondencia de comunión.

¡Pero nunca se haga usted la idea de que semejante experiencia increíble se ampliaría hasta incluirnos a *usted* y a *mí*! Todo eso paró allí mismo.

¿O no paró?

Fíjese en lo que aquellos seguidores del Señor informaron que era el punto principal *de El*. Note que todo lo que El dice aquí, es una descripción de su comunión con el Padre y con el Espíritu Santo. Fíjese también en que El está pasando esa misma relación a hombres comunes. ¡Irradiar y reirradiar!

El Espíritu Santo está con ustedes y estará *en* ustedes.

(El Espíritu Santo está en mí.)

No los voy a dejar. Vendré a ustedes.

(El Padre nunca me ha dejado solo.)

El mundo no me verá más, pero *ustedes* me *verán*.

Yo estoy en mi Padre,

mi Padre está en mí,

y ustedes están en mí

y yo *en ustedes*.

(Primera, segunda y tercera etapas.)

Ustedes son pámpanos que crecen de mí.

Yo permanezco en ustedes.

Yo salí del Padre.

Padre, todo lo que tengo y todo lo que soy procede de ti.

Padre, nosotros somos uno. Que ahora *ellos* sean uno,

en la misma forma que *nosotros* somos uno.

(reirradiar)

Ellos no son de este ámbito, así como yo no soy

de este ámbito.

Yo ruego por ellos, y por los que vienen después

de ellos, los que creen lo que ellos dicen.

Padre, tú estás en mí. Yo estoy en ti.

Nosotros somos uno. Añade a esta unidad,

que todos los que me diste sean uno,

y que estén *en* nosotros.

(Primera, segunda y tercera etapas, compartiendo unos con otros.)

Tú me diste gloria.

¡De la misma manera, yo *les* he dado

gloria!

Tú estás en mí. Yo estoy en ellos

(transmitiendo la experiencia, el Padre al Hijo,

el Hijo a los discípulos).

Padre, ámalos de la mismísima manera

que tú me amas.

Yo contemplé tu gloria. Entonces tú me diste gloria.
Ahora vuelvo a ti, Padre.
Que los que tú me diste...
que ellos también estén donde yo estoy,
para que vean mi gloria.

Que vean aquella mismísima gloria que tuve
antes de la fundación del mundo.

El amor con que me has amado está dentro de mí.
¡Que ahora este amor esté en ellos... que tu amor
esté en ellos exactamente de la misma manera
que yo estoy en ellos!

(Ahora la comunión incluye a *hombres*; Dios no ha
establecido restricciones en la tercera etapa.)

Lo que usted acaba de leer, es lo que esos hombres comunicaron como la expresión fundamental y más importante del corazón de Jesús. Ahora fíjese en lo que esos hombres refirieron como la expresión fundamental de *su* propio corazón.

El existía ya desde el principio mismo, sin embargo
yo también lo oí. Incluso lo vi. ¡Y a quien contemplé,
asimismo palpé con mis propias manos! ¡La mismísima Vida!

El que es la vida eterna, a Este mismo ahora
lo anuncio... a ustedes. El estaba con el Padre
en la eternidad pasada. Luego estuvo con nosotros.

Ahora lo proclamo a ustedes. ¿Para qué?
Para que ustedes tengan comunión
con aquellos de nosotros
que hemos tenido comunión con El.

¿Y con quién tenemos comunión hoy?
Si bien El ascendió y volvió al Padre,
todavía está *aquí*. Y cada día
yo sigo teniendo comunión con el Padre
y con su Hijo Jesucristo,
aun cuando yo estoy en la tierra.

Llénense de gozo. Vengan a tener comunión con nosotros.

Yo permanezco en El. Mi andar es en El. Yo ando
en El de la misma manera que El anduvo
con el Padre.

Que El, de quien ustedes han oído hablar,
permanezca ahora en ustedes.
Entonces ustedes permanecerán en el Hijo
y permanecerán en el Padre.

Asimismo la unción
permanece en ustedes y les enseña.

Ustedes saben que El permanece en ustedes, por el Espíritu
que El les ha dado.

El que está en ustedes es mayor que el que está

en el mundo.

Dios envió a su Hijo *unigénito* al mundo,
para que *ustedes* vivan por *El*.

Nosotros estamos en *El* que es verdadero.
La verdad permanece *en* ustedes,
y estará siempre con ustedes.

Ustedes nacieron de lo alto para una esperanza viva.
Ustedes han nacido de lo alto de una Simiente incorruptible.

Esa Simiente, que está *en ustedes*, es Aquel que es
la Palabra de Dios, que vive y permanente en ustedes.

Santifiquen a Cristo en su corazón; allí
que *El* sea Señor.

Estén preparados para decir una palabra
en lo que concierne a la esperanza que hay
en ustedes.

Su divino poder les ha otorgado a ustedes
todas las cosas que tienen que ver
con la vida y la piedad.

Ustedes han venido a ser
participantes de la naturaleza *divina*.

¡La siguiente pregunta nos afecta a usted y a mí! ¿Terminó con los doce Apóstoles esta forma más elevada de vivir la vida cristiana? ¿Puede usted atreverse a creer que:

Lo que el Padre fue para Jesucristo, eso mismo
es Jesucristo para nosotros...
el Señor que mora en nosotros?!

11

Cuarta etapa

¿Cree usted que la siguiente conversación ocurrió de veras alguna vez?

Pedro está hablando.

—Ahora, escúchenme bien, ustedes tres mil. Voy a decir esto una sola vez. Hay dos clases de cristianos. Los que viven la vida cristiana por los mismos medios por los cuales Jesucristo vivió la vida cristiana... ¡y luego están *ustedes!* Pero *ustedes no* obtienen el mismo equipo que el Señor Jesús tuvo, o que tenemos nosotros los doce. Ustedes son plebeyos. ¿Entienden? Ustedes tienen que luchar. ¿Me oyen? ¡Tienen que *luchar!* ¡Gruñir! ¡Apretar los dientes! ¡Esforzarse! ¡Inclinar el cuello! ¡Usar su voluntad, y su mejor esfuerzo! Ayunar. Y orar (preferiblemente de rodillas en un suelo duro, sin alfombra).

—En cuanto a Juan, y a mí, y a todo el resto de nosotros los doce, nosotros estuvimos viviendo con el Señor por más de tres años. Nosotros llegamos a ver de primera mano cómo vivió El la vida cristiana. Pero ustedes no. Recuerden esto. *Ustedes* sólo llegan a tener un conocimiento *de segunda mano* de todas estas co-sas maravillosas, de manera que eso los deja en una posición inferior. Nosotros los doce nos referimos a todos ustedes como ‘cristianos de segunda clase’.

—Nosotros hemos vivido con el Señor. Ahora El ‘mora dentro de nosotros de la misma manera que el Padre habitó en El. Para *nosotros*, el secreto de la vida cristiana es que nosotros vivimos por medio del Señor que mora dentro de nosotros. Pero esto es con relación a *nosotros*, no a ustedes. ¿Qué es, entonces, lo que tienen que hacer ustedes para vivir una vida cristiana victoriosa?

No hay manera de pasarles lo que *nosotros* tenemos. De modo que, para *ustedes*, la forma de vivir la vida cristiana es la siguiente:

—En primer lugar, es absolutamente necesario que ustedes aprendan a leer, y oren (preferiblemente de rodillas, etc.). *Y* den sus diezmos. Acuérdense de diezmar, porque, de otro modo, Dios no se va a agradar de ustedes. *Y* asistan a la Escuela dominical. Ah, sí, en este día yo, Simón Pedro, voy a inventar algo que se llama *iglesia*. Ahora bien, la iglesia no es la comunidad de los creyentes; no es una forma de vivir diaria, las 24 horas del día: la iglesia no es un grupo de personas. ¡No, señor! *Y* no es nada emocionante, ni vital, ni vibrante; nada que haya de ganar su corazón y su alma. Tampoco es una hermosa muchacha, una desposada para el Señor Jesús. No; la iglesia es, simplemente, un edificio, un edificio de ladrillo o de piedra, con asientos duros en él (mientras más duros, mejor). Ustedes han de hacer acto de presencia en ese edificio puntualmente a las 11:00 de la mañana cada domingo. (No a las 10:00 a. m., ni a las 9:00 a. m., ni a las 3:00 p. m., y no el viernes ni el sábado, ni al anochecer, sino a las 11:00 a. m. cada domingo.) Si lo hacen a cualquier otra hora o cualquier otro día, se los va a tener por una clase de secta. *Y* cuando entren, siéntense y guarden silencio. No participen en forma activa. Hagan todo lo que dicen las hojas de programa que les demos. *Y* nada más. Todo el resto del tiempo simplemente estén sentados y escuchen atentamente. Escuchen un sermón monótono (tal vez hasta incomprensible). *Y* no se pongan soñolientos ni le hablen a nadie; y ciertamente, por vida mía, no hablen, no compartan. Les repito: *No* participen. ¡Simplemente quédense sentados! ¿Entendido? ¡Sentados! Manténganse despiertos. *Y* si pueden entender lo que se está diciendo, *escuchen*.

—Como he dicho, la iglesia no es un modo de vivir, es un ritual semanal de una hora. *Y* es mejor que ustedes hagan acto de presencia en la misma cada domingo por el resto de su vida, porque hacer esto es el principal secreto de la vida cristiana. ¡Olvídense de la *koinonía*, piensen en un ritual! Así que, hagan todas estas cosas, o ni Dios ni yo nos vamos a agradar de ustedes, y nunca podrán ser buenos cristianos.

—Así queeee... oren, y lean su Biblia. (Les prometemos que la tendremos escrita tan pronto sea posible. Hasta podrían tener la oportunidad de poseer un ejemplar alrededor del año 300 d. de C., si es que tienen mucho dinero.) Ayunen, vayan a la iglesia, den sus diezmos, y cumplan algunas otras cosas acerca de las cuales les hablaré más tarde, cuando esté de mal humor. Ah sí, y hablen en lenguas. Como lo hicieron los ciento veinte ayer. A propósito de esto, quiero que sepan que ayer, día de Pentecostés, me sentí muy desilusionado con todos ustedes, los tres mil. ¡Ninguno de ustedes, de los tres mil, habló en lenguas! ¡Imagínense, el día de Pentecostés y tres mil de ustedes no hablaron nada en lenguas! Obviamente, hemos tenido un mal comienzo. Deben esforzarse más.

¿Cree usted que esta escena tuvo lugar? ¿No? Entonces, ¿dígame, por qué actuamos como si hubiese ocurrido?

¿Se impartió la fórmula anterior a los tres mil como el secreto de la vida cristiana? ¿Y es esto lo que se espera de todo el resto de nosotros que hemos creído después de ellos?

¿Es éste nuestro destino? ¿Es ésta la norma para vivir la vida cristiana para todos los que hemos venido *después* de los apóstoles? ¿Estamos cortados de la comunión de la Deidad? ¿No podemos llegar a saber nunca lo que Jesucristo sabía respecto de cómo vivir la vida cristiana? ¿No podemos participar de *su* experiencia? Si “leer la Biblia, ir a la iglesia y orar” constituyen *el* fundamento de la vida cristiana, entonces ¿dónde se encuentra el toque divino en eso de experimentar la vida cristiana? ¿Es *únicamente* en el momento de la salvación cuando experimentamos un encuentro íntimo con el Señor divino? ¿Se acabó para siempre el poder tener un íntimo y diario andar con Jesucristo? ¿Estamos viviendo bajo alguna nueva dispensación que nos separa de El?

Tómese nada más el rumbo que se acaba de presentar, y se parte en una dirección que no proporciona ninguna relación con el ámbito espiritual. Lo que estas fórmulas están diciendo básicamente, es: “Recibe tu salvación... ésta es una *experiencia* verdaderamente *espiritual*, del otro ámbito y profundamente íntima. *Pero* después de eso toda la vida cristiana es un apretar de dientes, un gemir y un gruñir. Para ti, el toque divino, el andar en el espíritu y la intimidad con Jesucristo, son inexistentes.”

Hace poco, en uno de nuestros más respetados seminarios, un profesor de teología estaba enseñando a su clase basado en un punto de vista tan extremo, que prácticamente había destronado a Dios y entronizado la Biblia en lugar de Dios. Uno de sus estudiantes le preguntó:

—Pero, ¿qué hay en cuanto al Señor que mora dentro de uno?

Escuche la respuesta del profesor:

—De la única manera que sabemos que el Señor mora dentro de nosotros es porque la Biblia nos lo dice.

¿Estamos realmente tan alejados de la realidad de Cristo?

¿No parece que quizás, tan sólo quizás, hemos errado el punto principal?

Bueno, estimado lector, según el punto de vista de ese profesor de teología, el hecho de ‘cómo vivir la vida cristiana’ se halla más o menos al mismo nivel que ‘cómo vivir la vida musulmana’, o ‘cómo vivir la vida hebrea’. ¿Dónde está aquello que es verdaderamente único en el cristiano? ¿Dónde está esa relación personal con el Señor viviente? Remuévase ese elemento y seremos cristianos relegados a vivir nuestra vida diaria a más o menos el mismo nivel espiritual que un hebreo o un musulmán. Un Señor vivo, que habita dentro de nosotros, es ese ‘algo’ que tenemos, que ninguna otra religión en esta tierra puede ofrecer. En efecto, otras religiones nunca soñaron siquiera en ofrecer semejante

gloria. Jesucristo ofrece acceso a una comunión personal con nuestro Dios. ¿Estamos a punto de abrogar *esto*?!

El secreto de la vida cristiana se halla *primeramente* en aquello que tenía lugar en la Deidad, allá en la eternidad pasada. La *segunda* gran ilustración y expresión del secreto de la vida cristiana nos llega en Jesucristo. Su secreto de vivir la vida cristiana puede ser resumido en lo que tenía lugar dentro de El mientras trabajaba en un taller de carpintería. ¡Mire usted *allí* para ver el secreto de la vida cristiana!

Encontramos la *tercera* ilustración de este secreto en los primeros discípulos, y en el testimonio personal de ellos respecto de una relación vital con el Señor que mora en nosotros y una *constante* comunión con El.

Contemple usted la Deidad; mire a Jesucristo en ese taller de carpintería; observe a esos doce hombres; escuche el testimonio de ellos acerca de su comunión con el Padre y con el Hijo, al tiempo que levantan la primera *ecclesia*.

Tomemos cualquier otro punto de partida y acabaremos con algo terriblemente desviado, increíblemente fuera de propósito, indescritiblemente superficial, totalmente impracticable y muy probablemente sólo a un pelo del humanismo, —sin mencionar una vida cristiana basada totalmente en el concepto de que tenemos que agradar a Dios y que tenemos que hacer eso por cumplimiento y buenas obras externas.

El que *comenzó* la obra en lo profundo de nuestro espíritu ¿cambió después para el esfuerzo físico? Nosotros, que dimos comienzo a nuestro primer momento como cristianos en nuestro espíritu, ¿debemos cambiar ahora para el lóbulo frontal y para la fuerza de voluntad?

Remueva usted la fachada de cualquier ‘secreto’ de la vida cristiana que no comience con la eterna relación del Padre y el Hijo, y con la relación *terrenal* del Padre y el Hijo, y muy probablemente no descubra mucho más que una religión de esfuerzo propio’, encubierta en un vocabulario teológico.

A aquellos tres mil creyentes *se les* habló acerca de la relación que Jesucristo tenía con su Padre que moraba en El. Los doce apóstoles, parados delante de tres mil nuevos creyentes, les hablaron de su propia experiencia que habían tenido y tenían con el Señor que había estado físicamente presente con ellos y que ahora estaba *en* ellos... así como de su propia relación presente con ese Señor que *moraba en ellos*.

Esos doce hombres les revelaron a los tres mil una nueva dimensión de vida. Esos doce fundadores de iglesias abrieron una puerta, a través de la cual unos tres mil individuos de la *ecclesia* pudieron entrar en el ámbito del espíritu. (Los tres mil oyeron decir: “Anden en el espíritu”, y aquello tuvo perfecto sentido para ellos; y vino a ser una experiencia de ellos también.) Este aspecto de ‘otro ámbito’ de la vida de todos esos creyentes, no tenía parecido alguno con lo que se hacía circular

como 'el secreto' de la vida hebrea. Era completamente diferente de todo lo que los teólogos hebreos de entonces presentaban en el templo de Jerusalén, y tampoco se parecía a nada conocido, enseñado o sostenido jamás en ninguna otra religión en época alguna en toda la historia de la humanidad.

Los doce les explicaron a los tres mil todo acerca de su presente vivir diario por medio de la vida del Señor, de poder escucharlo dentro de ellos, de sentirlo, amarlo, *contemplantarlo*, y sobre todo... de tener comunión con El... *dentro* de ellos.

Esos doce hombres, antes esclavizados por una de las re-ligiones más objetivas del mundo (y ahora liberados de ella), no compartieron de pronto un evangelio objetivo y superficial. Esos doce hombres proclamaban toda una nueva dimensión que no se había conocido nunca antes, ni de la cual se había soñado siquiera. Los doce proclamaban que el Dios vivo había entrado en los creyentes y permanecía dentro de ellos, *viviendo la vida cristiana*. Ese fue el evangelio que los tres mil escucharon y ese fue el evangelio que aquellos tres mil nuevos creyentes vinieron a experimentar juntos, en centenares de hogares por toda la ciudad de Jerusalén. El rasgo número uno de la primera *ecclesia* era que los creyentes experimentaban *corporativamente* a Jesucristo *en comunidad*.

Ah, pero todo terminó allí, ¿no es así? Todos los cristianos que vinieron *después* del nacimiento de la *ecclesia* en Jerusalén, se atascaron con un cristianismo mental y una vida cristiana no de comunidad, sino de 'iglesia a las 11:00 a. m.'. ¿No es verdad?

¿Y qué decir de todos nosotros, los creyentes de más adelante? Por ejemplo, ¿cuál era el secreto de la vida cristiana que se proclamaba a todos aquellos creyentes gentiles inmundos e incircuncisos, lejos allá arriba a cientos de kilómetros al norte de Jerusalén, en la tierra pagana de Galacia?

Echemos un vistazo a algunos de esos creyentes que nunca vivieron personalmente con el Señor, que nunca llegaron a conocer a ninguno de los doce apóstoles y que hasta el día que fueron salvos, habían sido ¡*paganos* analfabetos, sexualmente inmorales, y bebedores de sangre! ¿Qué fue exactamente lo que *ellos* entendieron que era el secreto de la vida cristiana?

12

El secreto de los gentiles

Pablo de Tarso está hablándole a un numeroso grupo de paganos de Galacia recién convertidos, que repletan una sala de estar. ¡Ahí está él, confrontando problemas bien difíciles de resolver! ¡Ahí lo tenemos, comunicando conceptos enteramente nuevos, en un ambiente imposible! Aquellos ex paganos oían la palabra *oración*, ¡pero para ellos ése era un concepto extraño! El concepto de ‘diezmar’ no significaba nada para esa gente, pero por una razón que no podríamos conjeturar nunca: la mayor parte de ellos jamás había visto dinero. El dinero también era un concepto extraño, porque la mayor parte de esos gálatas vivía trocando mercancías. El trueque era la principal forma de intercambio. Por esta razón muchos de los que estaban en ese salón, *no* tocaban dinero durante todo el año. Tampoco existían edificios de iglesias, ni habrían de existir por alrededor de trescientos años más. Hasta los templos paganos locales estaban construidos de tal forma, que la gente permanecía de pie *fuera* del templo a fin de ver el ritual de la adoración que se efectuaba dentro del templo. Así que *entrar* en un edificio para adorar era también un concepto extraño para ellos. (No podrían entender jamás eso de ‘ir a la iglesia’. Y por último, si en aquella sala de estar había presentes entre cincuenta y cien personas, no más de cinco o seis de ellas sabían leer.*

¿Qué evangelio podía venir a ser adecuado para esa gente? ¡Solamente uno! Un evangelio primitivo, ya experimentado por la Trinidad, traído a la tierra *en Jesucristo*, y experimentado y transmitido por hombres que estaban estableciendo la *ecclesia*...

* Aunque todos *hubiesen sabido* leer, no había nada que leer. La idea de producir libros en grandes cantidades, nunca les había pasado por la mente a los gentiles más que a los hebreos. El gentil promedio de una ciudad promedio de Galacia pudiera no haber visto nunca ni un solo libro en toda su vida. La abrumadora mayoría de la población de la región de Galacia se hallaba escasamente un escalón por encima de la más abyecta esclavitud.

Únicamente *ese* evangelio era adecuado a las necesidades de *toda* aquella gente. Esos ex inconversos 1) vivían en la *ecclesia* establecida por Pablo, y 2) allí, en esa comunidad de creyentes, se ayudaban mutuamente, se veían a diario, se reunían y conocían a Jesucristo juntos. Esto es, venían a conocer al Señor que moraba en ellos de la misma forma que aquellos tres mil nuevos conversos judíos, allá en Jerusalén, habían llegado a conocer a Cristo en forma íntima.

¿Era el evangelio predicado a esos gentiles por establecedores de iglesias como Pablo, el evangelio de 1) asistir a la iglesia, de 2) leer la Biblia, 3) orar, 4) diezmar, 5) ayunar, 6) ser bueno y 7) hablar en lenguas? ¿O era el evangelio de conocer (encontrarse, toparse con), aceptar y recibir, y experimentar, a diario y *corporativamente* a un Señor vivo, que mora dentro de uno?

Tomemos las epístolas de Pablo en el orden que fueron es-critas y *veamos* cuál era para el apóstol Pablo el secreto de la vida cristiana. Veamos qué evangelio presentó él a esa gente sin letras... gente que había sido adoradora de ídolos de piedra, gente que, solamente unos días antes, había estado empapada del conocimiento local de la superstición. Lo que encontramos en estas cartas que Pablo escribió, es lo que vemos que los convertidos por las palabras de Pablo experimentaban en su propia vida. ¿Pero qué fue lo que esos ex paganos escucharon de Pablo? ¿Y qué fue lo que ellos entendieron que era el secreto de la vida cristiana? (¿Teología, estudio bíblico, Escuela dominical, etc.?)

Téngase esto en mente al examinar la correspondencia que Pablo les envió a esos creyentes. Todas esas cartas fueron es-critas, no a individuos, sino a una *ecclesia*, la 'colonia del cielo', la comunidad de los creyentes. Punto sobresaliente: La realidad espiritual es *primeramente* para la *ecclesia* y por la *ecclesia*, no para el individuo ni por el individuo. Allá en aquellos días, los creyentes comprendían la vida cristiana tan sólo en el contexto de vivir la vida cristiana estrechamente juntos. Para esa gente, la vida cristiana y la *ecclesia* eran prácticamente la misma cosa.

El secreto de la vida cristiana es el Señor Jesucristo. ¡Y el secreto de los aspectos prácticos de conocerlo a El, está en la diaria vida de iglesia!

Así pues, aquí tenemos un pensamiento que es poco menos que desconocido para los creyentes evangélicos de hoy día. En realidad, la vida cristiana no es para el creyente individual; no es para ninguno de nosotros *fuera* del contexto de la *koinonía* de la *ecclesia*. O, al menos, debemos decir que nunca fue el *propósito de Dios* que se viviera la vida cristiana fuera de la comunidad de los redimidos. La *ecclesia* y el diario vivir la vida cristiana son inseparables. De consiguiente, al leer las palabras de Pablo escritas a los gentiles, nótese que sus palabras son increíblemente espirituales, aun cuando las mismas fueron

comunicadas en un mundo en que aproximadamente el noventa y ocho por ciento de todos o eran esclavos o estaban solamente un grado más arriba de los esclavos, y en el cual el analfabetismo estaba por encima del noventa y ocho por ciento, y en el cual los conceptos de *ecclesia* y *cristiano* eran prácticamente sinónimos en la vida diaria de los creyentes. Trate de recordar que sus palabras estaban dirigidas a la *comunidad* de los redimidos.

La Carta a los Gálatas

La palabra *en* era predominante en el vocabulario de los cristianos gentiles. (*En* significa unión o unidad con Cristo.)

Cristo está *en* (dentro de) el creyente. (1:16)

La unidad de Cristo en todas las cosas. (1:16)

Los creyentes no pueden obedecer satisfactoriamente las reglas, mandamientos u ordenanzas, ni tampoco puede nadie más. (2:14, 19)

El cristiano está muerto, y Jesucristo vive en su lugar. El creyente vive por medio de otra forma de vida, una vida superior... Cristo es esa vida superior... el creyente vive por medio de El. (2:20)

El cristiano comienza la vida cristiana al recibir el Espíritu que viene a morar en él, vive por medio de ese Espíritu, y todo su andar cristiano tiene lugar por medio de ese Espíritu y por nada más... ciertamente no por reglas, reglamentos ni mandamientos. (3:2, 3)

El hombre que ha pasado a ser verdaderamente justo, ha llegado a ser justo por la fe. ¡Es este hombre el que tiene *vida*! (3:11)

El vivir mediante reglas, reglamentos, rituales, tradiciones, leyes y mandamientos nunca nos dará la vida de Dios, cuya vida es la única que puede vivir la vida cristiana. (3:21)

Existe una familia que tiene la vida más elevada en la tabla biológica. Toda esta familia tiene la vida de Dios en sí. Los miembros de esta familia viven por medio de la misma vida por la cual Dios vive. *Nosotros* pertenecemos a esta familia. (3:26; 4:5)

Estamos en (dentro de) Cristo. (No podemos entrar *en* El más adentro que esto.) (3:27)

El mismísimo Espíritu de Jesucristo está en el espíritu del creyente. (4:6)

Dios nos conoce por experiencia, y nosotros lo conocemos a El por experiencia. (4:9)

¡Cristo vive en ustedes y está creciendo! (4:19)

Ustedes, gentiles que viven livianamente, ¿se les puede decir con osadía que están absolutamente libres de toda regla y ley? (4:31; 5:1, 13)

Ustedes son guiados por su ser interior, espiritual. Ustedes pueden andar literalmente dentro de su propio espíritu. (5:16, 18)

Su propio espíritu de ustedes produce fruto, sin esfuerzo. El fruto que les cuesta lucha producir, no es fruto; es obra... obra producida por la carne. (5:22)

¡Labren su espíritu hoy, y hoy brotará vida eterna! (6:8)

Ustedes son una especie biológicamente nueva. Tienen partes en ustedes que los inconversos no tienen. Biológicamente son diferentes de ellos. Ya no son las obras de la ley ni las ordenanzas las que son importantes para Dios o para ustedes. ¡Esto es biología! Dios está presente en su espíritu. Las obras están en la carne. (5:24; 6:18)

Y ahora vayamos al mundo griego, donde los creyentes eran muy parecidos a los creyentes gálatas en lo que concernía al dinero, la educación y las condiciones de vida.

Tesalonicenses

¡La palabra *en* sigue estando aquí!

Sólo el Señor hace que ustedes amen. (1 Tesalonicenses 3:12)

Dios puso su propio Espíritu Santo en (dentro de) ustedes. (4:8)

Dios les enseña cómo amar a otros en la *ecclesia* local. (4:9)

Biológicamente, fue la Luz la que los engendró y el Día quien es su Padre. (5:5) Somos de la Luz y del Día. (5:8)

Como *ecclesia*, vivimos con el Señor. (5:10)

El los llamó a ustedes. El es quien lo hace. (5:24)

El que está en nosotros, un día se manifestará desde dentro de nosotros... en gloria... (2 Tes. 1:10)

Habrá una aparición visible, física de Aquel que *ya* está presente en nosotros. (2 Tes. 2:8) Es el Señor mismo el que torna nuestro corazón a amar a Dios, y a la propia firmeza de El (de Cristo).

Corintios

No es por el sentido de la vista, ni por el sentido de los oídos, ni por la capacidad de la mente que el creyente *conoce*. Dios se nos revela a través de su Espíritu *a* nuestro espíritu. (1 Corintios 2:10)

Tan sólo nuestro espíritu, allí adentro en lo recóndito de nosotros, conoce realmente todo lo que Dios nos ha dado. (2:12; 6:19)

El Espíritu de Dios mismo mora en ustedes. (3:16)

Se puede sembrar cosas espirituales dentro de un creyente. (9:11)

Existe realmente un alimento espiritual, y el creyente puede participar de ese alimento, y ese alimento es Cristo. (10:1-4)

La iglesia es el cuerpo visible de un Señor invisible pero siempre presente. (Capítulo 12)

Jesucristo nos da su Espíritu, y su Espíritu nos da su vida, Esa *vida* tiene su origen en el otro ámbito. (15:47)

Somos seres celestiales, porque hemos nacido en los lugares celestiales. La parte más importante de nosotros, que es nuestro espíritu, nació en el otro ámbito y permanece en el otro ámbito. (15:44-49)

Su Espíritu está en nuestros corazones. (2 Corintios 1:22)

El Espíritu de Dios *escribe* en nuestros corazones. (3:3)

El Espíritu nos da la propia vida de Dios. (3:6)

¡El creyente puede ver lo invisible! (4:18)

Ustedes están en Cristo y son una especie biológicamente única. (5:17)

El poder de Cristo mismo mora en el creyente. (12:9)

Jesucristo está en ustedes. (13:5)

¡Y ahora vayamos a esos Italianos de sangre caliente de Roma!

Romanos

La verdadera circuncisión es adentro. (2:29)

¡Las cosas que no existen... existen! (4:17)

Ustedes son salvos *dentro* de la vida de El. (5:10)

Ustedes están en Cristo y, por tanto, vivos para Dios. (6:11)

El Espíritu de Vida (la Vida suprema) está en ustedes. (8:2)

El Espíritu de Dios mora en ustedes. (8:9)

El Espíritu de Cristo mora en ustedes. (8:9)

Cristo mismo está en ustedes. (8:10)

El Padre mora en ustedes. (8:11)

Ustedes son guiados por el Señor, desde adentro, mediante el Espíritu que mora en ustedes. (8:14)

Dios tiene comunión con ustedes dentro del espíritu de ustedes. (8:15-16)

Ustedes son débiles, pero el Espíritu que mora en ustedes no es débil. (8:26)

El amor de Dios está en Cristo, y ustedes están en Cristo también. Tanto ustedes como el amor de Dios están en Cristo. (8:39)

Dios es poderoso para hacerlos estar firmes. (14:4)

¿Y qué diremos de los creyentes de esa región que a veces se llama Asia Menor?

Efesios

Ahora mismo en nuestro espíritu estamos sentados con Cristo en el otro ámbito. (2:6)

Ustedes tuvieron su origen dentro de Jesucristo. (2:10)

Por medio del Espíritu, ustedes pueden ir directamente al Padre. (2:18)

Por medio del Padre, ustedes tienen acceso a las riquezas espirituales en el otro ámbito. (1:3)

El Padre está en ustedes. (4:6)

Como gentiles redimidos, ustedes tienen la vida de Dios. (4:17-20)

Ustedes han *escuchado* a Cristo hablando en ustedes, y El les ha enseñado. (4:20, 21)

¡Jesucristo hace que la *ecclesia* viva la vida cristiana! (5:23-32) ¡Aleluya!

La fuerza de El es la fuerza de ustedes. (6:10)

¡Ustedes no se visten de la armadura de Dios; la iglesia es la que lo hace! (6:11, 12)

Entremos allí donde el Señor mora, en nuestro espíritu, para orar. (6:18)

Colosenses

Ustedes están llenos de toda sabiduría espiritual. (1:9)

El misterio: Cristo en ustedes. (1:27)

El que está en ustedes tiene todos los tesoros en sí mismo, y la plenitud del Padre habita en El. (1:19; 2:2, 3)

La Deidad, en toda su plenitud, habita en Cristo Jesús —visiblemente— en forma corporal.
(2:9) Y ustedes están llenos de El porque están en El. (2:10)

Es el Señor que habla el que mora en ustedes. (3:16)

Y una última carta a los ex paganos de entre los griegos.

Filipenses

Hay una enorme provisión en el Espíritu de Jesucristo. (1:19)

Llegar a conocer a Jesucristo en una forma personal e íntima es el más insuperable de todos los valores. (3:8)

Debido a que procedemos del otro ámbito, nuestra ciudadanía también está en ese ámbito.
(3:20) Toda nuestra provisión para todas nuestras necesidades está en el Señor que mora en nosotros. (4:19)

¿Dónde se encuentra, en todas estas magníficas palabras escritas a esos creyentes gentiles tan pobres e iletrados, el conocido clisé de ‘ora y lee la Biblia para ser un buen cristiano’?

En estas epístolas hallamos una percepción del todo diferente respecto a nuestra relación con Cristo. Lo que vemos aquí es un grupo de ex paganos que tienen una relación profunda e íntima con el Señor Jesucristo. En estas cartas *esa relación se da por sentada*. Y esa relación se experimenta entre esos creyentes *a diario*.

Uno de los detalles más notables respecto de estas cartas es cómo empiezan todas ellas. Comienzan estableciendo la relación que hay entre el Padre y el Hijo. ¡*Todas* ellas! (Gálatas 1:13; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:1, 2; 1 Corintios 1:2-4; 2 Corintios 1:2, 3; Romanos 1:7; Efesios 1:2, 3 y ss.; Colosenses 1:2, 3; Filipenses 1:2.)

Mucho de todo lo que sigue después es una invitación a la *ecclesia* (creyentes sencillos, corrientes) a que se unan a esa relación y participen de la misma.

¿Está apareciendo una norma aquí?

Regresemos por toda la eternidad pasada, luego recorramos todo el primer siglo, y veamos *una* línea ininterrumpida. Una fuente común, un común denominador entre todos los involucrados con el andar cristiano. Y cuando digo todos, eso incluye al Padre, al Hijo, a los doce apóstoles, a los pudientes, a la clase media, a la vasta mayoría de los creyentes, a los analfabetos, a los aparceros y esclavos gentiles que vivían en las pequeñas y sucias ciudades de las partes más oscuras y pobres de Galacia y en los barrios bajos de las ciudades de Grecia, Asia Menor, y de Roma.

Pero ése fue el primer siglo. ¿Qué diremos acerca de los creyentes del siglo veintiuno?

13

Sugerencia de Juan

Son casi las 5:00 a. m. en la mañana del lunes. Ayer fue Pentecostés. Pedro ha convocado una reunión de los tres mil nuevos convertidos para las 6:00 de la mañana de este lunes. Pero les ha pedido a los otros once apóstoles que se reúnan con él antes de esa reunión. La cita, que va a tener lugar sobre la explanada del muro adyacente al pórtico de Salomón, es para discutir los planes que tienen para ese día.

Ahí llegan los doce apóstoles. Vienen todos ellos. Casi de inmediato Pedro pregunta:

—¿Qué le vamos a decir a toda esa gente? ¿Qué es lo primero que debemos decirles? Si el Señor estuviese aquí hoy, ¿qué les diríamos? ¿Qué introducción será buena para nuevos convertidos?

Judas (no el Iscariote) levanta la mano primero.

—Bueno, Pedro, he estado trabajando en esa gráfica mural sobre las trece dispensaciones de escatología. Es mayormente de los libros de Ezequiel y Lamentaciones.

—¿Qué te parece una disertación teológica sobre los siete pecados capitales? —interviene cadenciosamente el Dídimo.

—Simplemente porque el es uno de los únicos tres de entre nosotros que sabemos leer, se cree que todo tiene que ser intelectual, —refunfuñó Mateo al oírlo.

—Yo creo que debemos hablar acerca de los siete pasos de la oración eficaz más bien que de los siete pecados capitales, —añadió Simeón.

—Eso no es lo que ellos necesitan. Lo que necesitan es que se les hable acerca de los cinco dones del alma, —objetó Andrés.

—Yo opino que debemos enseñarles a leer su Biblia y a ir a la iglesia, —dijo Tadeo.

¿Qué es una Biblia? —preguntó Simón Pedro—, y... bueno, sea lo que sea, Tadeo, tienes que recordar que no sé leer. Y en cuanto a tu otra sugerencia, ¿qué dijiste? ¿Enseñarles a ir a una *qué*?

Entonces Pedro se volvió hacia Jacobo y le preguntó.

—Jacobo, ¿qué crees tú que debemos hacer?

—No empieces a mirarme a mí, Simón Pedro —respondió él de inmediato—. ¡Tú eres nuestro líder, no yo!

Por un largo momento Simón Pedro permaneció sentado y callado. Sabía que ya era casi hora de bajar y empezar a compartir con esos tres mil nuevos convertidos. Entonces se levantó y se asomó por encima de las almenas del muro. Miró por un momento, y se dejó caer al piso. Expresó sus sentimientos con una sola palabra:

—¡Oooh...!

Al verlo, Jacobo también atisbó por encima del muro y vio tres mil rostros anhelantes y gimió:

—¡Oh no... oh no! ¿Bueno... nadie sabe qué es lo que vamos a hacer... o decir?

Durante todo ese tiempo Juan había permanecido muy quieto y silencioso, pero en ese momento levantó la mano.

—Pedro, tengo una idea. ¿Qué te parece que digamos esto?

“Nosotros hemos visto a Jesucristo; nosotros hemos escuchado a Jesucristo. Lo hemos tocado, hemos estado con El, hemos tenido comunión con El.

“Pero entonces El murió y ya no lo teníamos. Luego resucitó, y después que resucitó, ascendió al cielo. Ahora El mora dentro de cada uno de nosotros. La comunión que una vez tuvimos con El aún continúa.

“Hablémosles a esos tres mil nuevos creyentes acerca de cómo doce hombres, como grupo, lo conocieron a El y cómo ahora lo experimentan. Mostrémosles cómo pueden estar con el Señor Jesucristo y cómo pueden experimentarlo en una forma íntima... así como lo hacemos nosotros.

“Después que ellos lo hayan tocado, lo hayan conocido y hayan tenido comunión con El, comprenderán nuestra experiencia, y entenderán nuestras palabras. Entonces los nuevos creyentes sabrán... en forma experimental... cómo andar con El y cómo tener comunión con El; entonces podrán tener comunión con nosotros de la misma forma que ustedes y yo tenemos comunión con el Señor Jesucristo a diario.

Pedro absorbió cada palabra de Juan. Por un momento quedó sentado en silencio y entonces respondió:

—Juan, ¿quieres volver a decir eso... pero un poco más brevemente esta vez?

Juan respiró profundamente y dijo:

“A Aquel que hemos visto y escuchado y palpado, anunciémoslo a ellos, para que tengan comunión con nosotros. Después de todo, Simón Pedro, nuestra comunión es con el Padre y con el Hijo, el Señor Jesucristo.”

Y así, los doce discípulos bajaron y entraron en el pórtico de Salomón y contaron cómo había sido eso de tener comunión con Dios hecho hombre, con Jesucristo. Después explicaron cómo ellos siguieron teniendo comunión con El cuando El vino a estar dentro de ellos como el Señor viviente que mora en uno.

Luego de compartir esta increíble palabra, los doce les *mostraron* a los tres mil cómo podían tener comunión con Jesu-cristo, que estaba morando en cada uno de ellos también. De esa forma los tres mil descubrieron cómo podían tener comunión con el Señor... dentro de ellos mismos. ¿Y cuando eso ocurrió? Los tres mil empezaron a comprender las cosas que los doce les estaban diciendo acerca del Señor que moraba en ellos y lo que estaba teniendo lugar dentro de los doce.

¡Entonces aconteció que los tres mil también comenzaron a confraternizar unos con otros acerca de la comunión que tenían con el Señor! Al hacerlo así, vino a existir una comunión viviente que una vez había pertenecido sólo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ¡pero que ahora pertenecía a tres mil ciento veintitrés creyentes! Y mientras más comunión tenían unos con otros, más podían comprender a los doce y más podían tener comunión con ellos, con el Señor y unos con otros.

Toda esa comunión redundó para la gloria del Padre y de su Hijo, Jesucristo. ¡Ah sí, y también de la Desposada, la iglesia!

Pero esta maravilla de maravillas no terminó con la Trinidad, ni con los doce, ni con los tres mil creyentes.

Usted tiene derecho a entrar en esa misma comunión con la Deidad y con todos los creyentes en la *ecclesia*. Esto es suyo: una experiencia tan real y tan íntima como la que experimentaron aquellos primeros creyentes dentro de la *ecclesia* de aquellos tiempos.

14

El secreto de la vida cristiana... pasado por alto en forma espectacular

Este capítulo tiene un simple propósito: desprender su modo de pensar, estimado lector, de algunos de los prominentes conceptos evangélicos de estos tiempos. La mentalidad evangélica es de una naturaleza muy *individualista*, muy *egocéntrica*, muy objetiva; es una actitud mental prácticamente carente de la centralidad de Cristo y de la centralidad de la *ecclesia* en el andar espiritual del creyente. Sobre todo, tiene una perspectiva orientada hacia la actuación e impregnada del concepto de que si nos esforzamos tan sólo un poco más, *podemos* llegar a ser buenos cristianos. ¡Cómo habremos de desafiar una mentalidad tan aterradora! Tal vez examinándola más de cerca.

Recopilemos, por así decirlo, todos los sermones predicados jamás y combinémoslos *todos* en *un* solo sermón. Comencemos con los sermones predicados en el año 350 d. de C. y continuemos recopilándolos justamente hasta este mismo domingo pasado. Casi todos esos mensajes tienen un tema común. Todos ellos nos dicen a los que nos encontramos sentados en las bancas de la iglesia, qué se supone que debemos hacer para llegar a ser buenos cristianos.

Habiendo convertido todos esos sermones en un gigantesco sermón, ahora tenemos un mensaje tan largo que sobrecargaría la memoria de almacenamiento de las computadoras más avanzadas del mundo. Cuando finalmente la computadora nos produjera este increíble sermón, el mismo llenaría el edificio más grande de la tierra.

¿Cuántos tópicos cubriría ese larguísimo sermón? Imagínese usted no más todas las exhortaciones, amenazas y demandas! ¡Y las listas! Interminables listas de cosas que se deben hacer y cosas que no se deben hacer para ser buenos cristianos. ¡Piense en todas las demandas dirigidas a usted! Literalmente habría muchos millones de ellas.

¡Ahora imagínese que usted se aprende *de memoria* todo ese sermón! ¡Cientos de millones de páginas aprendidas de memoria —por usted! ¡Al fin! Ahora usted sabe exactamente qué es lo que se requiere de usted para que pueda ser un buen cristiano. ¡Piense en todas las cosas que se supone que usted debe hacer hoy!

Ahora, estimado lector, armado del más grande conocimiento jamás vertido en un solo cerebro, ¡es hora de que comience a vivir la vida cristiana! (¡Menéese, pues!)

Su reloj despertador suena a las 6:00 a. m. Pero usted ya tiene un gran problema. El renombrado hombre de oración Praying Hyde se levantaba a las 4:00 a. m. *todos* los días y oraba durante cuatro horas cada mañana. Usted experimenta una gran sensación de culpa que lo abrumba. Sabe que en cientos de ocasiones Juan Wesley se pasó noches enteras orando. Más sensación de culpa. ¡Pero, acabe ya de salir de la cama, perezoso!

¡Pero no; espérese un momento! Quizá debiera seguir acostado y cantar quedamente un cántico cristiano. ¿No es ése un punto del sermón? ¿O tal vez debiera comenzar sus oraciones en la cama? ¿O debe sacudirse la colcha denodadamente? ¿O suavemente? ¿O debe salir de la cama y deslizarse humildemente sobre sus rodillas? ¿O debe ponerse de pie, con los brazos levantados en alto, y prorrumpir en alabanzas a Dios? ¿O tal vez debiera postrarse sobre su rostro y clamar a Dios por misericordia por su estado pecaminoso? ¿Encenderá la luz (y tal vez malgastará electricidad) u orará en la oscuridad, a riesgo de quedarse dormido? ¿Por cuánto tiempo va a orar? ¿Diez minutos? ¿Media hora? ¿Dos horas? ¿Cuatro horas? ¿Lo hará de pie? ¿Sentado? ¿De rodillas? ¿Postrado? ¿Con los ojos abiertos? ¿O con los ojos cerrados?

¡Dicho sermón le dice que haga todas estas cosas! ¡*Todos* los días! ¡Y sin fallar *nunca*!!

¡Pero, espérese un momento, desaliñado! ¡Aún no ha arreglado su cama! Lo primero, primero. Deje su cuarto arreglado y limpio; Dios aborrece a los chapuceros. ¡Cómo se atreve orar antes de recoger su cuarto!

Por fin, es tiempo de ir al cuarto de baño. ¿Entrará allí marchando como un cristiano en victoria, listo para conquistar el mundo, o debe ir con humildad, como el pálido galileo que anduvo apaciblemente sobre esta tierra?

¡Ajá! No le queda más crema dental, y usted le dijo a su esposa que comprase otra, pero ella no la compró. Ahora ¿la ha de reprender? (¡Mujer, la Biblia dice que debes obedecerme en todo!) ¿La va a perdonar? ¿Le va a hablar suavemente? O usted, que es humilde, ¿debe olvidar todo ese incidente y simplemente lavarse

los dientes sin pasta? O tal vez será mejor que no le preste ninguna atención a tales cosas mundanas, como cepillarse los dientes, y ande por ahí con mal aliento, confiando en que Dios le habrá de cuidar los dientes para que no se le desprendan de la cabeza.

Ese sermón le dice que haga *todo* lo anterior. Olvídese de la ambigüedad, y haga *todo* eso. ¡Todos los días!

Bueno, gracias a Dios que hay *una* cosa cierta, y es que el sermón entero conviene en que usted sí debe ponerse algunas prendas de vestir. Pero ¿debe ponerse ropa elegante y vistosa para mostrar a la gente cómo Dios prospera y suple a los cristianos, o al contrario, debe ponerse un pantalón de tirantes con peto, viejo y gastado, a fin de mostrarle al mundo que usted, que es cristiano, vive una vida austera, humilde, oscura y estoica?

¡Ese sermón le dice que haga todo lo anterior!

En algún punto entre el momento en que usted se despierta y el momento en que va a desayunar, ¡va a sufrir una total postra-ción nerviosa!

Tremendo sermón que se aprendió de memoria, ¿verdad? Una buena ayuda para su vida cristiana, ¿eh?

Y a propósito, usted, miserable pecador, fracasado, draga de la cristiandad y piedra de tropiezo para otros creyentes, usted, pobre, irremediable e hipócrita fracasado, esta mañana ha estado tan ocupado haciendo todo lo demás que ese sermón le dice que haga, ¡que se ha olvidado de leer su *Biblia!* Pero, da lo mismo. Usted no habría descubierto nunca si debe leerla inductivamente, deductivamente, de modo didáctico o meditativo, sin mencionar si en forma temática o analítica. Recuerde, ese sermón le dice que haga todo lo anterior. ¡*Todos* los días!

Ah, y no olvide usted, que se supone que todos los cristianos lean todo el Nuevo Testamento cuando menos una vez cada tres semanas. ¡Qué vergüenza! (¡O era leer el Nuevo Testamento tres veces cada semana!

¿Y testificar? Dar testimonio a un alma perdida cada día, como hacía Moody. Y ayudar a los pobres. Y asistir a *todas* las funciones de la iglesia. Atender a sus vecinos. Ayunar por lo menos una vez por semana. Diezmar el treinta por ciento de sus ingresos, como hacían los judíos en el Antiguo Testamento. Tomar un curso bíblico por correspondencia. Leer un nuevo libro cristiano por semana. (¿O son dos?) Y visitar a los enfermos. Asistir a un desayuno de oración y a un almuerzo de oración. Volar a Europa Oriental para hacer una campaña evangelística de puerta en puerta. Pasar una hora al día leyéndoles a sus hijos, y llevarlos a acampar. No olvide tomar parte en la marcha contra los malos libros de texto escolares, escuchar los cinco programas de radio diarios que su iglesia presenta, leer seis revistas cristianas, preparar una clase de Escuela dominical, sostener a un huérfano, escribirle a un misionero, ver esa película cristiana, ir al *picnic* de la iglesia y a ese retiro de padres, hacer trabajo

voluntario con una organización interdenominacional, ir a una sesión de aconsejamiento y asistir a un seminario de aconsejamiento laico.

Recuerde, ese sermón le dice que haga todo lo antedicho.

¿Ha captado usted la idea? ¿No hay algo fuera de lugar en todo esto? ¿Es ésta la fe cristiana? ¿Es esto lo que Dios requiere de nosotros para vivir la vida cristiana?

¡Pasemos ahora del sermón más largo del mundo y probemos el *libro* más grande del mundo!

Vaya usted a su seminario o colegio bíblico más próximo, tómese unos minutos (si puede encontrar el tiempo) para recorrer los pasillos de la biblioteca del mismo. Verá que prácticamente todos los libros de esa biblioteca están escritos basados en una simple hipótesis: Debido a que usted es salvo, puede hacer todo lo que esos libros requieren de usted. Todos esos libros presuponen que usted puede ser un buen cristiano. Eso, estimado lector, es una presuposición muy aterradora y errónea.

Si usted hiciese todo lo que esos autores dicen que debe hacer, nunca tendría tiempo para comer ni para dormir, y probablemente se volvería completamente loco de atar al cabo de algunas semanas de tratar de hacer todo eso.

Si tomásemos todos los libros escritos para los cristianos sobre el tema de qué se supone que un buen cristiano haga y qué se supone que sea, y combináramos todo eso en un libro, de seguro que ese libro tendría un metro ochenta de alto y más de kilómetro y medio de grueso. Si usted cree que aquel sermón más largo del mundo lo pondría bajo una montaña de culpa, espere a que termine de leer el libro cristiano más voluminoso del mundo —¡lo cual no le llevará más de cuatrocientos o quinientos años!

Estimado lector, *prácticamente* todos aquellos sermones y to-dos esos libros lo exponen al fracaso, a sentirse culpable y a una vida entera de frustración.

Existe un solo Cristiano, y sólo El puede vivir la vida cristiana. Y a menos que echemos mano de su vida y nos agarremos de El, seguiremos luchando contra la simple biología. Los seres humanos constituyen una especie impropia para vivir la vida cristiana. Además, aun si fuésemos la especie apropiada, todavía seríamos las personas indebidas. Porque la vida cristiana es... y siempre ha sido... y siempre habrá de ser el territorio exclusivo del Dios viviente. ¡Y El *solo* vive la vida cristiana!

Ahora, amontonemos encima de ese sermón y ese libro todo lo que los consejeros cristianos nos dicen que se supone que hagamos, y todo lo que todos los predicadores de la televisión y la radio nos dicen que hagamos para ser buenos cristianos.

Repito, el día más grandioso que usted habrá de vivir jamás, será el día en que su Señor le muestre, por revelación, que usted no puede vivir la vida cristiana. Y si esto es absolutamente cierto, entonces sí que hay realmente muchísimo que desaprender (olvidar) y volver a aprender.

¡Trasladémonos desde todos estos ‘haga esto’ y ‘no haga esto’ hacia la posibilidad de un *encuentro!*

15

Una fuerte recomendación

Usted sale de la última reunión de una de las más gloriosas conferencias a que ha asistido jamás. Mete su maleta en el compartimiento de equipajes de su automóvil y parte, satisfecho, de regreso a su lugar. Pero usted puede asimismo haberse acostumbrado tanto a oír buenas predicaciones que no ha notado que durante toda la semana no se le ha dado ninguna herramienta *práctica*. ¡Oh sí, usted recibió tremendas bendiciones! Escuchó tantos sermones gloriosos y se emocionó tanto, que los dedos de los pies se le ponían tiesos. Pero no tiene *nada* que pueda llevarse consigo, sino una agradable sensación. (Como usted sabe, esa agradable sensación no dura muy mucho. ¿Cierto?)

Pero una experiencia íntima y personal con Jesucristo... una relación experimental con Jesucristo... es práctica. *Hay* recursos prácticos que nos ayudan a tener comunión con Jesucristo. Hay recursos prácticos que nos ayudan a conocerlo en forma íntima.

Con todo, hasta una ayuda tal resulta impotente, a menos que haya hambre de parte de usted —una hambre suficientemente grande como para hacerle pagar el precio de establecer en *forma permanente* esa relación con El. No sé si usted cae en esta categoría, pero *lo* va a saber bien pronto. ¡De hecho, lo vendrá a saber en las próximas semanas!

Pero, habiendo llegado a este punto, quisiera abrirle mi corazón a usted acerca de algo que me hace sentir un genuino

temor, ahora que vamos a empezar a considerar asuntos *prácticos*. Me siento bastante temeroso de proporcionarle ayuda práctica, real en este libro. Hay varias razones para mi temor, y me gustaría que usted supiese cuáles son.

La primera razón de que yo esté renuente hasta a publicar este libro, es sencilla: Hay muchos que tienden a comercializar todas las cosas prácticas que funcionan realmente en el reino de Dios. No hay nada santo que no pueda ser aprovechado por algún predicador de por ahí, que invente un modo de sacarle dinero. Me temo eso; me temo esa posibilidad hasta los límites de mi capacidad de recelar.

Comprendo que apenas un ministro entre mil comercializará las cosas santas. Pero note usted que, tan sólo en los EE.UU. de América, hay más de trescientos mil ministros protestantes. Eso quiere decir que hay unos trescientos de ellos allá afuera ¡que sí harán tales cosas! Siempre hay alguien que pueda imaginarse la forma de embotellar o meter en cajas casi cualquier cosa que tiene que ver con el reino de Dios.

La segunda razón de mi preocupación en cuanto a compartir una ayuda práctica con usted, tiene que ver con algo que ya he tocado, pero que es algo que probablemente usted no haya captado. Hay un aspecto en la relación del cristiano con Jesucristo, que para mí es muy sagrado. Sagrado, sí; comprendido, casi nunca. Cuando hablo acerca del mismo, muy pocos lo comprenden. De manera que, una vez más, voy a tratar.

Hablo de la función de la *ecclesia* en nuestro andar espi-ritual con Jesucristo.

Se supone que una gran parte de nuestra relación personal con Jesucristo sea corporativa, *no* personal. Comunidad, no individuo. No me refiero a reunirnos con algunos amigos y llamar eso la iglesia; tampoco estoy hablando de cuando usted y aquellos con quienes trabaja en una organización no denominacional se reúnen. En los movimientos interdenominacionales, con mucha frecuencia tales reuniones se convierten en substitutos de la *ecclesia*. Ni tampoco hablo de ese versículo de Mateo, citado tan a menudo como si ese versículo se refiriese a algo sentimental: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” —con el siguiente comentario añadido: “*Esa* es la iglesia.”

¡No; donde están dos o tres reunidos, *no* es la iglesia! Vuelva usted a leer todo ese ‘bello’ y ‘sentimental’ pasaje, y verá que no. En ese versículo el Señor habla acerca de uno de los pasos que es necesario dar, conforme nos movemos hacia el punto en que toda la *iglesia* ¡excomulga a alguien! (¡¿Sentimental, eh?!)

Entiéndame que cuando hablo de un cuerpo o comunidad, hablo con respecto a aquello que es lo más santo y más precioso para nuestro Señor en todo este universo. Quizá no es muy precioso para los cristianos de hoy, pero sí lo es para Dios. Para El éste es el elemento más sagrado en la creación. Hablo de la *ecclesia*. Y la *ecclesia* no es una cosa; la *ecclesia* es una *ella* —¡una desposada!

Una asamblea visible, observable, atendible, ininterrumpida... el cuerpo de creyentes; la comunidad de los redimidos, una colonia procedente del cielo, una nación en la cual vivir, un mundo en medio de este mundo. Jesucristo murió por ella. Y es dentro de esta *comunidad de creyentes* que se *supone* que vivamos, y es en esta comunidad donde se supone que lleguemos a conocerlo más y más a El.

Se supone que, así como era en el primer siglo, usted y yo seamos salvos dentro de la esfera de la comunión del cuerpo de Cristo. Se supone que vivamos y experimentemos nuestra *vida* entera en esta civilización llamada *ecclesia*. Una comunidad. Una colonia sagrada. La *ecclesia* —era ella la que captaba y extasiaba a los creyentes del primer siglo. Allá, en aquellos tiempos, muchos hombres y mujeres venían al conocimiento de Jesucristo como su Señor, y vivían el resto de su vida juntos, en forma personal, íntima y diaria, *unos con otros*. Cristo y la *ecclesia* eran inseparables en la experiencia de los creyentes del primer siglo.

Nada de lo que he escrito aquí, nada de lo que al presente hablo, y nada de lo que yo haya de predicar o enseñar jamás... *nada* de todo lo que cualquiera de nosotros tiene que decir con respecto a cosas espirituales... habrá de funcionar nunca en la forma que se supone que ha de funcionar, a menos que tenga lugar dentro del cuerpo de creyentes informal, práctico, viviente y *dedicado*.

Me doy cuenta de que probablemente a usted le va a resultar difícil comprender lo que estoy diciendo aquí. En nuestros días, ‘iglesia’ quiere decir ir a un edificio una vez (o dos o tres veces) a la semana, sentarse en una banca, cantar cánticos, oír algún cantante y escuchar a un predicador. Después de eso nos vamos para la casa, nos quitamos la ropa ‘dominguera de ir al culto’, almorzamos bien y tomamos una siesta. Resulta tremendamente difícil para cualquiera entrar en esa mentalidad y explicarle con buen éxito a alguien que la *ecclesia* es una comunidad, colonia, confraternidad, civilización, una *forma de vida*... de dieciocho horas al día y siete días a la semana... con Jesucristo como centro de todas las cosas.

Con todo, *es* absolutamente necesario que *usted* esté dentro del cuerpo de Cristo cuando emprende la aventura de conocer a Jesucristo en forma personal e íntima. Se supone que su andar con Cristo no sea una empresa solitaria. Se supone que sea colectiva, que involucre a todos los creyentes... juntos. Puede que yo esté hablando fuera de la experiencia e información de la mayoría de los cristianos, pero eso no cambia ni el hecho ni la necesidad.

Los cristianos de Norteamérica simplemente no conocen mucho de las profundidades de Jesucristo. La ayuda práctica para llegar a conocerlo es tan escasa como las muelas de pollo. La mayor parte de nosotros no conoce prácticamente nada acerca de la comunidad de creyentes que se dedica corporativamente a conocer y experimentar a Jesucristo en forma personal e íntima, a diario.

Ahora, habiendo dicho todo esto, le diré, estimado lector, que en las páginas siguientes se le va a proporcionar una ayuda práctica en cuanto a cómo tener comunión con Jesucristo. De hecho, lo que sigue es algo más que cómo llegar a conocer a Jesucristo íntimamente; usted está a punto de recibir una ayuda práctica que lo asistirá a *entrar en* la comunión del Padre con el Hijo y la comunión del Hijo con el Padre.

Deseo solamente que esto pueda ocurrirle a usted dentro del marco de la vida experimental de la *ecclesia*.

¡En primer lugar, cada uno de nosotros necesita la *ecclesia* desesperadamente! ¿Por qué? Bueno, para empezar, muchos de nosotros no son realmente tan disciplinados que digamos. Muy pocos de entre nosotros tienen la persistencia que se necesita para seguir a Cristo continuamente. ¡Y ésta, estimado lector, es una razón por la cual Dios nos dio la *ecclesia*! Se supone que nuestra dedicación a seguir a Jesucristo sea *corporativa*. El seguir *en forma corporativa* a Cristo es lo que nos hace a nosotros, que por otra parte somos individuos solitarios, cien veces más fuertes en nuestro empeño de seguir a Cristo. Seguir a Jesucristo *juntos*, es la *única* manera de seguirlo que Dios determinó jamás que lo siguiéramos. No hay comparación entre seguir a Cristo individualmente y seguirlo en forma corporativa. Casi ninguno de nosotros puede ‘lograrlo’ individualmente; pero casi todos nosotros *podemos* lograrlo cuando es una empresa *corporativa*. ¡Estas son maravillosas nuevas, especialmente para aquellos de nosotros que son indisciplinados! Y ésta es también una de las principales ventajas que los creyentes de ese primer siglo tuvieron sobre nosotros.

La vida cristiana jamás ha funcionado, ni funciona, ni funcionará jamás, sino sólo dentro de los muros de la ciudad de Dios. Seguir a Cristo en un cuerpo colectivo de creyentes: ésta es la manera de Dios. ¡Funciona hasta para un campesino como yo!

Mientras tanto, nos encontramos varados con la presente situación. Por consiguiente, termino este capítulo con una fuerte recomendación. Búsquese a alguien que esté de veras interesado en conocer íntimamente al Señor y que, obviamente, también esté leyendo este libro. ¡Búsquese a alguien que esté dispuesto a renunciar a toda esa lista de cosas que hacer! (¡Dígale que renuncie a ella para la Cuaresma!) ¡Búsquese a alguien que esté dispuesto a abandonar la forma en que ora y a comenzar de nuevo desde el principio! Entonces reúnanse ustedes dos. Juntos, sigan los pasos prácticos que se presentan en este libro en cuanto a cómo establecer una experiencia íntima y personal con Jesucristo.

Por último, espero que usted le dedique abundante tiempo a esta empresa y que siga cuidadosamente la ayuda práctica que se presenta aquí.

Segunda Parte

En ninguna parte encontrará usted
un lugar de retiro más tranquilo
que en su propio espíritu.

16

¿Dispone usted de tres meses?

En una ocasión leí la historia de un hombre que quería transmitir algunos secretos que había aprendido en su profesión. Pero, a pesar de su deseo de dar a conocer ese conocimiento, no quería que esos secretos fueran a caer en manos de cualquiera, sino que más bien llegaran a aquellos que los fueran a usar diligentemente y con sinceridad. Por lo tanto, cuando se puso a consignar todo lo que sabía, lo escribió con palabras tan concisas, que sólo aquellos que se dieran del todo a la pesquisa pudieran descubrir lo que él estaba revelando. Al estar yo sentado aquí escribiendo estas páginas en particular, siento una marcada identidad con ese hombre. Y por la misma razón que él, he optado por escribir las siguientes páginas con las más concisas palabras posibles. Las ayudas prácticas están allí, pero las mismas asistirán sólo al lector que dedique toda su atención a lo que se presenta.

Las ayudas prácticas que se dan en este libro, se ofrecen con la esperanza de que serán utilizadas por creyentes suficientemente diligentes y deseosos de tomarse el tiempo para ser esmerados. Estas ayudas son sólo para aquellos que tienen hambre en su corazón. Por esto, y debido a que las mismas se presentan en una forma tan concisa, recomiendo que usted lea varias veces cada tarea.

Usted hallará un total de tres tareas. Todo lo que se necesita está allí, pero siga cuidadosamente las indicaciones. Muchos de los que leen libros de este género, quieren simplemente leer el libro y esperan que entonces le *ocurra* algo a su vida espiritual. Pero lograr una transformación esperando que alguien vierta dentro de usted, a través de un orificio en el tope de su cabeza, todo lo que usted necesita, simplemente no es una esperanza viable.

Estas tareas requieren tres meses de su tiempo. ¡Tres meses! Pero si usted sigue lo que se proporciona aquí, puede que usted emerja con toda una nueva relación con Jesucristo.

(Quiero pedirle que *no* lea la Tarea Dos hasta que termine la Tarea Uno! *¡Esto es extremadamente importante!*)

El tomarse tres meses para hacer estas tareas lo llevará más allá de su actual vida de oración. Usted no irá más allá de la oración, sino simplemente más allá de lo que comúnmente se *percibe* como oración.

Lo que usted hallará aquí no es nada más que una forma de tener comunión con el Padre y el Hijo. *Esto* es lo primero que a todos nosotros se nos debiera mostrar siendo nuevos cristianos. La centralidad del secreto de la vida cristiana descansa en la relación del Padre con el Hijo y en la del Hijo con el Padre. Y ahora usted está invitado, no por mí, sino por el Dios vivo, a venir y dar el paso *inicial* de entrada en esa increíble relación.

Y después, cuando terminen sus tres meses, me encantaría poder saber de usted.

17

Elementos eternos

Las páginas siguientes contienen una ayuda práctica que habrá de ser fundamental para usted en su andar con el Señor. De hecho, estas sencillas tareas pudieran ser un maravilloso fundamento en la vida de todos los cristianos.

Lo que usted está a punto de leer, *no* se lo presento como la *única forma* de entrar en una comunión significativa con el Señor. Es simplemente *una forma*. Pero todos necesitamos comenzar en alguna parte; necesitamos un punto inicial, ¿no es así? Tal práctica, cuando se la repite durante un período de meses, tiende a quedar orgánicamente establecida en nuestra vida. Una práctica que se repite, halla eventualmente una expresión orgánica, la cual, con el tiempo, vendrá a ser nuestra segunda naturaleza.

El propósito de las tres tareas que se presentan en las páginas siguientes, es ayudarlo a usted a establecer una relación con su Señor, relación que en los años por venir habrá de tomar su propia y única dirección en su vida. Es decir, lo que se halla en este libro se habrá de desvanecer con el tiempo, y en su lugar habrá de levantarse en su vida una característica de comunión con Jesucristo que será única en su género y exclusivamente suya.

Recuerde usted que este libro es sólo una *introducción* a la vida cristiana más profunda. No obstante, *hay* un elemento eterno que se ha de hallar aquí. Estas ayudas prácticas no son un método para ayudarlo en la oración, sino una forma de ayudarlo a establecer una comunión experimental con su Señor... y en última instancia, estos ejercicios prácticos pueden ayudarlo a experimentar un toque de *unidad* con El.

Recuerde lo que vimos al principio de este libro. Descubrimos qué era lo que tenía lugar en la Deidad. Toda relación inicial que usted tenga con su Señor, *debe* contener aquellos mismos elementos hallados en la comunión del Padre y del Hijo. ¿Aquellos elementos? ¿Cuáles elementos? Recibir la vida de El para que usted viva por medio de esa vida; ser amado por El y amarlo a El; escucharlo... y sobre todo... contemplarlo. Todos estos elementos se combinan para

integrar algo que se llama *comuni3n*. *Estos* elementos son *eternos* y constituyen la base de un andar cristiano experimental... para todos nosotros. No importa qui3n es usted ni en qu3 plano opera su vida espiritual, 3stas son constantes —constantes inmutables.

¿D3nde ha de comenzar *usted*? En primer lugar, reconozca que *ha* recibido la vida de El en usted. Confiese su deseo de asirse de un modo vital, viviente, de esa vida de El que est3 en usted. Reconozca que esa vida, la vida *de El*, es la 3nica fuerza vital en todo el universo que puede vivir la vida cristiana, y que usted est3 abandonando *su propio* esfuerzo de vivir la vida cristiana. Despu3s, aprenda a amar y a ser amado por El. En silencio, estando solo, delante de El... amar y ser amado por El.

Usted encontrar3 en las p3ginas siguientes *una* forma muy pr3ctica de hacer que estos elementos vengan a ser reales en su propia vida y en su comuni3n con su Se3or. Pract3quelos. Al cabo de tres meses, usted se habr3 apartado de esa montaa en que *usted* es el centro, y se habr3 pasado a la montaa en que Cristo es el centro. Durante ese proceso puede venir, por un instante, un toque de parte de El como El es realmente, el Todo en Todo. (Vea 1 Corintios 15.)

Reúnanse
al menos una vez al día,
en la mañana o en la noche.

—Tomás de Kempis

TAREA UNO

79

Tarea Uno

Usted experimenta una sensación de culpa cuando viene delante del Señor. Su mente divaga. Se pone soñoliento también. No sabe qué decirle al Señor, ni acerca de qué le va a hablar. Se distrae. ¿Cierto? Estos son los estorbos presentes que usted afronta en su vida de oración.

¿Hay alguna solución para todos estos estorbos? Sí. Definitivamente, sí.

Sólo existen dos cosas en este nuestro ámbito que pertenecen al otro ámbito y proceden de allí. Una de ellas son las Sagradas Escrituras, inspiradas por Dios. La otra es nuestro propio espíritu. Nuestro espíritu *pertenece* al otro ámbito y ahora forma parte de ese otro ámbito: pertenece al ámbito espiritual. Juntemos estos dos elementos (nuestro espíritu y las Escrituras inspiradas por Dios, que tienen, ambos, sus raíces en ese otro ámbito que procede del Padre y del Hijo) y tendremos la llave para abrir para nosotros el ámbito de lo espiritual y para lidiar con esos vetustos estorbos mencionados.

En primer lugar, búsquese usted a otro creyente (preferiblemente de su propio sexo, o quizás su esposo o esposa) que haya leído este libro o que lo esté leyendo —alguien que se reúna con usted dos o tres veces por semana durante unos tres meses. Alguien que esté *deseoso* de conocer de cerca a Jesucristo, alguien dispuesto a dejar la religiosidad. Alguien dispuesto a despojarse de *todos* sus hábitos de oración. Escoja a alguien que, como usted, esté dispuesto a dejar de lado su propio vocabulario religioso, el tono de voz pretencioso, aun el hablar en lenguas y las palabras de alabanza artificiosas y altisonantes. Sí, alguien que esté *tan* sediento de Dios.

En segundo lugar, haga una lista de tres pasajes bíblicos (del Antiguo Testamento o del Nuevo). Estos pueden ser pasajes favoritos suyos o pueden no serlo. Sea bien esmerado al hacer su selección. Escoja sólo pasajes que sean muy cristológicos (como, por ejemplo, pasajes de Efesios o de Colosenses).

El primer pasaje bíblico que usará, será el Salmo 23. (*Comenzará* con el Salmo 23 cada una de sus tres tareas.)

Usted está a punto de iniciarse en una antigua y muy re-verenciada práctica de los santos de todos los siglos pasados, una práctica y una herencia que han sido transmitidas a través de dos

milenios de fe cristiana. Usted va a empezar a convertir las Escrituras en oración.* El Salmo 23 será su punto de partida. Si usted escoge cuidadosamente sus otros tres pasajes bíblicos, más adelante podrá usar esos pasajes de la misma manera que usa el Salmo 23. Recuerde, elija *tres* pasajes bíblicos que sean muy cristocéntricos. Dichos pasajes no tienen que ser de más de cinco a ocho versículos.

Al acercarse al Señor por este medio, su mente no divagará. Usted no se distraerá. Ni se pondrá soñoliento. Sabrá *qué* orar, y lo que ore, tendrá un contenido más elevado y más rico que las oraciones que ha dicho usualmente en el pasado. ¿Por qué? ¡Porque usted estará orando las Escrituras!

Aquí está cómo va a empezar.

Este comienzo —antes de que usted siquiera abra la Biblia— es la parte *práctica* más importante de este libro. Esta es la parte que requerirá su mayor atención y su mejor tiempo. Proporciónese *tiempo* aquí, por encima de todo lo demás.

Estése usted solo. Quédese quieto. Tranquilice su mente. Tómese tiempo para esto. No se ponga a orar. Permanezca sentado delante de su Señor. ¡Empiece a aprender a *contemplar*, sin orar! Cinco minutos... diez minutos. Sea amado. Ame. Sí, ámelo a El.

A continuación, abra la Biblia en el Salmo 23. Lea este salmo atentamente, en voz alta y clara, *no* en silencio. *Dígale* el Salmo 23 a su Señor.

Parafrasee. O adapte. Deje que su corazón lo guíe; no se esté tan sólo con el versículo del caso si su corazón se llena de otras vislumbres de El. Permita que éstas también se derramen desde su corazón y hálleles expresión oral. Y sobre todo, cuando le hable a su Señor, ¡háblele en un lenguaje común! Renuncie a sus expresiones sofisticadas y tediosas.

Si de su espíritu brota algún pensamiento —convierta ese pensamiento en palabras; exprésele ese deleitable pensamiento a su Señor, en voz alta.

Capte lo que está ocurriendo. Usted le está hablando al Señor Jesús, pero está haciendo uso de las Escrituras para que le suplan las palabras que ha de decir. ¡Maravilla de maravillas, usted está orando y leyendo su Biblia!

Echemos ahora un vistazo a esto, tan sólo para ver cómo puede ser esta oración.

Señor Jesús, Tú eres mi pastor. Tú tienes cuidado de mí. Siempre has tenido cuidado de mí.

Ahora mismo estás cuidando de mí. Y seguirás teniendo cuidado de mí en el futuro. Yo soy una oveja tuya. Fui hecho para ser de un pastor. Tú eres ese pastor. Y es verdad; nunca me ha faltado nada, y ahora mismo no me falta nada.

* *Cómo orar las Escrituras*, por Judson Cornwall.

Siga orando de esta manera a todo lo largo del Salmo 23. Trate de orar todo el Salmo 23 cada mañana, como mínimo tres mañanas cada semana. Estando solo. Tranquilamente.

Cuando su primera semana termine, mire los otros pasajes bíblicos que va a estar usando. Vea si ‘encajan’, y si pueden ser usados de la misma manera. Puede que descubra que necesita escoger algún otro pasaje más apropiado para este tipo de oración. O puede ser que tenga que modificar la redacción del pasaje bíblico que haya seleccionado, alterando las palabras sólo un poco para hacer que sean apropiadas para ofrecerlas al Señor como una oración.

Después que usted haya pasado tres mañanas, solo, con el Salmo 23 durante ésa su primera semana... pídale *entonces* a su amigo cristiano que se reúna con usted durante la segunda semana. Cuando se reúnan, usen primero el Salmo 23. Pero después escojan uno de los otros pasajes que usted haya seleccionado y úsenlo durante la segunda semana. Durante esa segunda semana ofrezca primero ese pasaje a su Señor estando solo. Luego, durante esa semana, reúnanse con su amigo y ofrezcan ese segundo pasaje juntos.

Cuando se reúnan ustedes dos, permanezcan sentados juntos en silencio y quietos durante un buen rato, antes de hacer nada. Y recuerde: ¡no hagan ninguna oración *religiosa*! Cuando lleguen al punto de comenzar a orar las Escrituras juntos, háblenle a su Señor en un lenguaje sencillo. No en un lenguaje selecto ni floreado. (Recomiendo que, para evitar el lenguaje religioso, *no usen* ninguna versión antigua.) No traten de impresionar uno al otro con sus oraciones. Sean aprendices, no maestros. ¡Relájense!

¿Cómo, exactamente, oran las Escrituras dos personas juntas? Uno de ustedes tome el versículo uno y conviértalo en una oración hablada. El otro toma el versículo dos y lo convierte igualmente en oración hablada, etc.; pero ninguno de ustedes debe titubear en interrumpir la oración del otro para añadir algo, o en añadir algo cuando el otro acabe de decirlo; de hecho, hagan exactamente esto *cuando quiera* que una chispa de algo se encienda en su propio espíritu. De este modo, a veces los dos pueden llegar a orar algo del versículo del otro. Antes de empezar, decidan quién de los dos va a tener los versículos de número impar y quién los versículos de número par.

Durante la tercera semana usted debe concurrir dos o tres veces solo para hablarle al Señor, usando uno de los pasajes bíblicos que haya escogido. Repita su tarea de la primera semana, pero usando este nuevo pasaje. Exprésese en voz alta. Después reúnanse con su compañero y oren todo ese pasaje escogido (preferentemente hacia el fin de esa semana). Los dos juntos, eleven ese pasaje en oración a su Señor.

Al terminar, quédense sentados tranquilamente delante del Señor, ¡y exprésenle su amor!

La cuarta semana use el siguiente pasaje bíblico que haya seleccionado... si es cristológico. Haga lo mismo que haya hecho con los otros pasajes durante las tres semanas anteriores.

Durante la cuarta semana de su primer mes y *no antes*, lea la Tarea Dos. La Tarea Dos lo va a sorprender. Durante esas primeras tres semanas de la Tarea Uno no debe saber qué es la Tarea Dos.

Si usted le da vuelta a la página y lee la Tarea Dos ahora, eso podría anular toda la empresa antes de comenzarla. Es realmente importante que usted *no* sepa lo que hay en la Tarea Dos antes de que se lance a realizar la Tarea Uno.

La Tarea Uno lo ayudará grandemente en aprender cómo ha de reconocer su espíritu, cómo ha de permanecer sentado delante del Señor, y cómo ha de amarlo. Todo esto es indispensable. Pero si usted lee ahora la Tarea Dos, eso afectará su habilidad de lograrlo. Pase ahora al *Apéndice (página 90)*, y léalo. Después vaya y búsquese ese compañero que haya de perseverar con usted a lo largo de tres meses. Pero no lea la Tarea Dos hasta la cuarta semana de esta empresa espiritual.

TAREA DOS

84

Tarea Dos

(¡Por favor! ¡No lea la Tarea Dos hasta terminar la Tarea Uno!)

La Tarea Dos es muy similar a la Tarea Uno. La Tarea Uno ha sido estratégicamente importante para usted, porque lo ayudó a aprender *cómo* convertir las Escrituras en oración. Pero hay una diferencia mayor, y esa sola diferencia hace toda la diferencia del mundo. Esa diferencia es revolucionaria. La diferencia está en cómo usted se acerca a su Señor. Pero antes de analizar esa diferencia, observe lo siguiente:

Durante todo el primer mes (a lo largo de toda la Tarea Uno), *usted* fue siempre el centro de todo lo que se oró. Para ilustrar:

Señor, Tú eres *mi* pastor. Nada *me* faltará. *Me* haces descansar en lugares de delicados pastos. Confortas *mi* alma. *Mi* copa está rebosando. El bien y la misericordia *me* seguirán todos los días de *mi* vida.

Esto es muy típico de la posición ventajosa de la mayor parte de nuestras oraciones, ¿cierto?

En la Tarea Dos, usted está a punto de trasladarse a una nueva montaña, una montaña en la cual nunca antes ha estado. Está a punto de ver la fe cristiana desde una nueva posición ventajosa. Esta vez usted va a cambiar totalmente el centro. *Usted* ya no será más el punto central de la oración. Y que ese simple cambio transforme para siempre su vida, cambie la forma en que ve la vida cristiana, e incluso cambie la forma en que ora y la forma en que usa las Escrituras para orar.

Considérelo nuevamente. Usted nunca tendrá ninguna *experiencia espiritual* que no haya sido *primero* conocida y experimentada por Jesucristo. Cabe decir esto de usted y de todos los creyentes. Y cabría decir esto de un muchacho pastor llamado David, que escribió el Salmo 23.

Si esto es cierto, entonces el Salmo 23 no fue experimentado primero por David ni por usted. Jesucristo lo experimentó *primero*. ¿Imposible? Absolutamente no. El Hijo de Dios es libre de espacio-tiempo. El existió antes de existir ningún ser humano. Sólo experimentamos lo que El experimentó primero. Recuerde también que su Señor vivió en la eternidad *antes de* vivir en el tiempo, y El es Señor del tiempo. El Salmo 23 es, si no es nada más, una

crónica de experiencias que tuvieron lugar entre el Padre y el Hijo.

Este segundo mes usted va a comenzar con el mismo pasaje bíblico (el Salmo 23), pero con *una muy grande* diferencia.

¡*Usted* va a salirse completamente de la oración! En tanto esté hablándole al Señor, no hará ninguna referencia personal a sí mismo. En este segundo mes usted estará *observando* la comunión del Padre y del Hijo. O sea, ¡estará contemplando! Pero *empezará* amando y siendo amado. (Vuelva a leer la Tarea Uno en cuanto a esperar delante del Señor antes de comenzar.) Usted pasará a ser un *observador* de ese eterno intercambio de experiencias espirituales entre el Padre y el Hijo. Usted vendrá a ser realmente un observador (un contemplador) de la relación *de Ellos* de uno con el otro.

Por tanto, su oración podría brotar en forma parecida a esto (Salmo 23):

Padre, cuando Jesucristo estaba aquí en la tierra, Tú eras su pastor. Nunca le faltó nada. Tú suplías todas sus necesidades. *Tú* eres todo lo que El ha necesitado jamás.

Señor Jesús, mientras vivías aquí en esta tierra, tu Padre era tu reposo. Tú descansabas en El. El confortaba tu alma. Tu Padre era tu bebida. El era tu alimento. El era tu provisión plena.

Padre, tú eres la justicia de Jesucristo. Tú eres su senda. El Señor Jesús andaba y vivía en tu justicia. El te seguía, y glorificaba tu nombre.

Note que usted no forma parte de la oración. *¡Usted ha cambiado de montaña!*

Continúe ofreciendo el Salmo 23 de este modo. Manténgase fuera de la oración. Observe el intercambio, la experiencia, la comunión que tiene lugar entre el Padre y el Hijo.

Recuerde usted, no comience esta oración inmediatamente. Primero pase algún tiempo esperando tranquilo delante del Señor.

Pase por esta tarea dos e tres veces durante la primera semana, solo. Después, reúnanse con su amigo *una vez* esta semana, preferiblemente hacia el fin de la semana. Uno de ustedes tome los versículos de número par, y el otro tome los de número impar. Ofrezcan el Salmo 23 juntos.

Durante la segunda semana tomen uno de los otros pasajes que usted haya escogido. Continúen orando de esta manera cada semana restante de todo el mes.

Durante los últimos días del segundo mes, lea la Tarea Tres.

(¿No sería esto más fácil, y no sería maravilloso, *si* al-rededor de cincuenta o cien personas de la *ecclesia* estuviesen haciendo esto durante el mismo tiempo y estuviesen compartiendo sus experiencias individuales uno con el otro, juntos, en la

informalidad de salas de estar diseminadas por toda la ciudad? ¡Sin *ningún* líder presente!)

TAREA TRES

Tarea Tres

En esta Tarea Tres no haga nada más que escuchar. Aquí le explico cómo:

Quédese solo. Simplemente permanezca sentado en silencio delante de su Señor. Ame. Sea amado. (Vea la Tarea Uno.) Ahora abra su Biblia en el Salmo 23. No hable. ¡*Escuche!* Escuche cómo el Hijo habla. Pero *no* le habla a usted. Escuche cómo El le habla al Padre. Escuche cómo el Padre habla. No a usted, sino al Hijo.

Lo que usted escucha, probablemente será algo parecido a esto (Salmo 23):

Padre, mientras estuve en la tierra, di testimonio delante de los hombres y de los ángeles de que Tú me pastoreabas. Di testimonio delante de los hombres y de los ángeles de que nunca me faltó nada. Y que Tú siempre estabas conmigo.

Hijo mío, mientras Tú estabas en la tierra, Yo te guiaba. Tú me seguías y glorificabas mi nombre. Yo era tu bebida, Yo era tu reposo, y aun ahora, aquí en el ámbito eterno, Yo soy tu bebida y tu reposo.

Continúe ‘escuchando’, solo, con el Salmo 23, dos o tres veces durante la primera semana. Esta parte de la tarea ha de hacerla solo, no con su amigo; pero su amigo debe mantenerse a la par con usted, siguiendo la Tarea Tres de la misma manera. Al fin de la semana, los dos se reunirán y compartirán uno con el otro lo que cada uno ‘haya visto y escuchado’.

Esta es simplemente una tarea de contemplar y escuchar.

Escuchar. Contemplar.

No participe de lo que oye; simplemente escuche. Haga esto usando el Salmo 23. En la segunda semana pase al siguiente pasaje que usted haya seleccionado. Pase mucho tiempo en silencio, amando y siendo amado. Luego pase el tiempo escuchando al Padre y al Hijo hablándole uno al otro.

Durante esta segunda semana, reúnanse de nuevo con su compañero al fin de la semana y compartan uno con el otro lo que hayan oído al *escuchar* al Padre y al Hijo al tener ellos comunión juntos. ¡Tan sólo compartan, y nada más!

Repita esto la tercera y cuarta semanas, usando pasajes nuevos cada semana. Tómese tiempo para contemplar y escuchar.

¿Y qué habrá ganado usted en todo esto cuando su tercer mes termine?

Usted se habrá unido a la comunión de la Deidad. (¡Igual habrá hecho el amigo suyo!) Usted habrá aprendido un poquito más respecto de su espíritu —así la percepción de su espíritu como la ubicación del mismo dentro de usted. Asimismo estará aprendiendo a distinguir entre su espíritu y sus emociones y su voluntad. Y habrá aprendido a amar, contemplar, escuchar y corresponder... *a tener comunión con El*. Y es de esperar que usted habrá aprendido (en alguna de esas ocasiones) a ausentarse de este ámbito y simplemente contemplar la Deidad en su constante comunión.

Y eso deberá constituir su introducción a la vida cristiana más profunda.

APENDICE

¡Cuando quiera que los cristianos
hacen algo tres veces
seguidas... después
aquello pasa a ser
una doctrina neotestamentaria!

I

Observaciones y advertencias

Quisiera que usted me acompañara de regreso a un aula del Seminario Teológico Bautista *Southwestern* en los días cuando yo era un joven ministro en ese seminario.

Eramos alrededor de cuarenta estudiantes en esa aula. La mayor parte de nosotros estábamos cursando nuestro último año de seminario. Ese día nuestro profesor le hizo una pregunta a la clase:

—¿Qué es lo más importante, lo principal, la cuestión central para los bautistas?

Hubo un momento de pausa; después empezaron a levantarse algunas manos. Un joven seminarista dijo:

—Lo más importante para nosotros los bautistas es el bautismo en agua... el bautismo por inmersión.

El profesor respondió:

—No, ésa no es la respuesta correcta.

Enseguida se le dio el turno a otro estudiante, y su respuesta fue:

—La cuestión central para los bautistas es *una vez salvo, siempre salvo*... la seguridad del creyente.

Lenta y deliberadamente nuestro profesor movió la cabeza negativamente.

Se levantó otra mano.

—Para nosotros —se escuchó esta vez— la Biblia, que es la infalible Palabra de Dios, es lo más importante.

Hubo una larga pausa. Todos miramos al estudiante, y luego miramos a nuestro profesor. Una vez más, hubo una negativa. A ese punto la sala quedó en silencio.

Todos en esa aula éramos graduados del colegio universitario. Todos nosotros estábamos cerca del término de nuestra preparación de seminario. Yo tenía veintidós años entonces y estaba terminando casi cuatro años de estudios de seminario. Había estudiado griego y hebreo. Había sido un voraz lector de la Biblia y uno de los que con más frecuencia habían recorrido curioseando los estantes de la biblioteca de aquel seminario; pero esa mañana yo estaba aunado

con otros treinta y nueve estudiantes que no tenían la más borrosa idea de qué era lo más importante para los bautistas.

Después de lo que pareció un rato muy, muy largo, nuestro profesor dio la respuesta. Para los bautistas, el centro de todo lo más importante es *Jesucristo*.

¡Esa fue la primera y única vez en toda mi educación teo-lógica, que escuché esa afirmación! Desde luego, todos los que nos encontrábamos en esa aula nos sentimos muy abochornados. Pero para mí la cuestión es: ¿por qué nos quedamos todos, los cuarenta estudiantes de seminario, tan indeciblemente pasmados? Si se hubiese hecho aquella misma pregunta en cualquier aula de cualquier otro seminario protestante en el mundo entero, muy probablemente habría ocurrido lo mismo. Raras veces, si acaso, se nos revela al Señor Jesucristo... *en una forma gloriosa*. Y más raramente aún, posiblemente nunca, se nos revela a Jesucristo (en el sentido de que venga a ser una *revelación*) como nuestra *centralidad*. Depender de la Biblia como nuestra centralidad, nos resulta más fácil, porque no tenemos que encarar una realidad experimental. Decirle a la gente que Jesucristo es el centro, implica que hay un modo en que se lo puede *hacer* el centro... por experiencia.

Me gustaría seguir con usted este punto un poco más, pero antes de hacerlo, quisiera contarle otro relato. Quizás usted lo haya oído, pero valdrá la pena repetirlo.

Es un relato referente al renombrado cristiano chino llamado Watchman Nee. Este relato esclarece nuestra carencia de visión interna para ver a Jesucristo como centro de nuestra vida.

Yo guardo en mi corazón el apreciado recuerdo de la hermana que me contó por primera vez este relato. Era una anciana muy santa llamada Beta Shyrick. Beta había sido misionera metodista en China. Más tarde ella dejó aquella misión y pasó a ser colaboradora de Watchman Nee. El relato que ella me contó, tenía que ver con la tutora de Nee, una mujer a quien llamaban Hermana Barber. Es éste uno de esos relatos que, debido a que me fue narrado por alguien que estuvo realmente involucrado en el mismo, no lo habré de olvidar nunca.

Nee era un joven de algo más de veinte años, y como tal, estaba bajo la tutoría de la Hermana Barber. Un día el joven Nee vino a la señorita Barber trayendo en la mano una disertación bien gruesa, que él había escrito sobre escatología. Era un análisis premilenial de las señales y símbolos que se encuentran en los libros de Daniel, Ezequiel y Apocalipsis. La Hermana Barber le dijo al joven Nee:

—No querrás tomar esta dirección en tu ministerio.

Esa sencilla expresión suya detuvo a Nee y su entusiasmo por la especulación respecto de la segunda venida.

En otra ocasión ese exuberante joven chino irrumpió en la casa de la Hermana Barber y le dijo que acababa de escuchar a uno de los mejores oradores que él había oído jamás.

—Aquí está un cristiano realmente grande que conoce al Señor, —le dijo Nee.

La Hermana Barber fue con él a una reunión en que aquel hombre hablaría, y escuchó el mensaje. Después de terminar la reunión, ella hizo la siguiente observación:

—Este hombre tiene mucho poder, pero en su interior conoce muy, muy poco al Señor Jesucristo.

Watchman Nee quedó pasmado.

Algún tiempo después, Nee vino otra vez a la casa de la Hermana Barber lleno de entusiasmo.

—Usted debe oír al hombre que acabo de escuchar —le dijo—. Este hombre está lleno del Señor. Esta vez usted quedará realmente impresionada.

Una vez más la Hermana Barber fue con Nee a escuchar a un ministro visitante que les hablaba a los cristianos de aquella ciudad. Después de oír hablar a ese hombre, la Hermana Barber dijo:

—Este es un hombre sumamente inteligente. Tiene una brillante comprensión de las Escrituras. Asimismo, es un orador muy elocuente. Pero en su interior conoce muy poco al Señor Jesucristo.

De nuevo el joven Nee quedó pasmado.

Cierto tiempo después, una vez más Nee irrumpió en la casa de la Hermana Barber, diciéndole:

—He hallado a un hombre que conoce realmente al Señor. Todo lo que dice, deja saber que él anda con el Señor Jesús. Usted debe venir a escuchar a ese piadoso hombre. Estoy seguro de que esta vez usted estará de acuerdo conmigo.

Y una vez más la Hermana Barber fue con el joven Watchman Nee a escuchar a un orador. Esta vez sus observaciones fueron ligeramente diferentes. Lea muy atentamente sus palabras:

—Hace muchos años este hombre tuvo una profunda experiencia con Jesucristo. Fue una experiencia que cambió su vida y trajo quebrantamiento a su corazón; pero desde entonces él ha estado viviendo de esa experiencia y predicando sobre *esa* experiencia. No tiene un actualizado y *presente* andar con el Señor. Está operando basado en un pasado encuentro con Dios.

Esta vez algo penetró dentro de Nee. Podríamos decir que empezó a comprender lo que pocos cristianos comprenden; empezó a ver la necesidad de la importancia de tener una relación viva, actualizada, *experimental* con el Señor Jesucristo. Toda doctrina, toda enseñanza, todo poder, toda práctica, todos los conceptos y todos los credos vienen a ser insignificantes, y se someten a un punto: la centralidad de Jesucristo en todas las cosas.

El Señor ha de ser experimentado.

Durante los años que he estado dando conferencias sobre la vida cristiana más profunda (y otras conferencias respecto de cómo experimentar a Jesucristo *dentro del cuerpo de Cristo*), con frecuencia he recordado este relato. Y si la Hermana Barber, aun

cuando hace mucho que ella se fue para estar con el Señor, estuviese sentada en medio de una reunión donde yo estuviera hablando, ¿qué diría ella? Cuando yo estoy hablando, las palabras que hablo y el mensaje que traigo ¿indican de veras un encuentro presente, actualizado, experimental, diario, íntimo con mi Señor?

Bueno, estimado lector, permítame reaccionar a este pensamiento. En primer lugar, este autor nunca llegará a alcanzar la posición relativa de ‘hombre santo’. Fui criado por un padre *cajun* de Luisiana en un ambiente de campos petrolíferos. Hasta donde la vista podía llegar, todos nosotros éramos rudos y toscos. (¡Eso significa, en el acto, diez puntos en contra de cualquiera!) Tengo una tremenda cantidad de toscas aristas que reflejan mi rústica crianza en una familia pobre e ineducada, de gente de los campos petrolíferos, sin restricciones ni reglas... ¡nada menos que del este de Texas! ¡Simplemente no luzco, ni actúo, ni hablo... como un santo! A lo sumo, estoy toscamente calzado.

Ahora bien, a pesar de mis muy toscas aristas y mi total incapacidad de proyectar una imagen ‘santa’, puede ser que haya habido ocasiones en que la Hermana Barber habría dicho de mí: “Este hombre está exaltando a un Señor presente, viviente, reinante y victorioso, a quien conoce y experimenta en forma personal y actual.” (Hasta podría yo esperar que la Hermana Barber añadiese: “¡Esto sí es algo grande! Ojalá que todos los cristianos conocieran y experimentaran a su Señor de la manera que El ha sido presentado aquí.” Pero, en realidad, puede que yo esté presumiendo demasiado en esto.) Entiendo, de todo lo que Beta me dijo, que la Hermana Barber era una mujer difícil de impresionar. (¡Así mismo era Beta!) Es muy probable que habría habido veces cuando ella habría dicho, y con verdad: “Al hablar, este hombre no está reflejando una experiencia presente y actualizada con Jesucristo.”

Pero hay algo que yo sé hoy, que no sabía entonces en esa clase del seminario —¡ahora sé la respuesta a la pregunta de mi profesor!

Estimado lector, el propósito de este capítulo es simple. Es probable que el centro de su vida no sea Jesucristo. ¿Qué es entonces? Desde luego, yo no sé la respuesta a esta pregunta. Puede muy bien ser *servir* a Jesucristo. Por cierto que hoy en día el servir a Jesucristo es el dios más grande en el mundo. ¿Es éste su dios? ¿O es predicar, o algún otro ministerio o misión? ¿O el salvar almas? ¿O hablar en lenguas? ¿O la familia? ¿O la seguridad? *Usted sabe qué es.* ¡Abandónelo!

¡Tire todo! ¡Dedíquese a conocerlo a El!

Pero justo antes de hacerlo, tal vez le parezca prudente leer el capítulo siguiente.

II

El peligro de conocerlo

Con frecuencia les han sobrevenido tragedias, persecuciones y hasta la muerte a muchos creyentes que se zafaron de las amarras del cristianismo común y rutinario. Otros, más afortunados, sólo se metieron en un montón de *problemas*. El presente capítulo es acerca de este hecho. Asimismo, este capítulo le sirve de advertencia a usted. A propósito, ¡casi todos los libros escritos sobre el tema de llegar a conocer a Jesucristo profundamente (si fueron escritos antes de 1900), tuvieron un capítulo como éste!

Volvamos atrás y tratemos de comprender por qué ninguno de nosotros, los estudiantes seminaristas que llenábamos aquella sala del seminario *Southwestern*, sabía la respuesta a la pregunta que nos fue formulada aquel día. Ese es un buen lugar para empezar a comprender cómo el dedicarnos a conocer realmente a nuestro Señor puede meternos en serios problemas.

¿Por qué aquellos estudiantes no sabían la respuesta a esa sencilla pregunta? Desafortunadamente, la razón de esto es espantosamente clara. La familia cristiana no habla acerca del Señor como nuestra centralidad, debido a que no lo conocemos de una manera personal, diaria e íntima. Para la mayor parte de nosotros, éste es territorio extraño.

Cierto, todos los domingos se predica a Jesucristo desde los púlpitos de las iglesias en todo el mundo. A veces se lo predica como un ariete demoledor, para asustar a la gente. En ocasiones se lo predica como que es el gran consolador. Otras veces se lo presenta como un Señor vengativo, que lo acaba de agarrar a usted pecando y que, si no para de pecar, lo castigará de mala manera. A veces se lo predica como una doctrina; y en esos casos, el ministro nos informa que debemos estar vehementemente opuestos a esos cristianos de ahí calle abajo que predicán una doctrina *diferente*. Pero a veces se predica al Señor Jesús como el Salvador; y es en este punto, el punto de la salvación, donde se nos presenta al Señor como que es *experimentable*. Sólo en el

mensaje de salvación, y prácticamente ninguna otra vez, oímos hablar de un Señor que puede ser conocido y experimentado en el presente. ¡Desconcertante!

No se me malentienda. Se nos predica acerca de la *oración* todo el tiempo. Y tenemos cultos de oración, ¿verdad? Y esos cultos de oración son tan muertos, o aburridos, que pondrían letárgica hasta una piedra. Cuando más cerca llegamos a estar realmente de conocer y tocar a Aquel que es nuestra centralidad, es cuando la congregación se pone de pie y canta un bello himno de alabanza.

Desde luego, los carismáticos y pentecostales tienen un punto culminante para llegar a conocer al Señor mediante el hablar en lenguas. (La mayoría de ustedes, creyentes carismáticos, no confesarán de plano que tienen lenguas gastadas desde hace años, ni admitirán que mucho de lo que hacen es pura y genuina pretensión.) No obstante, ustedes que son carismáticos y pentecostales, están a más de kilómetro y medio delante del resto de nosotros, evangélicos, cuando se trata de tocar al Señor. Aun así, mucho de lo que ustedes tienen para ofrecer es, con frecuencia, no mucho más que una devoción emocional.

Por favor, no tomen esto como una crítica; es simplemente una observación. Personalmente, yo he alentado a muchos bautistas secos y muertos a que buscaran a algún pentecostal para que orara por ellos, con la esperanza de que quizá si llegasen a hablar en lenguas, podrían zafarse de todas esas ataduras a cosas muertas a que los bautistas, y el resto de nosotros los evangélicos, estamos tan ‘pegados’. No obstante, ustedes, apreciados y satisfechos pentecostales carismáticos, tan pagados y tan seguros de tener monopolizado a Jesucristo, ni *siquiera ustedes* se han imaginado ni la mitad de cuán glorioso y cuán verdaderamente personal es el Señor Jesucristo, y cuán íntimamente puede ser conocido en la vida diaria de todos los creyentes. ¡Vamos, estimados pentecostales, aflojen un poco! Incluso ustedes pudieran hallar algo muy superior y —perezca el pensamiento— distinto a las lenguas.

¿Llegará el día en que los estudiantes seminaristas sabrán realmente la respuesta a la pregunta de mi profesor? ¿Van a mejorar algo las cosas en eso de oír hablar acerca de un andar más profundo, más personal y más íntimo con Jesucristo? ¿Qué opina usted? Aquí está mi opinión.

Con frecuencia se ha oído decir: “El problema que tienen *hoy* los cristianos es...”, o “Los cristianos de *hoy* no...”, o “Los cristianos de *hoy* necesitan...” Bueno, mire estimado lector, no me agrada decirle esto, pero este problema de que los cristianos no conocen muy bien a su Señor, no es un problema tan sólo de hoy. Este problema lo tuvieron igualmente los cristianos de ayer, *así como* los cristianos de anteayer. Podemos retrotraer esto, en forma ininterrumpida, a través de los últimos mil setecientos años. ¡Ha transcurrido más o menos *tanto* tiempo desde que Jesucristo era realmente la centralidad íntima y experimentable de la fe

cristiana! En algún punto entre los años 300 y 400 d. de C., *Jesucristo* quedó expulsado. Entraron doctrinas, enseñanzas, poder, profecías, edificios de iglesias, milagros, métodos, rituales, intelectualismo y una enorme cantidad de bellas predicaciones, para tomar su lugar. Y desde entonces las cosas no han sido del todo tan grandes. ¿Habrán de mejorar las cosas? Si se habla de un gran número de personas, la respuesta es no, probablemente no.

Desde que Constantino hizo del cristianismo la religión oficial del mundo occidental, ha habido un tremendo número de cristianos. ¡Tal vez demasiados! Pero desde entonces ha habido sólo unos pocos creyentes que, por encima de todo lo demás, han buscado conocer al Señor Jesús en un continuo andar personal con El. Así es como esto fue, así es como es y así es como probablemente seguirá siendo justamente hasta que la trompeta suene.

Si usted objeta esta apreciación, entonces considere el relato siguiente. El mismo es una indicación bastante innegable de que la mayor parte de los cristianos no tienen de veras como mira llegar a conocer mejor a su Señor.

En muchas ocasiones he estado delante de grandes grupos de ministros y les he hablado de la gran necesidad de conocer al Señor Jesucristo íntimamente, y de que *ésta* es la cuestión central de la vida del creyente cristiano. De hecho, he predicado en convenciones donde la multitud de predicadores era de tres metros de fondo y kilómetro y medio de ancho —¡predicadores de pared a pared! A veces en tales mensajes he hecho la siguiente afirmación: Es posible conocer al Señor Jesucristo en forma personal, íntima y diaria. Además, también es posible salirnos de este espacio-tiempo nuestro, salirnos fuera de este ámbito y entrar en el otro, y allí conocer y encontrar en forma personal al Señor, para adorarlo y tener comunión con El *allí*, en ese otro ámbito.

Ahora, estimado lector, concédame esto: Esta es una afirmación muy seria. ¡Y esta afirmación requiere que sea tomada en cuenta y sea aceptada, o al menos, examinada! Durante los últimos veinticinco años he procurado declarar una sola cosa: al Señor Jesucristo. Espero que El haya sido el tema central de mi ministerio en todos estos veinticinco años. Y al hablar de El en esas conferencias, con frecuencia he escuchado muchos ‘amén’-es, se me ha aplaudido, se me ha aclamado, y sí, hasta se me ha ovacionado de pie en distintas ocasiones. Sin embargo, ni una sola vez, en todos estos veinticinco años, se me ha acercado ni un ministro del evangelio para decirme: “Hermano Gene, muéstreme de qué manera puedo experimentar en forma personal e íntima a mi Señor cada día.” Y nunca, ningún ministro del evangelio me ha dicho: “Muéstreme cómo puedo salir del espacio-tiempo y entrar en ese otro ámbito para tener comunión con mi Señor allí.”

Una sola vez lo hizo ¡un laico! ¡Una solitaria alma en veinticinco años!

De esto saco una conclusión. (¡Me llevó veinticinco años llegar a esta conclusión!) Y la conclusión a que he llegado es que a los cristianos les encanta que se les predique, les encanta que el poder de la predicación los sacuda, les encanta que sean conmovidos y erizados, les encanta regocijarse en lo que se ha dicho y les encanta ir a conferencias en que ocurren todas estas cosas maravillosas... pero ya han escuchado tantos gloriosos sermones que han proporcionado tan poca ayuda práctica, que han alcanzado un punto en que realmente no creen que se pueda llevar a la práctica el conocer íntimamente a Jesucristo. En forma subconsciente han llegado a la conclusión de que, en términos concretos, no se puede llegar a conocerlo de esa manera.

Volvamos ahora al punto original. No espere usted descubrir entre los cristianos, ni ayer, ni hoy, ni mañana, un gran interés en llegar a conocer íntimamente al Señor. Simplemente así es como están las cosas, así es como solían estar y, a menos que algo radicalmente nuevo emerja en las páginas de la historia, así es como las cosas seguirán estando, como la historia misma lo habrá de confirmar en el futuro.

Estimado lector, esté bien claro respecto de este asunto: La razón de que no se nos ha proporcionado ayuda en esta área, es que la generación anterior a nosotros no recibió esa ayuda práctica. Y la razón de que aquella generación anterior a ésta no los ayudó, es que tampoco ellos habían recibido ayuda alguna de sus padres, etc. ¡Esta es una historia de unos mil setecientos años!

Basado en una observación empírica de cuarenta años en el ministerio y cuarenta y dos como cristiano, puedo decir que, con la excepción de unos pocos creyentes vorazmente hambrientos y desesperadamente sedientos, que de veras creen que Jesucristo es el todo de la fe cristiana, éste es simplemente el inalterable *statu quo*. He preguntado a este respecto a varios ministros que han estado en el ministerio tanto tiempo como yo y que les han hablado a muchísimas más personas, en muchos más lugares que yo. Su interés es en mucho igual al mío.

Con todo, El puede ser conocido en forma más íntima de lo que usted ha soñado jamás. ¿Es usted uno de los desesperados?

Esto nos trae a una sencilla pregunta ¿Justamente *cuán* desesperado está usted por conocer al Señor así? ¿Lo suficiente como para abandonar todas aquellas cosas que han errado el punto principal —todas aquellas cosas que han puesto la cuestión principal allá atrás al fondo del cuarto? ¿Lo suficiente como para abandonar esa manera extraña en que usted ora? (¿Usted cree que no ora en forma extraña? Grabe no más una de sus oraciones que hace en voz alta ¡y escúchela!) ¿Hará usted una íntima comunión con la Deidad, que es la verdadera fuente de la vida cristiana, y el objetivo primordial de usted? ¿Puede usted abandonar sus doctrinas favoritas, y el Señor sabe qué cosas más, a fin de *conocerlo*?

Si usted puede abandonar todas las demás cosas, todavía no le será fácil librarse de ellas y apartarse de ellas. Si le resulta

fácil hacerlo, ¡usted no las ha abandonado de veras! O ha abandonado las cosas incorrectas, ¡las que no son!

Pero aquí viene ahora la parte difícil. Tenga usted en mente que *se supone* que la experiencia de conocer a Jesucristo íntimamente ha de tener lugar en la comunión informal del cuerpo de Cristo. Conocer al Señor en ese maravilloso lugar a veces llamado 1) la colonia de los creyentes, 2) la colonia del cielo, 3) la *ecclesia*, 4) vida de iglesia, y otros nombres similares... conocerlo *allí*, es una necesidad presente en su vida y en la mía.*

No vivimos en tiempos en que las cosas profundas de Cristo se sigan fervientemente, ni tampoco vivimos en días en que la iglesia sea una comunidad de los creyentes. Probablemente usted no va a recibir mucho estímulo de parte de los creyentes de hoy para hacer de cualquiera de estas cosas la práctica de su vida... especialmente si comienza a abandonar *otras* cosas.

Nuestros antepasados estuvieron yendo en pos de *algo...* de algo *distinto* a conocerlo a El... durante generaciones. Tal parece que cada generación encuentra *algo* distinto que seguir. ¿En pos de qué vamos hoy? ¡Ciertamente en pos de algo que no es El! Vivimos en una era empeñada en el evangelismo, en ganar almas, en la actividad, en hacer y hacer, en obtener logros y éxitos. Es increíble, pero vivimos en un día en que la mayor parte de todo el gozo y emoción de ser cristianos no está siquiera asociada con la palabra iglesia. Se piensa en la iglesia como un lugar a donde se va los domingos. Cosas tales como gozo, una gran visión, y emoción se encuentran hoy mayormente en los movimientos no denominacionales. El concepto de que la *ecclesia* local sea la dinámica punta de lanza de *todas* las cosas que tienen que ver con el Reino de Dios, prácticamente nunca entra en nuestra mente.

¡Y esto nos trae a *usted!* ¿Volverá usted a la centralidad y supremacía del Señor Jesucristo, en forma diaria y experiencial... *dentro de la ecclesia*? Hasta que el pueblo de Dios no dé una vuelta tan radical y revolucionaria, todo lo demás estará aguantado, porque la *ecclesia* es el único lugar donde las Escrituras tienen sentido y ¡el único lugar donde funciona la vida cristiana!

Todos esos textos bíblicos que se le citan a usted como individuo, *nunca* llegarán a ser practicables, debido a que *sólo* funcionan en la iglesia. (Verifique esos versículos. ¡La mayor parte de los mismos fue escrita para iglesias!) Y todos esos seminarios con sus diagramas, gráficas, síntesis, etc., nunca

* 'Ir a la iglesia' puede no emocionar mucho a este autor. Pero la iglesia, la *ecclesia*, ha sido la pasión de mi vida y la experiencia de mi vida. Yo estoy *por* la iglesia. Estoy a tal punto por la iglesia, que no me dedico a hacer de ella una reunión semanal de una hora. ¡Se supone que la iglesia sea nuestra mismísima matriz!

funcionarán, porque el conocer a Cristo sólo funciona para el creyente en el contexto de algo llamado vida de iglesia.

Nuestro Señor está vivo. Estimado lector, El mora dentro de usted. El es el Ser más estimulante de toda la creación. El puede ser conocido mucho más allá de todo lo que la mayor parte de nosotros haya concebido jamás. ¡Jesucristo fue destinado a ser la centralidad de su vida entera! ¿Qué dice usted? ¿Llegará esto a ser su magnífica obsesión?

—Pero, ¿y qué de los demás? —dirá usted—. ¿No debería yo tratar de traer a otros a semejante seguimiento?

¡Usted no es en manera alguna responsable de otros! Usted *es* responsable de *sí mismo*.

Tal vez llegue el día en que los hombres estén tan llenos de una relación diaria, personal e íntima con Jesucristo, que El sea todo lo que proclamen. Y ese día podrán bajar de sus exaltadas plataformas de oratoria y decir:

—Hagamos que esto funcione en nuestra vida diaria. Hagamos que el conocimiento de Jesucristo sea en nosotros también práctico... y central.

Pero eso habrá de requerir una revolución. Eso realmente *será* una revolución.

¡Ahora mismo no podemos poner nuestras esperanzas en un sueño semejante! No obstante, ¿querrá usted ser uno de esos que renuncian a todo, a fin de conocerlo a El? De ser así, entonces usted necesita recordar que muchos, a lo largo de los siglos, se metieron en muchos problemas tremendos cuando Jesucristo llegó a ser todo para ellos. El gran historiador Will Durant lo expresó mejor:

“Durante los últimos mil seiscientos años la iglesia ha perseguido a dos grupos de personas: a los que no siguen las enseñanzas de Jesucristo, y a los que sí las siguen.”

¿Está usted seguro de que realmente quiere llegar a conocer a su Señor íntimamente? ¡¿Está seguro?! Entonces permítame parafrasearle la pregunta. ¿Está dispuesto a afrontar la posibilidad de perder a todos sus amigos y ser dejado fuera de la confraternidad de creyentes con que se reúne, acabando por ser el mayor y peor rumor que circule en su pueblo o ciudad? Y si usted se mete en semejante lío, ¿podrá habérselas completamente solo con ese lío? Necesita contestar esta pregunta ahora, porque con frecuencia las cosas van exactamente en esa dirección. No me pregunte por qué suele suceder eso. No lo sé. Simplemente sucede.

Usted ha sido prevenido.

III

¿Solamente los que saben leer son invitados a la plenitud de la vida cristiana?*

Mateo sabía leer. Juan sabía leer. Tal vez dos o tres más de entre aquellos íntimos seguidores de Jesucristo sabían leer. Los restantes eran analfabetos. (Una vez el Sanedrín hizo constar que aquellos rudos pescadores no sabían distinguir una letra del alfabeto hebreo de otra.)

En aquellos días, la literatura escrita estaba en las escuelas para los ricos, en el templo y en las sinagogas. Solamente los ricos podían darse el lujo de tener libros propios; sólo ellos podían educar a sus hijos en verdaderas escuelas. Fuera de dichas escuelas (y de las sinagogas), el saber leer (sin mencionar el saber escribir) era más o menos tan raro como es la

* Confío en que el lector habrá de notar que este autor ha presentado la *ecclesia* como preeminente en la vida cristiana y esencial a la misma, y la oración y las Escrituras como un medio de tener comunión con la Deidad. (¡Este autor está *por* la oración, *por* la Biblia y *por* la iglesia!) Pero no se interpreten mal mis palabras ni en una dirección ni en otra. Yo estoy por la iglesia, por la oración y por las Escrituras; pero necesitamos una más elevada expresión de vida de iglesia, y de oración. Y es necesario que nos apartemos de un escenario en que *al parecer* se exalta la Biblia *por* encima de la centralidad de Cristo. Por lo mismo, el propósito de esta sección del Apéndice es simplemente presentar hechos que puedan relajar a aquellos que parecen reclamar que la vida cristiana no puede existir aparte de saber leer y escribir.

astrofísica a nuestra sociedad. ¿Cuántos astrofísicos conoce usted? En consecuencia, aun cuando todos ellos hubiesen sabido leer, no había prácticamente libros disponibles que pudiesen leer.

Asimismo, durante ese período de la historia de Israel en particular, la gente vivía en un tiempo de transición lingüística. El hebreo antiguo se había extinguido casi por completo. Aun cuando en la sinagoga se lo leía, nadie del pueblo lo entendía. Leer hebreo antiguo era una tradición, como lo es leer latín hoy en una ceremonia de graduación en los colegios universitarios de esas vetustas y prestigiosas universidades del noreste del país. La lengua que todos hablaban en la calle era un dialecto llamado arameo. Como cualquier dialecto local, el arameo raramente había sido reducido a la escritura. Prácticamente toda la literatura en arameo estaba confinada a simples transacciones comerciales. La destreza de leer y escribir era mayormente un servicio que se contrataba y se pagaba. Cuando se necesitaba escribir una carta o redactar un documento, se contrataba a una persona que supiera leer y escribir para que lo hiciera —en forma semejante a como hoy en día se contrata a un programador de computadora.

Un nuevo hebreo estaba emergiendo, pero apenas estaba co-menzando a aparecer alguna literatura en esa lengua. Quedaban el latín y el griego. Pero el latín y el griego eran lenguas nuevas para Israel y eran los idiomas de las tropas de ocupación extranjeras, los despreciados paganos. Algunos en Israel estaban aprendiendo esos dos idiomas, pero una vez más eso quedaba confinado mayormente a los pudientes e influyentes, y a ese minúsculo grupo al que hoy se referirían como la clase media, los artesanos y comerciantes. La gente común, como los pescadores, sencillamente nunca aprendían a leer ni a escribir, ni en su propia lengua.

No había escuelas para los pobres. Y los pobres constituían probablemente más del noventa y cinco por ciento de la población. (Unos pocos de entre esa categoría habían aprendido a leer, por lo regular debido a que a las madres de ellos les habían transmitido esa habilidad los padres de ellas. A veces a esa forma de aprender se la ha llamado ‘la escuela *madonna*’, y en aquellos tiempos la misma constituía el principal recurso que una persona pobre tenía para llegar a saber leer y escribir. Eso continuó por unos dos mil años.) Los Doce, como prácticamente toda la gente de Galilea y de Judea, pertenecían a ese noventa y cinco por ciento. Si alguno de ellos sabía leer, muy probablemente su madre le había enseñado esa habilidad en el hogar.

Estos son hechos. Ahora bien, el que sean hechos que no nos atrevemos a enfrentar (por temor de que todo nuestro moderno concepto de cómo vivir la vida cristiana se vaya a derrumbar), no hace que estos mismos hechos sean menos ciertos.

No debemos imponer nuestra comprensión presente de saber leer y escribir, sobre aquellos que vivieron hace unos dos mil años. En aquellos días el no saber leer y escribir no era señal de

ignorancia, *ni tampoco* era el saber leer y escribir una señal de inteligencia. En gran medida el saber leer y escribir era un oficio, similar a la ebanistería, o carpintería, o reparación de televisores. (¿Cuántos reparadores de televisión conoce usted? Bueno, en los tiempos de Jesús había alrededor de *ese* por ciento de personas que tenían la habilidad de leer y escribir.) No debemos imponer sobre ninguna sociedad de antes de 1700 d. de C., de ninguna parte de la tierra, lo que saber leer y escribir significa hoy. En otras palabras, la habilidad de leer y escribir no vino a ser una fuerza viable en la sociedad humana general, hasta hace tan sólo unos trescientos años.

Con todo, y a pesar de estos hechos, de un extremo a otro de nuestra moderna civilización occidental se pregona desde todo púlpito evangélico: “Para ser un buen cristiano, usted debe leer su Biblia.” Esta afirmación pudiera sonar razonable *después* de 1700 d. de C., pero no habría tenido absolutamente ningún sentido en ninguna sociedad de la tierra con anterioridad a esa fecha.

Por ejemplo, a la palabra impresa se le ha atribuido haber introducido la Reforma, cuando en los días de Martín Lutero el número máximo de personas que leía lo que Lutero escribía, ¡no llegaba sino aproximadamente a un cinco por ciento! El noventa por ciento de la parte de Europa que quedaba afectada por la Reforma, era del todo analfabeta. Otro cinco por ciento más sabía leer y escribir tan sólo funcionalmente. Ese cinco por ciento era, ya sea demasiado pobre para poder comprar literatura de la Reforma, o no tenía los necesarios conocimientos de vocabulario para entender los escritos de un Lutero, un Calvino, un Melancton o un Zuinglio. De modo que sólo como un cinco por ciento de la población sabía leer literatura de la Reforma. No obstante, se nos ha transmitido la impresión de que *todos* estaban involucrados en la Reforma y que ¡el hecho de que la mayor parte de la gente estudiaba las Escrituras introdujo la Reforma!

El mensaje de que para ser un buen cristiano, usted *debe* leer su Biblia todos los días, habría sido inaplicable para la mayoría de los cristianos promedio ¡¡incluso en una época tan reciente como el año 1800 d. de C.!! (Como el ochenta y cinco por ciento de los muchachos sureños que pelearon en la Guerra Civil norteamericana (1860-1865), *no* sabía leer, y de aquellos que sí sabían, los más eran sólo medio alfabetizados y en realidad *no* leían.)

El mensaje “lea su Biblia” vino a ser aplicable a la mayor parte de la gente de la clase baja, en el mundo de habla inglesa, tan sólo como a mitad del siglo pasado y más bien a principios del presente siglo. ¡Cabría decir lo mismo respecto de cualquier otro lugar de la tierra! Antes de ese tiempo, esta expresión era equivalente a decir: “Usted tiene que tener una licenciatura o título académico de una universidad para ser un buen cristiano.” Hace trescientos años el por ciento de personas que tenía la

habilidad de leer, era casi el mismo que el de los que *ahora* poseen un título académico.

El siglo veintiuno necesita desesperadamente preguntarle al primer siglo: ¿Vinculaba Jesucristo la vida cristiana victoriosa con el saber leer? ¿Si era así, El ciertamente demostró tener un escaso discernimiento en escoger a sus seguidores más íntimos! Tenemos que encarar esto. ¿Escogió Dios, al enfrentar la opción entre el hecho de que sus seguidores supiesen leer y escribir, o morar en ellos... escogió lo primero? ¿Cuál de éstos abre más puertas a más personas para que lo conozcan?

¡Hoy por hoy aproximadamente los tres quintos de la población de nuestro planeta todavía son analfabetos! Consecuentemente, estamos constreñidos una y otra vez a volver a esta misma pregunta: Si saber leer y escribir es necesario para experimentar la vida cristiana, ¿qué lugar tienen los analfabetos en conocer de verdad a Jesucristo?

Hay una forma en que el cristiano analfabeto sea igual al cristiano que sabe leer y escribir, en lo que respecta a conocer a Cristo. Solamente necesita que se le presenten algunos elementos básicos en cuanto a su salvación, el primero de los cuales es que ¡el Señor mora en él! Sólo necesita aprender a ubicar el lugar de residencia del Señor que vive dentro de él, y empezar a tener comunión con ese Señor. Si la clave para vivir la vida cristiana no es el Señor que mora en uno, entonces cualquier otra cosa que se toma como esa clave, limita drásticamente el número de personas que pueden entrar a vivirla.

Muchos evangelistas de estos tiempos, al insistir en que los cristianos deben tener un dominio casi completo del contenido del Nuevo Testamento, están muy cerca del 'elitismo', del 'esnobismo', y de asignar la vida cristiana a las personas educadas. Hablarle de esa manera al pueblo de Dios es demostrar una monumental ignorancia de la historia, así como una ciega negativa a ver los hechos históricos.

Cuántos profesores de seminario y pastores han vuelto de visitar remotas aldeas de Nepal, de Africa y de las junglas de Indochina, y manifiestan haber visto la más hermosa expresión de la iglesia que hayan contemplado jamás en toda su vida, pero sin ocurrírseles nunca que prácticamente todos esos preciosos cristianos ¡son analfabetos! Y esos profesores de seminario y esos pastores tienen razón. Hoy en día la más hermosa expresión de vida de iglesia en la tierra tiene lugar en otros países, en tierras extrañas para nosotros, ¡entre gente pobre, ineducada y analfabeta! ¡Ustedes, distinguidos eruditos, profesores de seminario y otras variadas autoridades bíblicas, tengan a bien tomar nota!

Nosotros los creyentes, cuyas filas se extienden entre las tribus y naciones de este planeta, tenemos realmente un solo factor común entre nosotros: un Señor viviente, operante y comunicante, que mora dentro de cada uno de nosotros. Este Señor

que habita en nosotros es el único que tiene los recursos necesarios para vivir la vida cristiana. Señalar cualquier otra cosa como la respuesta, como el secreto de la vida cristiana, excluye a la mayor parte de nosotros de vivir la vida cristiana en forma efectiva. ¡O es que nos atrevemos a creer que Dios confina lo mejor de El solamente a aquellos que saben leer! ¡Trate de defender esta idea en cualquier lugar, en cualquier momento antes del año 1700 d. de C., y será considerado algo así como un chiflado! Lo mismo se puede decir de aquellos que confinan la vida cristiana victoriosa a las lenguas, o a la educación académica, o a la asistencia a una escuela bíblica.*

Busque y encuentre al que mora dentro de usted y llegue a co-nocerlo íntimamente. Y lea a diario las Escrituras inspiradas. Pero nunca insista en que el saber leer y escribir es esencial para vivir una vida cristiana efectiva. *Jesucristo* es lo único que se necesita para vivir la vida cristiana.

* La conclusión que se saca aquí no refleja necesariamente la opinión de la vasta mayoría de los profesores de seminario. (Simplemente pensé que le gustaría saber esto.)

Gene Edwards es un ministro bautista del sur, retirado, que sirvió en calidad de pastor y evangelista antes de entrar de lleno en el ministerio de vida cristiana más profunda, al cual lleva dedicado más de treinta años. Ahora su pluma interpreta algunas de las más profundas verdades de la fe cristiana en los términos más sencillos.

El autor Edwards obtuvo su licenciatura en literatura inglesa y en historia en la Universidad Estatal del Este de Texas, y su maestría en teología en el Seminario Teológico Bautista *Southwestern*. Al presente él y su esposa, Helen, residen en Atlanta, Georgia.

**Si usted está interesado en saber más
acerca de la vida cristiana más profunda,**

**Escríbanos a:
Cells Christian Ministry
3027 N. Clybourn
Chicago, Illinois 60618
EE.UU. de América**

(Contraportada)

El secreto de la Vida Cristiana

¿Hemos

pasado por alto

el punto principal?

El autor va más allá de todos los puntos de vista y fórmulas tradicionales de cómo vivir la vida cristiana, a fin de revelar un aspecto nunca antes presentado en toda la historia de la literatura cristiana. Este libro es revolucionario. Es muy probable que usted llegue a convenir con el autor en que: “Ciertamente hemos pasado por alto el punto principal.” Espere hallar un criterio radical, presentado en forma clara, que sigue pasos muy prácticos en cuanto a cómo conocer a Jesucristo de un modo fresco y nuevo. Espere que *El Secreto de la Vida Cristiana* revolucione su relación con su Señor.

El Secreto de la Vida Cristiana es el segundo de una serie de tres libros titulada “Introducción a la vida cristiana más profunda”.

**Cells Christian Ministry
Editorial El Faro
3027 N. Clybourn
Chicago, IL 60618**